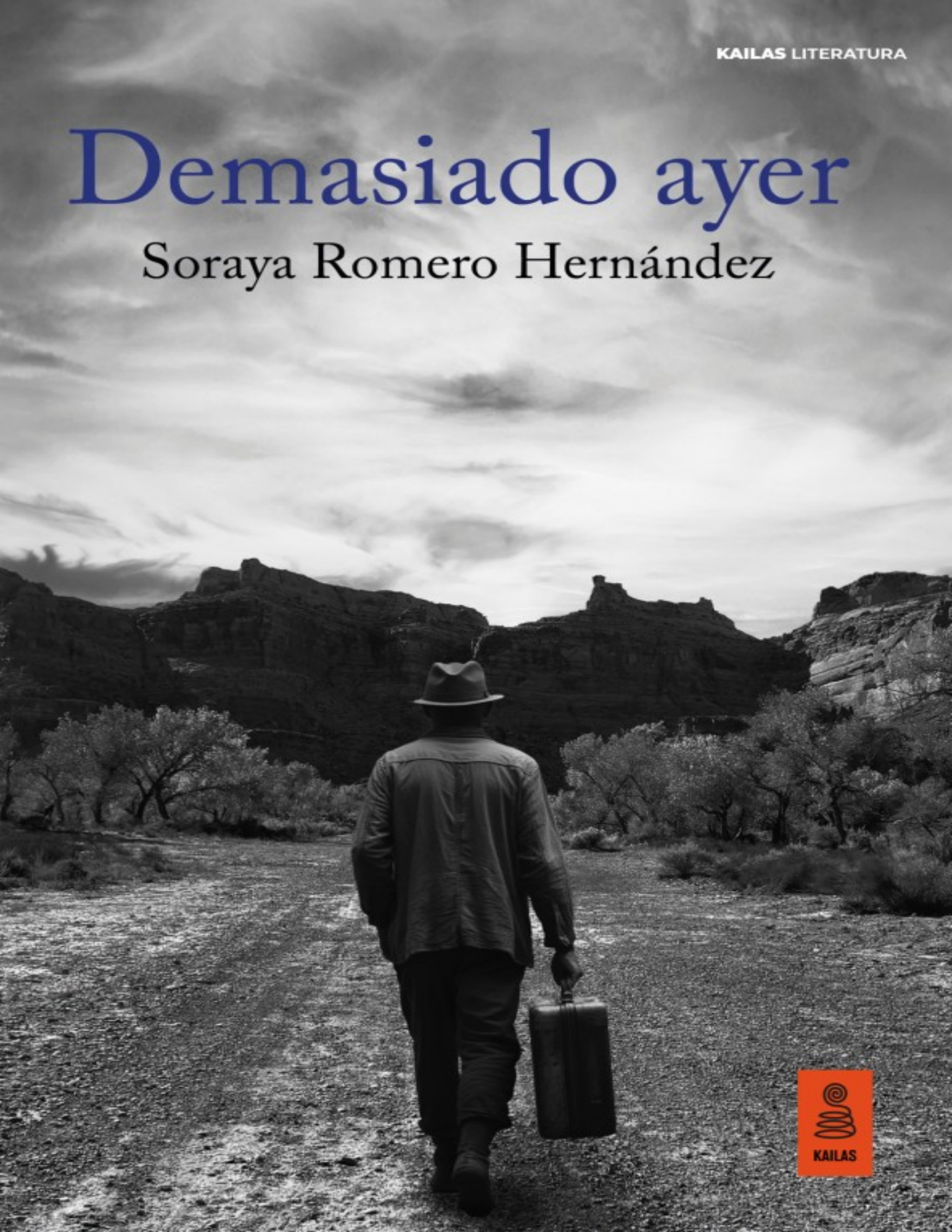


KAILAS LITERATURA

Demasiado ayer

Soraya Romero Hernández



SORAYA ROMERO HERNANDEZ

DEMASIADO AYER



KLT18

Demasiado ayer

© 2025, Soraya Romero Hernández

© 2025, Kailas Editorial, S. L.

Rosas de Aravaca, 31, 28023 Madrid

kailas@kailas.es

www.kailas.es

Primera edición: *septiembre de 2025*

Diseño de cubierta: Rafael Ricoy

La inscripción de defunción y la sentencia relativa a Nicomedes Romero Martín aparecen por cortesía del Archivo Histórico Provincial de Huelva.

ISBN ebook: 979-13-87534-03-5

ISBN papel: 979-13-87534-00-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión de cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de un delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de www.conlicencia.com o en los teléfonos 91 702 19 70 / 93 272 04 45.

A los que se fueron, pero siguen estando.

Con tres heridas yo:
la de la vida,
la de la muerte,
la del amor.

Llegó con tres heridas
MIGUEL HERNÁNDEZ

Estimados lector/a,

La música es poesía en movimiento, es la pulsión de la vida danzando al compás que marcan las historias.

A continuación encontrará una selección de temas que han inspirado el trasfondo sonoro de esta novela. Puede acceder a ellos escaneando el código QR o ñchando en el enlace.

Le invito a sumergirse en la profundidad de estas melodías, pilares indispensables en la construcción del relato, que convertirán la lectura de DA en una experiencia inmersiva.



[Enlace a la lista de reproducción.](#)

POLVO

‘Conjunto de partículas diminutas que flotan en el aire y se depositan sobre los objetos formando una capa de suciedad’.

La vida, y tú solo,
no muerto, no vivo,
en el pecho sientes
débil su latido.

Tarde oscura
LUIS CERNUDA

EL REPILADO, agosto de 1937.

NICOMEDES NO CREÍA en Dios, pero qué podía ser, sino un milagro, lo que le había salvado de morir acribillado a balazos. Los devotos hablarían de la intermediación de un ángel de la guarda. Los científicos, de una conjunción favorable de factores espaciotemporales. Sea cual fuere la explicación, solo una de las balas que salieron del fusil Mauser M1893 del cabo Martínez impactó de lleno en su cuerpo, haciéndole caer dentro de la fosa.

Intervención divina, metafísica o suerte confluyeron para que hasta la manera de caer al hoyo resultara la oportuna. Nicomedes Romero Martín ocupaba el sexto lugar, empezando por la izquierda, en la línea de ejecución. El desprovisto pelotón de fusilamiento, conformado aquel día por el sargento primero Bonilla y el cabo Martínez, acababa de recibir la orden de recoger a otro grupo de republicanos, antes del atardecer, en Aracena. La aplicación del bando de guerra a los diez reos que tenían delante, y que debían haber sido ajusticiados al alba, se vio pospuesta por la indisposición de los otros compañeros de equipo, los soldados Méndez y Sevilla, a los que una descomposición intestinal galopante había tenido toda la noche peregrinando de la cama al retrete. «Poco papel para tanta mierda», se lamentó Bonilla al ver que no le salían las cuentas para proceder con la ejecución de manera limpia y rápida. Los despojos humanos que tenía delante merecían el final que se les avecinaba, pero no era él uno de esos que disfrutaban prolongando la agonía ajena. Una buena ráfaga de tiros y listo. No iba a poder ser.

En coherencia con las circunstancias, el sargento decidió tirar por la calle de en medio: acabar con los presentes antes de dirigirse a Aracena, y añadir al hoyo al resto, unas horas después. «Mejor apilarlos que tener que poner a estos flojos a cavar otra vez», pensó. Aunque no era su primera misión, esta vez Norberto Bonilla estaba solo al mando y no podía perderse en detalles nimios, había que tomar decisiones sin contemplaciones. Él dispararía con

dos pistolas y Martínez con el fusil. Todo saldría bien. No contaba el sargento con la torpeza del cabo, que sudaba y temblaba como un flan porque también estaba empezando a sentirse enfermo. Casquillos y cuerpos empezaron a caer al suelo y, como si de una cama se tratara, el séptimo preso le hizo a Nicomedes de colchón y el quinto, de manta. Uno de los desatinados disparos de Martínez le atravesó el hombro izquierdo con bastante violencia y otro le rozó la oreja, arrancándole un pedazo del hélix. A pesar de su corpulencia, el hombre que Nicomedes tenía encima solo le había fracturado un par de costillas en su caída. Una vez más, el buen fario quiso que el impacto que su compañero de la derecha había recibido en la frente tuviera un agujero de salida muy sucio, que embadurnó de sesos la cara de Nicomedes, por lo que, a ojos de los ejecutores, el trabajo estaba hecho. El no muerto no tuvo que esforzarse en aparentar que lo estaba, el terror le había paralizado hasta el punto de dejarle en una especie de estado catatónico.

—¿Pero qué coño te pasa, Martínez? Anda, sube al camión... Ya conduzco yo, que estáis todos *amariconaos* —sentenció Bonilla, indignado por la falta de pericia del cabo.

Cuando oyó al vehículo alejarse, Nicomedes intentó mover el dedo índice sin éxito. No sentía dolor, ni siquiera el peso de los cuerpos aplastándole le molestaba. Yacía con los ojos abiertos, inyectados en sangre ajena, mientras el corazón le latía al ralentí, como el de un oso en hibernación al que un mínimo soplo de aire le bastaba para aferrarse a la vida. Se había orinado encima y ni siquiera se había dado cuenta. Frente a él, a la altura de su mano derecha, reposaba un zapato que había saltado por los aires durante la matanza. La desaparecida plantilla dejó entrever lo que parecía un papel encajado en el hueco del tacón. Cuando sus ojos lograron distinguir que se trataba de un sobre, Nicomedes perdió el conocimiento.

Al despertar, tan solo unos minutos más tarde, comenzó a agitarse con el ímpetu de un animal acorralado. Era difícil imaginar que de un individuo de

cincuenta y cuatro kilos y un metro sesenta y seis de estatura pudiera emerger tal fuerza explosiva. Con un vigor adrenalínico se zafó del cuerpo que le aprisionaba y se levantó como pudo. Desorientado, tropezando con manos, piernas y cabezas, se aproximó hasta el borde de la zanja y se asomó con cautela. Estaba empezando a atardecer. Su corazón, que minutos antes parecía apagarse, ahora latía como si todos los corazones que le rodeaban se hubieran metido de golpe en su pecho.

A pesar de la confusión, logró identificar el lugar en el que se encontraba: la tapia blanca y el sendero de encinas, pinos silvestres y alcornoques. Conocía ese paraje como la palma de su mano. Cuando se disponía a salir del agujero, recordó el papel entrevisto en el interior del zapato y reuló para rescatarlo. Esa temeridad de volver al punto donde la muerte le había acariciado iba a cambiarle la vida.

Empezó a sentir la tumefacción del hombro, pero logró trepar agarrándose a las piedras y a las raíces que asomaban entre la tierra seca. Aquel agosto de 1937 estaba siendo especialmente caluroso en El Repilado, y el río Caliente hacía, más que nunca, honor a su nombre. Corrió despavorido, tratando de ocultarse entre los árboles que rodeaban el cementerio, ansioso por llegar a «la madriguera». Ese era el nombre con el que había bautizado a un alcornoque centenario, hueco en uno de sus lados, que se localizaba a menos de un kilómetro bosque adentro, y que, siendo niño, se había convertido en su lugar de refugio los días en que su padre, borracho como una cuba, sentía la imperiosa necesidad de descargar su furia a golpe de correa. La única puerta de la casa, la de la entrada, tenía como seña identificativa una marca que había dejado a su paso la hebilla metálica del cinturón en un arranque de ira. A pesar de la significativa oquedad piriforme que caracterizaba a aquel árbol, sus vasos conductores se las habían ingeniado para lograr mantenerlo vivo, y el acceso a su interior estaba camuflado por unos arbustos que habían crecido convenientemente alrededor. Un adulto de tamaño medio a duras penas lograría entrar, pero

esa era una de las ventajas de ser un canijo, como llamaba cariñosamente a Nicomedes su mujer.

Apurando sus últimas energías, apartó los arbustos y penetró en la madriguera. Olía a orín de zorro. Aquel hedor era el garante de que ningún roedor habitaba dentro; habría sido ponérselo demasiado fácil a los depredadores, aunque Nicomedes era una rata escurridiza. Su corta estatura y su bajo peso siempre fueron aliados a la hora de escapar, y a eso nadie le ganaba: había pasado su infancia huyendo y escondiéndose. Huía del hambre, de la miseria, de la falta de amor, de todo lo que carecía, que no hacía más que perseguirle, y ahora, además, huía de la muerte. El salario que su padre ganaba como barrenero en la mina de San Miguel ya había alimentado a putas y taberneros antes de cruzar el umbral de la puerta cada primero de mes. Así que, si para sobrevivir había que robar, a Nicomedes no le temblaba la mano: se colaba donde hiciera falta si eso significaba poder llevarse algo a la boca. Lo que empezó como una travesura para calmar la gazuza, se convirtió en un hábito, hasta que un día robó en la casa equivocada, la de la familia Talero, y ahí se acabó su carrera como ladrón: su padre le propinó tal paliza que lo dejó varios días postrado en la cama. Con las costillas aún dañadas, Eduardo se lo llevó a trabajar a la mina y lo arrojó a las entrañas de la tierra. Tenía diez años cuando, por primera vez, se adentró en una angosta grieta para colocar una carga explosiva que permitiera a los mineros acceder a la pirita. Todavía recordaba la negrura, la humedad y el dolor que sintió en el pecho al contacto con las rocas. Por eso supo que ahora se había vuelto a fracturar alguna costilla, porque aquel suplicio se había grabado a fuego en su cuerpo, y el cuerpo tiene memoria.

Acurrucado dentro del tronco, trataba de contener el llanto mientras las heridas, ardientes, palpitantes, traían a su memoria lo que acababa de suceder minutos antes. Aturdido, se palpó la escápula con la mano derecha, buscando el orificio de salida del proyectil, pero no lo halló. El fino pero constante hilo de sangre que brotaba de su hombro no significaba que la

hemorragia estuviera controlada, y respirar se le hacía cada vez más afanoso. Se preguntaba si la bala habría alcanzado un pulmón.

Los últimos rayos del sol iluminaron la base del alcornoque, dejando a la vista, entre los arbustos, una especie de cartílagos. «Dedos de muerto», pensó Nicomedes para sus adentros sin inmutarse. No era la primera vez que contemplaba aquel hongo que crecía habitualmente en la base de los árboles heridos o podridos. Sin embargo, aquellas protuberancias, similares a unos dedos huesudos y reseco, ya se habían oscurecido por completo, algo que solía ocurrir en otoño. Quizá aquello era un augurio: salir de un hoyo para morir en otro. Agotado, febril y sudoroso, luchaba por no quedarse dormido y, aunque el eco de su respiración le procuraba cierta calma, la sed y el dolor le estaban consumiendo y su cuerpo acabó cediendo al letargo.

Cuando volvió en sí, ya no estaba en el bosque. Los lametazos de Tira le habían despertado, después de haber pasado tres días enteros durmiendo. Al principio no lograba ubicarse, pero al abrir los ojos del todo reconoció al instante la cara del Colorao. Rogelio, alias el Colorao, era un militar retirado que vivía en una modesta casa de campo, cerca del cementerio de El Repilado. Nada más cumplir la mayoría de edad se alistó en el ejército y, de inmediato, partió a la guerra de Cuba. Allí, sus compañeros le bautizaron con aquel sobrenombre, por las vetas rojizas de su barba. El antes y el después en su carrera militar lo marcaría la guerra del Rif. La contienda en Marruecos le arrebató para siempre dos cosas: la fe y el ojo derecho. Quedó viudo y tuerto el mismo año. Retirado desde entonces, se dedicaba al cuidado de su huerto, de sus animales y al comercio legal y de estraperlo, aprovechando la proximidad de El Repilado con Portugal y sus contactos en el cuerpo de Carabineros. Traía y llevaba lo que cupiese en la carreta y, en menor cantidad, aquello que pudiera introducirse en las partes pudendas de sus yeguas, Sancha y Panza, que habían llegado a transportar desde cigarrillos hasta café. El deseo de tener hijos con su Trini nunca llegó a concretarse, de modo que Nicomedes, que a veces le hacía de recadero, se

convirtió en una especie de ahijado para Rogelio. Cada vez que le veía corriendo por el pueblo sabía que se había metido en algún lío. Al chaval los problemas se le pegaban como la miel a las zarpas del oso y, aunque la mayoría de las veces las abejas acababan cosiéndole a picotazos, siempre encontraba la manera de salir adelante.

—Agua. Agua —suplicó el herido, con un hilo de voz. Rogelio le elevó la cabeza y le acercó el vaso a los labios.

—Tranquilo, Nico, que como se te vaya por mal sitio y tosas, vas a ver las estrellas. Has tenido suerte. Si la bala llega a tocar una arteria no lo cuentas.

La consciencia de Nicomedes habitaba en una nebulosa. No recordaba nada más allá de los dedos de muerto. Ni que Tira, la perra de Rogelio, que solía andar suelta por el campo, había olido su rastro. Ni que Rogelio le había sacado de la madriguera y le había llevado hasta su casa en una carretilla, cubierto de paja para no levantar sospechas. Tampoco, que le forzó a beberse un trago largo de absenta o que le introdujo un trapo en la boca para atenuar sus alaridos mientras trataba de extraer el plomo con unos alicates. Que hubiera perdido un trozo de oreja era lo de menos. La bala que había pasado entre la clavícula y la escapula aún seguía dentro, pero podía palparse a ras de la piel, así que Rogelio, valiéndose de una navaja, tuvo que hacerle una incisión en la parte posterior del hombro para poder sacarla. Aunque la herida era bastante fea, logró contener la infección gracias a una cocción de tomillo, milenrama y agallas de roble, un mejunje natural muy conocido entre los milicianos y que, aplicado tres veces al día, actuaba, además, como antihemorrágico. Aprovechando la eventual lucidez de Nicomedes, le preguntó si recordaba lo que le había sucedido. El muchacho asintió con la cabeza y se quebró.

—¡Nos han matado! ¡Esos hijos de puta nos han matado a todos! —sollozó.

El Colorao se la estaba jugando al esconderle en su casa, pero su sentido del deber estaba por encima del miedo. Eduardo, el padre de Nicomedes,

formó parte de la columna minera que un año antes había marchado hacia Sevilla transportando dinamita para tratar de frenar el avance del autoproclamado bando nacional. El mismo energúmeno que molía a palos a su mujer y que dejaba sin comer a su hijo, había tenido los cojones de ir a partirse la cara para defender la República. Y como en el amor y en la guerra todo vale, el comandante que había liderado la marcha de los mineros les tendió una emboscada a las afueras de la ciudad. Eduardo jamás regresó a casa y nunca supieron si lo habían encarcelado, ametrallado o dinamitado. Cualquiera que fuera el caso, todos los caminos llevaban a Roma.

Nicomedes logró tomar unos sorbos de agua y volvió a quedarse dormido. Rogelio había improvisado una cama en la despensa, echando al suelo un colchón viejo, y allí, tras una cortina, escondía al hijo de un vecino que había tratado de frenar la barbarie. En medio de aquel silencio tenso y seco, mientras uno descansaba y el otro atendía a los animales, centinela e infiltrado se hacían la misma pregunta: por qué habían ido a por él. Nicomedes no estaba afiliado a ningún partido o sindicato, no había participado en ninguna marcha y ni siquiera sabía qué era la masonería. Tal vez le habían pillado trapicheando con harina, café o pan, pero aquello le hubiera enviado a la cárcel, no al paredón. O quizás sí. Casi nada de lo que estaba sucediendo en España en aquellos momentos parecía real, excepto que aquel chaval de diecinueve años, que gimoteaba sin apenas fuerzas, había logrado salvar el pellejo. La otra cuestión que tenía a Rogelio en vilo era decidir qué iba a hacer con su protegido. «Cabeza fría, Colorao», se repetía mientras se mordía la uña del dedo meñique. Hacía mucho tiempo que no se permitía caer en sentimentalismos, a pesar de que todo lo que le rodeaba le traía recuerdos de tiempos mejores: un viejo ejemplar del periódico *La Provincia* sobre la mesa de la cocina, el delantal de Trini, con su nombre bordado, o la foto de los dos junto a la tita Enriqueta en el muelle de la Calzadilla, en Palos de la Frontera, el día que el Plus Ultra partió hacia Argentina en el que sería el primer vuelo entre España y

América. Aquel avión simbolizaba todo lo que les habían arrancado de un plumazo.

Los ladridos de Tira reclamando comida le rescataron del abismo de la nostalgia. Echó unos mendrugos a la perra y se percató de que la ropa ensangrentada de Nicomedes estaba aún bajo el sillón de la sala. Al recogerla, un sobre cayó del bolsillo trasero del pantalón. Lo abrió cuidadosamente. Su interior contenía una cédula personal a nombre de un tal Julio Ayer, natural de Cádiz, nacido el 3 de agosto de 1913, de profesión farmacéutico y residente en Encinasola, Huelva, y un salvoconducto firmado por el comandante militar Leoncio Serrano. Junto a la documentación, guarecían diez mil pesetas magistralmente plegadas y prensadas en billetes de quinientos y de mil.

Enfurecido, Rogelio se dirigió hacia la despensa, pero antes de entrar la razón le frenó en seco. Qué más daba si lo había robado, se dijo. El muchacho estaba en su casa y él era cómplice de cualquier cosa que hubiera hecho. Respiró profundo, corrió la cortina y le inquirió. Nicomedes le contó la historia del zapato, pero Rogelio torció el morro e insistió.

—¡Por tus muertos, Nico! Júrame que el dueño no está vivo.

—Te lo juro por lo más *sagrao*, que es mi Carlos. No te miento, Colorao.

En ese momento, el nombre de Antonio cruzó el pensamiento de Rogelio. El pobre desgraciado que tenía delante no podía volver al pueblo y él no podía esconderlo eternamente; a todos los efectos, Juana y Carlos ya eran viuda y huérfano, las heridas estaban sanando y lo único que podía hacer por él, y por sí mismo, era sacarle de allí a hurtadillas lo antes posible. A esas alturas poco importaba saber por qué el farmacéutico había acabado cosido a tiros a cuarenta kilómetros de su casa, o cómo había conseguido aquel salvoconducto que permitía viajar por toda la provincia de Huelva y que expiraba en tres semanas. Antonio era el único que podía ayudarles a despejar la incógnita de aquella difícil ecuación. Él y Rogelio se encontraban cada jueves en el mercado de Rosal de la Frontera, localidad onubense

colindante con los vecinos lusos, donde intercambiaban algunos productos y cada vez menos anécdotas por la constante vigilancia de la Guardia Civil, al acecho de cualquier irregularidad.

Antonio y Rogelio se conocieron en Marruecos, cuando Odelmiro César, célebre periodista al servicio del *Diario de Noticias* de Lisboa, visitó uno de los hospitales montados por la Cruz Roja durante la contienda. El reportero, a la búsqueda de testimonios, entrevistó a Antonio, al que habían herido en una pierna, y a Rogelio, cuyo ojo superviviente aún podía dar fe del horror y la tragedia vivida en el Rif. Los desgarradores relatos de los que combatían con el fusil sirvieron de tinta al que combatía con la pluma, y aquel doloroso episodio fue el responsable de que los dos primeros acabaran entablando amistad. El salvoconducto que el Colorao tenía en las manos permitía a su portador acercarse a la frontera sin levantar sospechas, y estaba seguro de que Antonio, casado con una portuguesa, podría hacer llegar a Nico, al menos, hasta Moura, donde residían. Los contrabandistas conocían mejor el terreno fronterizo que los policías y sabían que era posible franquear la frontera sin documentación o comprando un certificado de nacimiento portugués. Nicomedes tenía unos papeles en regla y dinero, solo había que encontrar la manera de hacer pasar la mercancía discretamente de un lado al otro.

Después de muchas cavilaciones, dos días más tarde, como cada jueves, el Colorao puso rumbo a Rosal de la Frontera, esta vez con un plan en la cabeza.

—Voy a estar fuera hasta la noche. No se te ocurra asomar el hocico por la ventana, que te conozco. Tú, quietecito —le advirtió con sorna—. Dedícate a descansar, que vas a necesitar fuerzas para lo que viene —concluyó Rogelio.

Desoyendo a su guardián, lo primero que Nicomedes hizo cuando sintió a las yeguas alejarse fue acercarse a gatas, sirviéndose del brazo sano, hasta la sala. Habían acordado esconder el sobre dentro de un cojín, y quería estar seguro de que el Colorao no se había ido con el botín y le había dejado allí,

abandonado a su suerte. Leyó con dificultad el nombre que aparecía en la cédula y contó el dinero. Faltaban las dos mil pesetas que Rogelio había cogido prestadas, por si necesitaba adelantar efectivo a su camarada para concretar el plan de huida. El resto estaba en orden. Nicomedes no tenía idea de quiénes eran esos señores que aparecían serigrafiados en los billetes azules y pardos, pero el papel le olía a gloria bendita. El Colorao no había compartido con él nada de lo que se traía entre manos, solo le dijo que iba a tratar de sacarle de allí. Pero de allí podía salir de muchas maneras, entre otras, preso. Los chivatazos estaban a la orden del día, y él mismo había sido testigo de cómo los carabineros se llevaron a su vecina, arrastrada por los pelos sabe Dios adónde.

Todos esos pensamientos rumiantes venían acompañados de una sucesión de imágenes, cada vez más nítidas, de lo sucedido antes de acabar en aquella despensa. Su atropellada memoria había conseguido viajar hasta el momento en que le metieron en el camión, justo al salir de trabajar de la mina en Nerva. Ahora lo recordaba todo: el dedo acusador del capataz, señalando a varios hombres, el silencio sepulcral de los que observaban aterrados y el golpe que el soldado Sevilla le había propinado con la culata del fusil a uno de los detenidos cuando intentó abrir la boca. Una última imagen completó el rompecabezas mental: el agua rojigualda del río Tinto, mortal para todo el que la bebiera, alejándose a medida que el camión avanzaba.

Justo antes de que cayera el sol, Rogelio regresó a casa. Empapado en sudor, se refrescó la cabeza en la pila y tomó un trago largo de agua del botijo. Después, se sentó en el suelo, junto al cochón de Nicomedes, y empezó a explicarle con detalle lo que iba a suceder una semana más tarde. El Portugal del presidente Salazar era favorable a los golpistas españoles, así que tenían que ser muy cautelosos. Aprovechando la documentación del tal Ayer, los dos irían hasta Rosal de la Frontera, como él hacía cada jueves, para encontrarse con Antonio. Entrarían a una taberna y pedirían una botella de vino. De ahí saldrían haciendo pasar a Nicomedes por borracho y le

montarían en la carreta de Antonio. Para entonces, en su bolsillo ya habría un certificado de nacimiento portugués, en previsión de que la Policía de Segurança Pública les pidiera identificarse. Si le preguntaban por su estado, Antonio explicaría que el muchacho había encontrado a la novia con otro y que la infiel, movida por la rabia y viendo que se le iba al garete la boda, había arrancado con los dientes un trozo de oreja al cornudo. Con esa historia se ganarían la compasión de los agentes y él podría llevar a Nicomedes sin mayores conjeturas hasta Moura, donde pasaría un par de días escondido hasta su traslado a Alcacer do Sal. En aquel pueblo embarcaría con unos pescadores que solían faenar cerca de Lisboa y, una vez llegara al puerto, debería buscarse la vida.

—¡Esto es una locura, Colorao! ¡Una locura! —espetó el joven, llevándose las manos a la cabeza.

—¿Y qué prefieres? —le reprendió Rogelio—, ¿cruzar la frontera a pie, atravesando la sierra de noche, como *los cuerdas*? Que esto no es contrabando, Nico, que aquí nos la jugamos todos y no estamos para tentar más a la suerte.

Nicomedes bajó la mirada y guardó silencio.

—Del dinero que queda, me vas a dejar mil pesetas para que se las dé a tu mujer. Ya veré qué me invento para que lo acepte. Al menos, que tenga para darle de comer a Carlitos durante un tiempo —sentenció el Colorao—. Si algo pasara y Antonio y tú no lograseis llegar a Moura juntos, pregunta allí por la familia Bacalhau.

—¿Y qué les digo? ¿Que les busca Nicomedes *er* Boquerón? —respondió con guasa.

—No me toques los cojones y déjate de bromas —contestó Rogelio contrariado.

Cada noche, antes de ir a dormir, repasaban una y otra vez los pasos a seguir, y mientras el plan y el hombro de Nicomedes iban ganando fuerza, su cabeza iba perdiendo cordura.

Aquella última semana de agosto el viento de levante empezó a soplar de manera intensa. Los efectos negativos de este aire, cálido, seco y capaz de alcanzar velocidades muy altas, eran bien conocidos entre los lugareños: dolores de cabeza, sequedad en las mucosas, tos severa, insomnio y conductas violentas. Algunos los conocían como *los vientos de las brujas*, porque, según la leyenda, cuando estas volaban sobre sus escobas a través del estrecho de Gibraltar, provocaban tormentas y vendavales. La misteriosa masa de aire solano fue el caldo de cultivo del delirio de Nicomedes. Después de varias noches sufriendo dolores de cabeza y sudores nocturnos, empezó a pensar que Rogelio le estaba envenenando. Luego, le dio por creer que toda esa historia con Antonio era una farsa para lograr que se alejara de la casa y así entregarle a los guardias civiles. Rogelio le notaba cada vez más nervioso, pero teniendo en cuenta las circunstancias, lo raro hubiera sido lo contrario. La noche anterior a la ejecución del plan, mientras Rogelio dormía, Nicomedes tomó la decisión de escaparse solo, escabulléndose a través de la sierra, como hacían los contrabandistas. Cogió el dinero y la documentación del cojín, una bota con agua, y justo antes de salir por la puerta, un último desvarío le hizo retroceder. La voz de su padre retumbó en su malograda cabeza: «Tres pueden guardar un secreto si dos de ellos están muertos». Dejar un cabo suelto significaba poner a su mujer y a su hijo en peligro. Sigilosamente, abrió el cajón de la cocina y cogió la navaja con la que Rogelio había extraído la bala de su espalda y, valiéndose del cojín como escudo, entró el dormitorio de su protector, le cubrió la cara y le atravesó la yugular de una sola estocada. Mientras las sábanas se teñían de sangre, recuperó las mil pesetas del bolsillo del que había tomado por traidor y se echó al monte, sin saber muy bien adónde ir. Su única certeza era que ahora ambos estaban muertos, pero Nicomedes seguía respirando.

Porque tú crees que el tiempo cura y que
las paredes tapan, y no es verdad.

Bodas de Sangre

FEDERICO GARCÍA LORCA

MADRID, noviembre de 1975.

FALTABAN DIEZ MINUTOS para que el padre Braulio empezara a tocar la campana que marcaba el comienzo del día, pero Pepe ya llevaba despierto un buen rato. El insomnio se había instalado en su catre con la misma naturalidad que una mota de polvo se posa en un mueble y, cuando el agotamiento le permitía cerrar los ojos durante unos segundos, la imagen de Emilio le abofeteaba la memoria, espabilándole de inmediato. Su compañero se había ahorcado sirviéndose de una cuerda que encontró en una de sus visitas a la sacristía, y Pepe fue el encargado de ir a buscarle al baño cuando el maestro vio que el chico no regresaba a la clase. Allí se topó con su amigo, asido a la tubería de la cisterna, amoratado y con la lengua fuera. Lo primero que sintió al verle fue un enorme alivio: el dolor y el sufrimiento habían llegado a su fin. Entre los internos era bien sabido que Emilio era el favorito del padre Tomás y también del padre Claudio, y quién sabe de cuántos padres más. Aquel ángel de ojos azules y cabello rubio había decidido comprarse sus propias alas, por mucho que dijeran que Dios no acogía en sus brazos a los que terminaban voluntariamente con su vida. Pues mejor, pensó Pepe, porque solo faltaba que, en el cielo, el Creador perpetuara la agonía que le había llevado a colgarse. Seguro que en el limbo no se estaba tan mal.

Pepe se había preguntado muchas veces por qué había que referirse a los clérigos como «padres». Entendía que fueran la máxima autoridad en aquel lugar, incluso que, como su padre, el de verdad, de vez en cuando le llamaran al orden con un bofetón, pero aquello era otra cosa. Aquello debía de ser lo más parecido al infierno en la Tierra, y esos representantes del todopoderoso eran, en realidad, demonios con sotana, hijos de Lucifer. Para él, la muerte de Emilio era el resultado de la desesperanza, casi un calco de su propio reflejo. Había dejado de preguntarse cuál de todas las catastróficas desdichas sufridas por su familia había convertido cuatro meses en cuatro años, ya no

importaba. Su padre le había prometido que el día que cumpliera los dieciséis iría a buscarle, y se aferraba a esa promesa como un piojo al pelo. Le faltaban solo dos semanas para alcanzar los cinco mil ochocientos cuarenta días de vida, y eso era lo único en lo que Pepe pensaba cada vez que el padre Damián, sin razón alguna, le castigaba en el pasillo, mirando a la pared, para masturbarse a sus espaldas.

Hasta entonces había tenido suerte. No era un niño muy agraciado cuando, a finales de 1971, llegó al internado de Los Salesianos, en el madrileño barrio de Carabanchel. Su cara anodina y el generoso hueco entre sus paletos le habían evitado muchos disgustos, pero al cumplir los catorce años las hormonas comenzaron a cincelar su rostro, y el polluelo desplumado se convirtió en un hermoso pavo real que despertó los instintos más bajos de quienes, de puertas para afuera, defendían la represión ascética de los impulsos naturales. Cuando el padre Damián apoyaba la mano en su hombro, señal inequívoca de que iba a eyacular, Pepe imaginaba que atravesaba el muro que tenía enfrente y que se fundía con los ladrillos y el cemento, hasta convertirse en un ser inerte. Los capones y las humillaciones no eran nada comparados con la mezcla de temor y asco que sentía cada vez que el padre Damián le sacaba al pasillo.

Aquello se convirtió en el pan de cada día, bajo la premisa de que era el deseo de Dios, nuestro Señor, y la amenaza de arder en el averno y no volver a ver sus familias si contaban algo a alguien. El secretismo era la mácula de aquel hospicio o «estercolero social», en palabras del director del centro. En medio del abominable silencio que reinaba en Los Salesianos, solo Pepe sabía que el suicida y él compartían algo más que el mutismo y el sufrimiento: el nombre. Emiliano José había entrado en aquel internado como José, a secas, que era lo que ahora constaba en su pasaporte, y como había otros tantos Josés, todos empezaron a llamarle Pepe, como lo hacía su propio padre cada vez que quería manifestar su hartazgo: «Pepe, deja de joder con la pelota. Pepe, vete a joder a otro sitio. Pepe, no jodas más». El

verbo *joder* se acabó convirtiendo en una extensión de sí mismo, y quizá por eso, y por la ineptitud de Diente azul, Pepe acabó jodido en un internado a casi diez mil kilómetros de casa.

La bondad de Mario, al que se referían como Diente azul por la tinción de uno de sus incisivos, era tan supina como su ignorancia. Aquel pobre diablo se había criado en la Colonia Guerrero, un barrio con bajos recursos de la Ciudad de México. «Lo que andas buscando lo encuentras aquí, y lo que no, también». Eso fue lo primero que Mario le dijo al padre de Pepe cuando terminó de limpiarle los cristales de su Chevrolet Bel Air, mientras esperaba que el semáforo cambiara a verde. Era 1960, tenía quince años. Diez más tarde, Mario se había convertido en el guardaespaldas y principal compañero de Pepe, al que llevaba y traía a la escuela y a los entrenamientos de fútbol cuando el niño aún soñaba con ser el próximo Enrique Borja.

—Ay, ¡no mames! Hoy sí que te apestan las patas, escuincle —le decía, bromeando, cada vez que se cambiaba los zapatos en el coche después de los partidos. Si ese día el equipo de Pepe había ganado y el pequeño le pedía ir a comprar dulces, Diente azul siempre respondía con un enfático «¡A huevo!».

Quién iba a decirle entonces al escuincle, a Emiliano, a Pepe el Jodón, que las carencias educativas de su protector serían las responsables de su fatídico destino. Bastante tenía Mario con llevar el pan a su casa como para preocuparse de saber quién era Franco o de si en España había internados buenos y malos. El *don*, como llamaba Mario a su patrón, había decidido de un día para el otro que el niño se iba a la madre patria, y él se limitó a poner en marcha toda la maquinaria para que aquello sucediera lo más rápido posible. Ver, oír, callar y obedecer, esos eran sus cuatro mandamientos. En menos de una semana, Pepe ya tenía nueva identidad, billete de avión y colegio con residencia incluida. Un trabajo aparentemente impecable de cara al *don*, cuyo resultado enseñaría una enorme lección a Pepe: las prisas no son buenas consejeras.

Aún recordaba con nitidez la madrugada en la que les tocó salir a

escondidas de la casa, y la discreta maleta de nailon azul llena de «por si acaso» que su madre había dejado preparada para la ocasión. Tumbado en la parte trasera del vehículo, camino al aeropuerto, Pepe no sabía si la tembladera le venía de dentro hacia afuera o de fuera hacia adentro.

—Todo está chido, escuincle. La cosa se ha puesto fea, pero el don y la doña van a poner todo en orden y vendrán a buscarte muy pronto. Te vas a una escolota bien padre, ya vas a ver —le explicaba Mario, tratando de tranquilizarle.

Antes de subir al avión, el primero en su vida, recibió de Diente azul un papel con instrucciones; el guardaespaldas le advirtió de que debía destruirlo nada más leerlo: «Nomás lo masticas y *pa'* dentro, carnal», le indicó al niño antes de despedirse, frotándole la cabeza con la mano. Pepe perdió la cuenta de las veces que pudo repasar la carta, rubricada por su madre, antes de hacerla pedazos y tragársela, ayudándose de un poco de agua: problemas, dinero, peligro, escondernos, discreción, sé fuerte... No imaginaba que aquella sería su última lectura recreativa antes de atiborrarse a misas, rosarios, sabatinas y vía crucis, ni que las turbulencias del avión se convertirían en la emoción suprema frente a un modo de vida previsible como destino eterno. Desde el asiento 6A, observaba cómo las gotas de lluvia que impactaban contra las ventanas del avión se transformaban en hilos infinitos al contacto con el aire, deslizándose sobre el vidrio con la misma constancia que las lágrimas recorrían sus pómulos hasta desembocar en su boca. Él aún no lo sabía, pero la España a la que Pepe llegaba solo oscilaba en la escala de grises: los pijamas de rayas y los edredones a cuadros eran el emblema de la sobriedad; el *Cara al Sol* y los himnos de Acción Católica, el ejemplo de amor a la patria, y la sumisión pura y dura, el estandarte del espíritu de servicio, con la Iglesia como máxima supervisora del cumplimiento del deber. Cómo iba a imaginar, con tan solo doce años, que estaba emprendiendo un camino de no retorno hacia la orfandad, y que el único contacto con el mundo que conocía se limitaría a cuatro cartas

escritas a máquina y sin remite, una por año de internamiento. Aquellas misivas fueron todo lo que Pepe recibió de su familia durante su destierro involuntario, dejando un espacio cómodo y amplio en su corazón para que la soledad y el desamparo se instalaran.

En el internado las presencias se acababan haciendo tan cotidianas como los tortazos, y quizá por eso, hasta entonces, Andrés había pasado desapercibido a los ojos de Pepe. Probablemente, el culpable de que Pepe se acabara percatando de su existencia fue el colosal brote de acné que cubría la frente del muchacho y su osadía para dinamitar la clase de religión, una lluviosa mañana de octubre. Andrés debía leer en alto un párrafo de la Biblia, y decidió darle un final alternativo.

—Mi paz os dejo, la paz os doy, que os den por culo, que yo me voy —sentenció con solemnidad.

Empezaron a oírse risas contenidas entre los compañeros de aula. La reinterpretación del pasaje no faltaba a su verdad, ya que Andrés tenía los días contados en aquel internado, por lo que, a pesar de la somanta de palos que le costó la broma, salió del despacho del profesor con una sonrisa que esplendía como una mañana de verano. Al verle, Pepe no pudo evitar preguntarle de qué se reía.

—Me río pensando en todo lo que voy a hacerles a estos hijos de la gran puta antes de salir por esa puerta —respondió, mientras se limpiaba el hilillo de sangre que brotaba de la comisura de su labio inferior.

De ese aplomo y ese coraje nació la admiración de Pepe hacia aquel varón imberbe de labios carnosos que estaba a punto de cumplir la mayoría de edad. Hasta entonces, Andrés había sido una oveja más en el redil, un pobre cordero acorralado por los lobos con alzacuellos, pero el saberse con un pie fuera desató todas las tormentas que le habitaban desde que pisó por primera vez un internado, a los cinco años. Huérfano, sin más familia que unos tíos en Lérida que no tenían recursos para acogerle, pasó por la inclusa, por el colegio de Los Desamparados y, finalmente, fue a parar a Los

Salesianos. «Si obedezco no van a tocarme», se repetía con absoluta convicción, pero en su largo peregrinaje por los distintos centros benéfico-asistenciales le acabaron tocando la pedrea, dos quintos premios y hasta El Gordo. A pocos días de su salida al exterior, reclamado por sus parientes para hacerle servir en la tienda que regentaban, poco importaba contar con unas cuantas cicatrices más, con tal de recuperar algo de la dignidad que los curas le habían arrebatado.

A pesar de los pesares, y de las salidas de tono de Andrés, los chavales estaban algo más animados desde que un alma caritativa había donado una televisión al internado. Aquel aparato se convirtió en la permuta para obtener un rato de recreo los sábados por la mañana, que solo se ganaba si el grupo, al completo, se había «portado bien». Ahora importaba menos si comían lentejas con gusanos o gusanos con lentejas, porque tenían una televisión, el arma perfecta para apuntalar la obediencia y acallar el hambre. Pero Andrés y Pepe eran ya demasiado mayores para conformarse con cincuenta minutos de abstracción que los acercasen al espejismo de una infancia perdida y, como ciego al perro lazarillo, Pepe decidió convertirse en la sombra de Andrés, ya que, de todas maneras, la pubertad le había condenado a no pasar desapercibido.

En sintonía con sus planes de venganza, el sábado noche, un grupo de cuatro muchachos liderados por Andrés, y entre los que se encontraba Pepe, se escabulló hasta el pasillo donde se ubicaban las alcobas de los curas. Al lado de cada puerta, los clérigos depositaban su calzado antes de ir a dormir, y ese mismo calzado fue el que sirvió de recipiente a la orina de los cuatro secuaces. El castigo sería grupal, pero el sabor de las mieles de la venganza también lo sería. De vuelta a sus dormitorios, los forajidos oyeron un ruido. Dos de ellos lograron llegar hasta sus camas, pero, no contento con la hazaña lograda, Andrés agarró del brazo a Pepe y lo introdujo en la sala de la televisión. Agazapados bajo la puerta, observaron la luz de una linterna atravesando el vidrio ámbar que separaba el pasillo de la sala. Tras unos

segundos de inspección, el vigilante prosiguió su camino. El resplandor de la luna llena sobre las ventanas les facilitó el gateo hasta una zona próxima al televisor, que estaba situado en una tarima, escondido tras unas bastas cortinas verde oliva. Amparado por la penumbra, Andrés se puso de pie, bajó el volumen al completo y encendió el Phillips E-1.

—¿Qué chingados haces, Andrés? —le recriminó Pepe en voz baja.

—A mí háblame en cristiano —le respondió, mientras ajustaba el volumen al mínimo.

—Como nos encuentren nos van a moler a palos —le susurró su compañero, con la voz entrecortada por la tensión.

—Calla y mira —respondió Andrés, boquiabierto, posando la mano sobre la de su compinche.

Apareció ante sus ojos una reposición del programa *Galas del Sábado*. En pantalla, un hombre vestido con traje y pajarita y una mujer con un mono ribeteado con lentejuelas presentaban a un artista llamado Bambino, que iba a interpretar una rumba titulada *Compasión*.

Al cantante de generosas patillas y pómulos afilados, poseedor de una expresividad que se le salía por los ojos, le acompañaban dos guitarras, un bongó y cinco palmeros. «Quien ha de vivir sin un amor, se merece compasión», sentenciaba mirando a cámara mientras su flequillo y su ropa se revolvían en aquel cuerpo huesudo del que brotaba una voz desgarradora.

A Pepe le vinieron a la mente aquellas *bailaoras* que vio una vez en el Casino Español de México, al que iba de vez en cuando con sus padres, y que se movían como si estuvieran poseídas por una fuerza incontrolable. Lo último que recordaba haber visto en la televisión era Los Polivoces, algo muy alejado de todo lo que le transmitía el tal Bambino, cuyo talante le tenía fascinado. En cuanto terminó la actuación, Pepe volvió a su ser y apagó el artefacto.

—Vámonos, que si nos pillan nos van a matar —musitó, esta vez más sosegado, mientras buscaba la mirada de Andrés. A pesar de la oscuridad, el

reflejo de la pantalla aún brillaba en los ojos del artífice de aquella aventura.

—Yo ya estoy muerto, Pepe, no me importa el dolor. Ni el mío ni el de los demás. Solo quiero salir de aquí para ver si ahí fuera todavía hay algo que pueda resucitarme —contestó con una resignación pasmosa, mientras apartaba el flequillo de la frente de su acompañante.

Postrados sobre sus rodillas, frente a frente, los torsos de los pecadores confesos empezaron a inclinarse hacia el centro, atraídos por una fuerza gravitacional inevitable que provocó que sus bocas se encontraran. Pepe se estremeció al sentir aquellos labios jugosos, untuosos, que custodiaban una lengua tibia que asomaba a cadentes ráfagas, como las olas en bajamar. Aquel beso, el primero de su vida, se alejaba por completo de los que había visto en las películas, en las que los labios, tensos, cerrados a cal y canto, evidenciaban una falta absoluta de deseo.

La banda sonora de respiraciones y humedades se vio interrumpida por un «¡Quién anda ahí!». Sabiéndose descubiertos, Andrés decidió asumir en solitario el coste de su insolencia. Tapó con su mano la boca que acababa de besar y salió de entre las cortinas. El cura de turno le agarró del brazo y se lo llevó a un despacho.

—Ya he visto lo que has hecho con los zapatos —le reprobó el religioso entre dientes. Reza todo lo que sepas, pedazo de mierda con granos.

Minutos después, Pepe logró llegar hasta el dormitorio. Tumbado en su cama, con el corazón encabritado, se estremecía recreando el beso que acababa de recibir e imaginando el castigo que caería sobre su artífice.

Poco le inquietaba plantearse si era joto, soplanucas, maricón, no al menos hasta que pudiera besar a una mujer para salir de dudas. Cómo iba a saber Pepe que, tras esos muros, aquel beso podía costarle la vida. Lo que apremiaba era tener noticias de Andrés, del que no se había vuelto a saber nada desde el incidente, dos días atrás, y cuya salida del centro estaba prevista para ese mismo martes. Pepe temía que lo hubieran matado o, en el mejor de los casos, que lo hubieran expulsado antes. Ambas opciones le

negaban la despedida, pero preguntar no era una opción, no sin que implicara afrontar una consecuencia desagradable en formato desconocido, y él no era tan duro como su compañero. Pepe aún intuía que, en alguna parte de su ser, habitaba un resquicio de esperanza, apocada en algún rincón, aguardando que la rescataran. Pepe aún tenía miedo, aún se sentía vivo.

El día previsto para su salida, Andrés apareció en el comedor. Eran las ocho de la mañana y el despacho de internos se realizaba a las diez. Andaba con un poco de dificultad, pero no había heridas o moretones a la vista, al menos, no en su cara. Podían haberle tenido en custodia hasta el mismo momento de su partida, pero los clérigos querían que Andrés, como buen siervo, difundiera la palabra, que contara lo que le había pasado para que nadie más osara traspasar ciertas líneas. Sin embargo, el pájaro no solo no cantó, sino que hizo un esfuerzo titánico para disimular el dolor. Se dirigió hacia el banco en el que estaba situado Pepe, y consiguió sentarse.

—¿Estás bien? ¿Qué te han hecho? —le bisbiseó su compañero.

—Eso es lo que ellos quieren, que hable, pero no lo van a conseguir —respondió, mientras mordisqueaba a duras penas un trozo de manzana—. Les he dejado la cama de lo que llaman enfermería meada y cagada, para que se entretengan. Lo único que necesitas saber es que el padre Damián tiene una pequeña botella de gasolina en el primer cajón del escritorio y que su mechero está debajo de mi colchón —le indicó, regalándole una media sonrisa.

Una última misión encomendada a su discípulo, una invitación a la osadía. «Hay que terminar con las ramas para que no lleguen a troncos», solía decirles el padre Damián cuando imponía sus castigos, pero Andrés ya era hiedra trepadora, irritante, venenosa, y su único consuelo consistía en tratar de alimentar al resto de las malas hierbas para que ganaran fuerza y acabaran abriéndose camino entre los adoquines de aquella mazmorra. Llegado el momento, Andrés se levantó como pudo del banco y se despidió de sus compañeros, dejando a Pepe para el final.

—No olvides venir a visitarme, Bambino —articularon sus voluminosos labios.

El lampiño le guiñó un ojo y se alejó todo lo dignamente que el dolor físico le permitió hacerlo, rumbo a dirección, para firmar su salida. «Más sufrió nuestro Señor Jesucristo en la cruz y no se quejaba», le sermoneó el padre Claudio antes de cerrar la puerta tras de sí.

A Pepe se le empañaron los ojos, pero la rabia se impuso a la sensación de abandono. En cuarenta y ocho horas él seguiría esos mismos pasos y necesitaba tener la mente clara para darle buena salida a la idea del mechero. No contaba con que, el mismo que había torturado a Andrés, también parecía tener planes para su aliado. El padre Damián iba a despedirse de Pepe, pero a su manera. El *modus operandi* no cambiaba en absoluto: castigo sin razón aparente y pasillo, pero, esta vez, Pepe, además de oírlo, iba a verlo.

—O miras, o tú de aquí no sales —le advirtió, mientras se levantaba la sotana y se bajaba la bragueta del pantalón.

Aquella escena, perturbadora, obscena, sirvió de iluminación al muchacho, que supo enseguida lo que debía hacer con la información que le había proporcionado Andrés.

El jueves, a las diez de la mañana, Pepe se despidió de sus camaradas y se dirigió al despacho del director. Al pasar junto a la sala de la televisión, sintió un escalofrío. Varios clérigos rodeaban el aparato que había sido testigo de la única muestra de amor que había recibido en los últimos cuatro años. Desde el pasillo escuchó a un hombre que, con voz pesarosa, anunciaba la muerte del dictador Franco. Tras rubricar el papel que certificaba su libertad, el mismo Pepe pidió al padre Damián que le acompañara hasta la puerta. Lejos de extrañarse, el ego henchido del clérigo le animó a aceptar la petición, pues la sumisión era la prueba de que había conseguido meter a aquella bestia en vereda. El cura encabezó la marcha y, al poco de comenzar a cruzar el patio hacia la salida, notó algo extraño en su sotana. Se dio la

vuelta, pero solo vio a Pepe que, cabizbajo, le seguía como un perro faldero. Continuó con paso firme hasta el portón, lo abrió, y dio varios pasos atrás.

—Ve con Dios, hijo —recitó, mientras dibujaba en el aire la señal de la cruz.

Pepe se aproximó para decirle algo al oído y, aprovechando la distracción, esparció por el suelo lo mismo que había derramado sobre el hábito segundos antes.

—Todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado al fuego, Mateo 7:19 —le susurró al padre Damián. Por primera vez en cuatro años, Pepe encontró el valor para sostenerle la mirada y, con absoluto desprecio, le escupió en la cara.

—¡Maldita escoria! —espetó molesto el clérigo—. Vete, anda, y pregúntale a tu padre por qué no ha venido antes.

Aquel comentario contrarió al muchacho, que frunció el ceño.

—No lo sabías, ¿eh? Pues ya te lo digo yo: porque no le ha dado la gana. Lleva en Madrid tantos años como tú. Sal, anda, y pregúntale —le increpó, lleno de rabia, mientras sacaba del bolsillo un pañuelo para limpiarse.

Colérico, Pepe cruzó el vano de la puerta, y antes de que esta se cerrara, encendió el mechero y lo arrojó contra el ropaje del lobo con alzacuello, que comenzó a arder y a aullar como si el infierno se hubiera abierto a sus pies. Aquellos curas habían matado a Emiliano José, pero Pepe Ayer estaba más vivo que nunca.

Te digo adiós, amor, y no estoy triste.
Gracias, mi amor, por lo que ya me has dado,
un solo beso lento y prolongado
que se truncó en dolor cuando partiste.

Te digo adiós, amor
RAFAEL ALBERTI

HUELVA, diciembre de 1978.

Un piso, un Renault 5, un televisor, un tocadiscos, una cámara de fotos y unos zapatos rojos de tacón. Ese era el mantra que Manuela se repetía cada noche, antes de irse a dormir, desde la mañana del 22 de diciembre. El regalo sorpresa de doña Concha le había costado unos cuantos tirones de pelo y un par de bofetadas, poco para lo que podía haber sido si Carlos no hubiera llegado tan borracho a casa, pero después de dormir la mona, aquello de que ese año el aguinaldo fuera bastante menos de lo habitual se le acabó olvidando. «Últimamente estamos pasando apuros con el negocio», le explicó doña Concha cuando le entregó el sobre con quinientas pesetas y un décimo para la lotería de Navidad. Manuela se preguntaba hasta qué punto aquello era verdad, pues la prosperidad del negocio conservero de la familia Antuña era de sobra conocida en Huelva.

—Te lo he traído de Madrid, que fuimos a visitar a una prima. Seguro que te va a dar suerte, Manuela. La esperanza nunca se agota, eso me dijo el lotero, y tiene toda la razón del mundo: la esperanza es lo último que se pierde —le explicaba entusiasmada doña Concha, mientras se colocaba el collar de perlas.

El 15640, un número que ya había conocido la dicha en 1956 y que no llevaba el nombre de Manuela estampado de puro milagro, pues coincidía con su fecha exacta de nacimiento, una curiosa casualidad en la que la matriarca de los Antuña no reparó cuando adquirió el billete en la administración de Doña Manolita. Aunque a Manuela aquel aguinaldo le resolvía poco, el gesto de la señora le pareció bonito. «Hay que saber conformarse», le decía su padre, cada vez que lo enviaban a faenar durante varios meses y las dejaba solas, esperando con el corazón en un puño. En aquella casa siempre la habían tratado con respeto y confianza, así que, si ese mes no podía guardarse un pellizquito de dinero, algo que llevaba haciendo desde que la ley permitió que las mujeres pudieran abrir una cuenta bancaria

sin el permiso de sus maridos, tendría que apañárselas. El primer problema iba a ser explicárselo a Carlos, y el segundo, que la creyera.

Desde que cumplió los diez años Manuela no había parado de trabajar, y su labor fuera del hogar solo se había visto interrumpida para atender sus deberes como madre. Empezó tejiendo redes en el puerto, después pasó a la conservera y, cuando falleció su padre, los Antuña tuvieron la deferencia de llevársela a su casa para que entrara a formar parte del servicio doméstico. Al poco de nacer sus hijos, Manuela estaba ya de vuelta en casa de los señores, abrigando la cubertería de plata mientras aún lidiaba con los entuertos y el sangrado. Si no hubiera sido por la ayuda de su madre, que le llevaba y traía a los críos cuando les tocaba engancharse a la teta, no habría logrado salir adelante, porque con la familia de su marido no podía contar. Hacía un lustro que la madre de Carlos había fallecido, y de su padre, fusilado durante la Guerra Civil cuando él tenía apenas unos meses, no recordaba nada. Con la perspectiva que da el padecer, ahora Manuela podía ver con claridad que su marido ya estaba roto por dentro mucho antes de conocerle, pero cuando su padre desapareció en la mar, Carlos se convirtió en el único mástil al que Manuela pudo aferrarse en medio de aquella tormenta, y en menos de un año, ya estaban casados.

«Los barcos no se hunden por el agua que los rodea, se hunden por el agua que entra en ellos» era la frase que seguía a aquel «Hay que saber conformarse» que se había convertido en el credo de José Luis, una forma de afrontar la vida que pretendía transmitir a sus hijas para que aceptaran con agrado lo que les había tocado y aprendieran a hacerse fuertes. Ese fue el único legado que Manuela y su hermana recibieron de su padre, después de que se le diera por muerto el 9 de diciembre de 1960, cuando el barco en el que faenaba junto a otros treinta y ocho compañeros naufragó frente a las costas de Marruecos. Al Joven Alonso, un buque de cerco de diecisiete metros de eslora también conocido como El Cochino Gordo, se lo tragó el mar sin demasiada dificultad, pues era excesivamente pequeño para una

tripulación tan grande. La viuda y sus hijas le lloraron todo un océano y más, y cuando Manuela pensaba que aquello era lo peor que le podía pasar en la vida, recibió un nuevo envite, esta vez bendecido por la Santa Madre Iglesia y con garante a perpetuidad. Dieciocho años después de haber perdido a su padre, Manuela estaba llena de agujeros, anegada, hundida en las profundidades de un matrimonio infeliz y violento, así que aquellos veinte millones de pesetas que acababan de tocarle en el sorteo de la lotería de Navidad eran más que un salvavidas: eran la cizalla que rompía, de una vez y para siempre, las cadenas que la ataban a su verdugo y cuyo peso le impedía nadar hasta la superficie. Le gustaba pensar que el manantial de agua que ilustraba el boleto premiado había llegado a sus manos para saciar su sed de libertad. El fluido que una vez hizo que se fuera a pique, ahora la arrastraba hasta la orilla. Y como Manuela se había habituado a capear tormentas, si quería salir ilesa y victoriosa de aquel último vendaval, tendría que hacerlo con paciencia y cautela.

El cuerpo llevaba días pidiéndole a gritos agarrar a los niños y marcharse con lo puesto, pero primero tenía que ir al banco a depositar el premio para que se hiciera efectivo. Con el fin de realizar ese gesto crucial sin levantar sospechas, Manuela se desplazó el mismo día veintitrés a casa de los Antuña, que se encontraban de vacaciones en Sevilla hasta el fin de las fiestas. Allí tomó prestado un vestido de la señora y uno de los numerosos collares de perlas que coleccionaba, se aplicó un poco de máscara de pestañas y de perfume del tocador de doña Concha y, por último, eligió unos zapatos negros y un bolso verde botella a juego con un abrigo de cuello y puños de borrego de vellón. Con todo lo fiado dentro de una bolsa, puso rumbo a la calle Espronceda, donde se ubicaba la Caja Provincial de Ahorros y Monte Piedad de Huelva. Antes de llegar, entró en una cafetería, pidió un cortado y aprovechó para pasar al cuarto de baño, del que salió transformada en alguien a quien el banquero de turno no pediría explicaciones. Se pellizcó las mejillas para que lucieran sonrojadas y culminó

su obra con un toque de carmín rosado que había comprado años atrás y que jamás llegó a utilizar porque a Carlos no le gustaba que se pintase «como una fulana».

Disponía de un par de horas para resolver aquello y devolver la ropa a su lugar, pues su vecina Carmen no podía quedarse más tiempo con los niños. La muerte de su madre, unos meses antes, había dejado a Manuela huérfana en todos los sentidos. Cierto era que Mariví y Esteban ya podían cuidarse solos, pero no le gustaba que se quedaran en casa sin compañía porque Carlos siempre se lo acababa echando en cara. Y aunque él veía que, cada jornada, su mujer hacía malabares para sostener hijos, marido, casa y trabajo, el que se partía el espinazo cargando y descargando barcos para que «aquellos tres parásitos» pudieran comer y vestir era él, ya que el salario de Manuela no daba ni para *habas enzapatás*. A su mujer le tocaba asumir sin protestar sus responsabilidades como madre y esposa, que la colmaban de obligaciones y la despojaban de derechos, sobre todo del derecho a réplica. Por eso, el día que los trucos de equilibrista no funcionaban y a los niños les tocaba ir solos al colegio para que ella llegara a tiempo a casa de los Antuña, Carlos le lanzaba un dardo envenenado al centro del pecho: «Como les pase algo, será tu culpa».

La inercia había ido llevando a Manuela por la calle de la abnegación, y en un intento de aferrarse a la cordura, su cabeza justificaba cada rugido y cada zarpazo de la bestia con la que compartía lecho y techo. Carlos no se había convertido en un monstruo, lo era desde la cuna, pero el humor con el que narraba su propia desdicha encantaba hasta a las serpientes. Tres años tenía él cuando, por fin, Juana, su madre, pudo inscribir a su difunto marido y padre de su hijo como fallecido en el Registro Civil de Aracena. Hasta entonces, las autoridades le habían negado que Nicomedes Romero Martín estuviera muerto.

—Aquí no consta, señora. A ver si su marido se ha ido a por tabaco, ya sabe... —le replicaron con sorna los funcionarios de turno en el primer

intento de denuncia.

Después de conseguir que dos compañeros de la mina testificaran a su favor y que un vecino asegurara haber visto el cadáver de Nicomedes apilado junto a tantos otros en un hoyo próximo a la tapia exterior del cementerio, Juana logró que las autoridades le declararan oficialmente muerto. Cerrado ese desdichado capítulo, Carlos y su madre se trasladaron a vivir a Huelva con una tía. En cuanto tuvo edad, el chaval empezó a trabajar en el puerto como estibador y allí conoció a Manuela. ¿Cómo iba a intuir la inocente redera que la dulzura y el carisma de aquel muchacho de piel tostada y cabello encaracolado venían emponzoñados?

Los gestos de cariño y las miradas cómplices empezaron a desvanecerse en el mismo segundo en el que la argolla dorada coronó su dedo anular, y el verdadero depredador empezó a mostrarse el día que nació su primera hija, María Victoria. «Ya no vas a quererme igual», fue lo primero que Carlos le dijo a Manuela cuando la vio, por primera vez, con la niña en brazos. Pero Manuela, que estaba en las nubes, embriagada de ternura, expandiéndose, como lo hace el alma de una mujer cuando abraza el fruto de su vientre, dispuesta a dar amor a manos llenas, no reparó en aquel comentario que se convirtió en el poso de las malaventuras que estaban por llegar. El segundo hijo, Esteban, nació dos años después, cuando la dicha empezaba a escasear en aquella humilde casa de la barriada de La Navidad.

Pero ahora Manuela podía sentir que rozaba la felicidad con las yemas de los dedos, y tenía que sacar arroyo de donde fuese. Respiró profundo y cruzó uno de los arcos de medio punto que remataban la entrada del banco. En cuanto sacó el boleto premiado del bolso, el cajero llamó al gerente de la sucursal, que nada más saludarla empezó a deshacerse en cumplidos y ofrecimientos: «Preciosos zapatos, señora. ¿Le apetece un café? ¿Solo o con leche? ¿Caliente o del tiempo?». A toda esa inusual amabilidad le siguió una amalgama de información que Manuela no entendía: que si le interesaba comprar acciones, que invertir en tal o cual producto a plazo fijo le

reportaría un diez por ciento de interés anual... Entonces, su ignorancia y su paciencia se colmaron, y el minino asomó las uñas.

—Lo que me urge es saber cuándo podré disponer del dinero —espetó, contrariada pero firme.

—Faltaría más, señora —respondió apurado el director—. Ahora mismo le traemos la documentación que tiene que firmar, pero no debería tardar más de quince días en hacerse efectivo.

—¿Y no hay manera de acelerarlo? —preguntó ella, tratando de disimular su desesperación.

—Me temo que no, señora, y menos en plenas fiestas —sentenció el director.

Entonces, la angustia puso a trabajar al descaro y Manuela contraatacó:

—Señor Miralles —dijo fijándose en la placa que adornaba la solapa de la chaqueta de su interlocutor—, he venido hasta aquí porque don Guillermo Antuña me dijo que el trato era excelente, y me gustaría ver algo de esa excelencia. Estoy dispuesta a hablar de las acciones que me ha comentado si usted me ayuda a agilizar todo esto.

Sin entender muy bien de dónde había brotado aquella osadía, Manuela rubricó varios papeles, y acto seguido el cajero pronunció las temidas palabras.

—Vamos a necesitar la firma de su marido —aseveró, tras comprobar que todo estaba en orden.

—Hombre, Javier, eso ya no es necesario..., ¡que ahora tenemos una Constitución! —agregó el director con una sonrisa forzada, tratando de enmendar el desafortunado comentario de su subordinado—. No se preocupe por nada, señora, haré todo lo posible e incluso lo imposible, si es que lo imposible es posible, para que todo vaya con la máxima celeridad. Mis más sinceras felicitaciones, y no olvide que estamos aquí para servirla y ayudarla en cualquier cosa que necesite.

Manuela respiró aliviada. Podía ahorrarse la historia que había preparado

en caso de que le pidieran explicaciones sobre el paradero de su marido. Además, el trabalenguas del tal Miralles sobre lo posible y lo imposible parecía evidenciar una intención de ayuda sincera. Se levantó de la silla y, tras recibir una reverencia de director y cajero, caminó hacia la puerta tratando de disimular la flojera que sentía en las piernas.

Nada más salir del banco se dirigió al bar más cercano embriagada de nervios y esperanza, y se atrevió a pedir una copa de anís. La última vez que había degustado algún licor fue en su propia boda. El camarero la escudriñó de arriba abajo y en cuanto sus ojos se toparon con el collar de perlas que adornaba el cuello de la clienta, depositó el vaso que estaba secando sobre la barra y lo cambió por una copa. El sabor de la victoria debía asemejarse a aquel brebaje potente y dulzón, pensó Manuela. Quizá por eso, porque algo en ella aspiraba a vencer al dolor, había tenido tan claro que llamaría Victoria a su hija. El «María» le vino impuesto por el cura, y al final todo el mundo acabó llamando a la niña Mariví, menos ella; a ella se le llenaba la boca con ese nombre, que era el de su madre y el de su abuela. Desde el primer llanto, Victoria demostró que no iba a permitir que nadie la sometiera, y con un orgullo silencioso, Manuela alentaba a su hija a rebelarse ante todo aquel que intentara pisarla, incluso si el que osaba hacerlo era su propio padre. Si la niña daba una mala contestación, la que recibía la bofetada de turno era Manuela, que se había propuesto servirle de escudo, ya que no podía hacerlo como ejemplo de determinación. Había dejado de culpar a su hija por destinar los cubiertos más viejos a Carlos, o por escupir, como en cierta ocasión le vio hacer, sobre el plato de comida que le llevaba a la mesa. Porque el padre que durante sus primeros años la había colmado de besos, aquel que solía llevarla de paseo cada domingo a la playa a buscar conchenas y pequeñas caracolas, ya no estaba. Solo quedaba la sombra de un pobre hombre al que le había faltado lo más importante, un sustento que no calma el hambre de las entrañas, pero sí el del alma: el amor.

A medida que Mariví y Esteban cumplían años, más se amargaba el

carácter de su progenitor, al que los celos iban devorando por dentro. Pero la mirada de Manuela nunca se empañó de odio, sino de compasión hacia un ser que era incapaz de entender que aquellas simientes, nacidas de un amor ya desvanecido, necesitaban cuidados y atención para germinar. Carlos era incapaz de ver que el corazón de su mujer se había multiplicado y que en él cabían afectos distintos. El patriarca se sentía arrinconado, como un insignificante decimal, y el alcohol se convirtió en el remedio para mitigar el sufrimiento que le producía la celambre. Por eso Manuela evitaba tener aquel veneno en casa, y siempre que encontraba una botella de vino en la cocina vaciaba un poco por el sumidero de la pila y la rellenaba con agua. Sin embargo, aquella víspera de Nochebuena, Manuela cambió de opinión y regresó a casa con una botella de aguardiente bajo el brazo, ajena a que ese minúsculo gesto evitaría una catástrofe. Cuando abrió la puerta, su marido la aguardaba, sentado en la mesa de la cocina, apurando un cigarrillo.

—¿Dónde estabas? —le preguntó sin tan si quiera mirarla, mientras el humo del tabaco salía pausadamente por su nariz—. ¿Con quién cojones has dejado a los niños?

—Están con Carmen, ahora mismo iba a subir a recogerlos —replicó Manuela, algo nerviosa.

—Que dónde estabas, te he preguntado —insistió Carlos.

—Doña Concha me pidió que le recogiera un abrigo en la tintorería y le regara las plantas. También ha dejado esto para nosotros —y sacó de la bolsa la botella de aguardiente.

—Al menos los viejos han tenido el detalle de compensar la miseria de aguinaldo que te han dado —remató, aplastando la colilla del cigarro en el cenicero.

—¿Cómo es que has llegado tan temprano? Todavía no tengo lista la comida —preguntó prudente, ignorando la provocación de su marido.

—Me dio un mareo y Eladio me trajo a casa. No olvides que mañana Sole y él vienen a cenar con los niños, ¿o la señora te ha mandado hacerle los

recados también en Nochebuena?

—No, no tengo más recados por hacer. Ya he hablado con Sole, hemos quedado en que ella traerá unas papas con choco y algo de postre —respondió Manuela cabizbaja.

Antes de que terminara la frase, Carlos torció la nariz.

—¿A qué hueles? ¿A perfume? De dónde cojones vienes, que hueles a ramera. ¡No me mientas, Manuela! No me mientas, que me llevan los demonios y luego hago cosas que no quiero hacer —amenazó, dando un puñetazo en la mesa.

—Tranquilo, hombre, que le he cogido prestada una bufanda a la señora, que tenía frío, y debía oler a su perfume. Y encima la he perdido, ya verás cuando la eche en falta —trató de disimular sin perder la calma—. Venga, abre el aguardiente y te tomas un poquito, que seguro que te alivia. El mareo te viene de tanto trabajar. Ahora mismo subo a por los niños. —Y haciendo de tripas corazón, le dio un beso en la mejilla.

Mientras Manuela abría la botella, conteniendo el miedo y la rabia, repetía en su cabeza, una y otra vez, la lista de cosas que pensaba comprar en cuanto dispusiera del dinero del premio: un piso, un Renault 5, un televisor, un tocadiscos, una cámara de fotos y unos zapatos rojos de tacón. No sabía conducir, tampoco usar un tocadiscos, pero estaba decidida a apropiarse de todo lo que hasta ahora se le había negado. Se iba a comprar todos los discos de Perlita de Huelva, se pintaría los labios cada día y se haría muchas fotos, para congelar en el tiempo toda esa alegría en la que ya se proyectaba. A sus hijos les regalaría calzado y ropa nueva, y dos juguetes para cada uno, que los Reyes Magos estaban a la vuelta de la esquina y hasta entonces no habían podido ser muy excelsos. Y pensaba hacer todo eso a seiscientos kilómetros de allí... Tan solo había que aguantar la respiración un poquito más, ya casi veía la superficie.

Después de servir la copa a su marido, se dirigió a casa de la vecina para recoger a los niños. A medida que subía los peldaños, su memoria empezó a

viajar hasta la primera Navidad sin su padre. El veinticinco de diciembre de 1960, Carlos se presentó en casa de Manuela con flores, una bolsa de gañotes de miel y un kilo de gamba roja, y consiguió que los ojos de su novia, henchidos de pena, sonrieran por un instante. Aquellos momentos de ternura eran ahora ruinas varadas en el fondo de sus recuerdos, igual que su amistad con Sole, de la que apenas quedaba nada porque ni a Carlos ni a Eladio les agradaba que sus mujeres hicieran planes sin ellos. Por eso, cuando se veían, se limitaban a intercambiar banalidades en la cocina, entre las que se colaba alguna que otra confidencia que les hacía sentirse menos solas. Como cuando Sole acabó con un ojo morado, el día que el Recreativo de Huelva subió a Primera División. Eladio se habían llevado a su hijo mayor al partido y, de regreso a casa, ebrio de alegría y de cerveza, encontró a su mujer charlando con un vecino con el que se había cruzado mientras barría el portal, y se desató la tormenta. Al saludo de rigor, le siguió un soberano bofetón en cuanto cerraron la puerta de casa. Suma y sigue. Sole también arrastraba sus propias cadenas, pero para Manuela aquellas fiestas serían las últimas en cautiverio.

En los días sucesivos, la impaciencia comenzó a ganarle terreno. Hasta en tres ocasiones había acudido al banco para que le actualizaran la cartilla, y cada vez que el cajero volvía con su ficha de cliente y le confirmaba que no había novedades en el registro de las máquinas contables, a Manuela se le caía el alma a los pies:

Extracto bancario del 28 de diciembre de 1978: 6.345 pesetas.

Extracto bancario del 2 de enero de 1979: 6.345 pesetas.

...

Extracto bancario del 4 de enero de 1979: 20.006.345 pesetas.

¡Por fin! Miralles había logrado lo imposible, y los Reyes Magos se habían adelantado. Cuando Manuela vio aquellas ocho cifras anotadas en el cartón, el corazón le dio un vuelco. Sacó una buena cantidad de dinero, corrió a casa y buscó enseguida el teléfono de la pensión que regentaba una conocida en Madrid y los horarios del tren, que tenía apuntados en una pequeña libreta.

En dos horas un convoy partía hacia la capital. Sacó una maleta para ella y otra para los niños, que, ajenos a lo que iba a suceder, no quitaban los ojos de la televisión. Metió dentro varias mudas, algunas cosas de aseo y, con los bultos ya en la puerta, comunicó a sus hijos que tenía una sorpresa preparada para ellos.

—Pero nos vamos a perder la cabalgata, mamá —protestó la niña, a lo que Manuela respondió con un inusual brillo en los ojos.

—No, porque vamos a poder ver la de Madrid, que es mucho más grande y más bonita. Venga, elegid un juguete, que nos vamos —remató, dándoles un beso en la frente a cada uno.

—¿Y nos comprarás algodón de azúcar? —preguntó Esteban.

—¡*No ni ná!* —respondió Manuela, con una enorme sonrisa.

A plena luz del día, sin importarle demasiado que la vieran, Manuela y sus hijos empezaron a recorrer los mil quinientos metros que separaban la calle Amor de Dios de la estación de tren de Huelva. Atrás dejaban el quiosco del Joaquín y la Dolorcitas, las vías del ferrobús y la chatarrería, en cuyo descampado los niños del barrio jugaban a las chapas y a las canicas, rodeados de trozos de metal oxidado y jeringuillas.

Llegaron a la estación con quince minutos de antelación y Manuela aprovechó para comprar unos bocadillos en el bar de enfrente. Con el almuerzo resuelto y los nervios en la boca del estómago, observaba a sus hijos jugando a la piola y rezaba para que no acabaran odiándola por la decisión que había tomado. Justo en el momento en que la locomotora hizo su entrada en la vía, vio que Eladio aparecía a lo lejos, corriendo como si lo llevara el demonio. Antes de que la alcanzara, apuró a los niños para que subieran al tren y se sentaran mientras ella lidiaba con aquel imprevisto.

—*Quilla*, ¿pero adónde coño vas? Llevo una hora buscándote —le reprochó, casi sin aliento—. Que al Carlos le ha dado un infarto, que se nos ha muerto, Manuela —sollozaba Eladio, apoyado sobre sus rodillas, tratando de recuperar el aliento.

Manuela le miró pasmada y tardó unos segundos en reaccionar.

—Él siempre quiso descansar junto a su padre —respondió con la voz temblorosa—, que lo lleven a El Repilado. —Y sacando un puñado de billetes del bolso, sin contarlos, se los entregó a Eladio—. Con esto tiene que dar de sobra.

El silbato anunció la inminente partida del tren, y decidida, Manuela subió al vagón y se acomodó junto a sus hijos en los asientos de primera clase. Cuando Eladio logró digerir su perplejidad, empezó a maldecirla desde el andén, pero la entrada de otro tren en la vía contraria silenció los alaridos del ofensor y distrajo a los niños.

«Doña Concha tenía razón», pensó Manuela mientras retiraba de su dedo anular la sortija y se la guardaba en el bolsillo: la esperanza de ser libre acababa de materializarse delante de ella en todo su esplendor. Si algo le había enseñado el sufrimiento durante todos esos años, era que el amor unía más que la muerte. Cuando el tren abandonó la estación, el reloj marcaba las quince horas, seis minutos y cuarenta segundos.

LODO

‘Mezcla semilíquida de agua y arena compuesta por partículas de polvo, arcilla y sedimentos’.

Hay cosas que no pueden
callarse para siempre
y júbilos secretos
que deshacen un día
los más íntimos nudos.

Cuando venga la noche

ERNESTINA DE CHAMPOURCÍN

MÉXICO, abril de 1959.

«Duérmelo y mañana me contestas». Con una palmada en la espalda y un guiño cómplice, Enrique Vargas dio por concluida la conversación. Apagó el cigarro, apuró el vaso de tequila y abandonó la sala, dejando a su interlocutor sentado en el butacón que había frente a la chimenea. No era la primera vez que Enrique mostraba interés por el negocio de su yerno, pero esta vez había una propuesta sobre la mesa, y no era una propuesta cualquiera. Aquella conversación había comenzado como todas las que acontecían en la inmensa sala de recreación de la hacienda Las Dalias, donde a Enrique Vargas le gustaba retirarse para tratar asuntos de delicada naturaleza. Aseguraba que, en aquella habitación, presidida por un enorme mural y repleta de libros, fotografías y una imponente reproducción en arcilla de K'awill, deidad maya que representaba la prosperidad y el poder, se respiraba una energía especial que le ayudaba a aclarar las ideas. «Este mural me lo pintó el mismito Diego Rivera», repetía a cada invitado. «Las malas lenguas decían que nunca regresó a Guanajuato, pero no es cierto. Con dinero baila el perro, y en cuanto le ofrecí buena lana, no lo dudó».

Enrique Vargas no solía jactarse de su bonanza, pero tampoco escondía que todo lo que el visitante tenía ante sus ojos era el resultado de haber tenido un excelente maestro y una cabeza bien amueblada. Los vientos de la familia Vargas comenzaron a soplar a favor el día que Chang Li desembarcó en Mazatlán y comenzó a trabajar para ellos en la siembra y recolección de algodón, azúcar y maíz. La firma de los acuerdos comerciales entre China y México favoreció la entrada regulada de ciudadanos asiáticos, que años antes habían servido como mano de obra barata a los Estados Unidos durante la construcción de las líneas ferroviarias. Finalizado el trabajo, fueron repudiados y muchos de ellos se refugiaron en el país azteca. Enrique tenía solo cinco años cuando Chang le enseñó a cultivar la amapola, conocida como la planta de la adormidera. Corría 1905, y las plantaciones

funcionaban todavía a pequeña escala para satisfacer la demanda de farmacéuticos y consumidores locales, pero para 1925 los fumaderos de opio habían proliferado en el norte del país, y en los cuarenta los Vargas ya eran dueños de varios plantíos dispersos entre los estados de Sinaloa, Durango y Zacatecas. La Segunda Guerra Mundial, en la que el opio se consolidó como una droga que aliviaba el dolor físico y moral de los soldados, terminó de encumbrar el negocio del cultivo de amapola.

Al fallecer el patriarca, Enrique y su hermano heredaron los terrenos y también a Chang Li, que siguió ayudándolos hasta que el consumo de su propio elixir terminó por llevárselo. Resultó que el nombre de aquel chino significaba ‘prosperidad’, por lo que, a su muerte, Enrique no dudó en encargar dos figuras a escala real del dios K’awill: una la hizo instalar en su hacienda y la otra en la tumba del hombre que había hecho florecer su negocio. A sus cincuenta y nueve años, Enrique Vargas gestionaba una fortuna obscena en todos los sentidos imaginables, y ahora, consciente de que la vida le iba restando fuerzas, quería asegurarse de que a sus hijos, nietos y bisnietos no les faltara de nada.

—Hablamos de expandir el negocio, de crear un imperio —fabulaba el patriarca, en cuyos ojos se reflejaba la brasa del tabaco que sostenía entre índice y corazón—. Miguel y Armando también están en esto, Julio, y no me gustaría que Titina se quedara fuera. Te confieso que al principio no me cayó nada bien que mi hija se fijara en un gachupín, pero yo tampoco era santo de la devoción del padre de mi Delia y, sin embargo, aquí estamos —aseveró Enrique mientras sacaba un cigarro para ofrecérselo a su recién estrenado yerno—. Ten, un tequila y unos buenos Faros le paran la verga hasta al más pelado —concluyó con una sonrisa socarrona.

Julio estaba condenado a decir que sí, como todas las veces que le había tocado decir que sí desde que se enredó con la pequeña de los Vargas. No contemplaba la posibilidad de volver a casarse, pero en su camino había una piedra destinada a hacerle tropezar una y otra vez, y en el cuerpo de Titina

ya estaba creciendo una nueva vida que llevaba su sangre.

El exceso de tequila no tardó en hacer efecto y los ojos empezaron a pesarle. Desde el butacón, Julio observaba los dientes de serpiente de K'awill y su hocico largo y respingón, mientras el copal que coronaba su frente se consumía. Por orden de su suegro, ese incienso debía estar siempre encendido. La avidez de conocimiento de Enrique Vargas, que a duras penas sabía leer, contrastaba con su fanatismo hacia todo lo místico, por eso contaba con los servicios de un experto lector, que manejaba con soltura la prosodia para que Enrique se empapara de cada historia que le leía, y de un chamán, que mantenía a raya la singular energía de aquella sala. El patriarca de los Vargas era un manirroto en todo lo que al arte se refería, y estaba dispuesto a ser mecenas de cualquiera que poseyera un talento que él anhelara tener.

El sopor del alcohol sumergió a Julio en un sueño profundo que le transportó hasta Veracruz, veintidós años atrás. A veces, el subconsciente le seguía conduciendo al momento en el que la embarcación La Colonial le recogió en Portugal, aún como Nicomedes Romero, y le depositó en México como Julio Ayer. Le inquietaba que su memoria siguiera regresando a momentos muy concretos, como los cinco días en los que estuvo deambulando por el puerto de Lisboa hasta que un marinero le aceptó como polizón a cambio de dos mil pesetas y de hacerse servir como fogonero en la sala de máquinas. Aquel barco, propiedad de la Companhia Colonial de Navegação, era fletado de vez en cuando por un poderoso empresario portugués para enviar mercancía a México, desviándose así de su ruta habitual hacia Angola y Mozambique, y el intrépido grumete aprovechó la coyuntura para hacerse con un dinero extra a costa del necesitado y a espaldas del oficial de máquinas. El destierro forzado de Nicomedes había sido el reflejo, a pequeña escala, de un éxodo mucho mayor ocurrido pocos meses antes. En mayo de 1937, el buque Mexique había trasladado desde Burdeos hasta las costas mexicanas a cuatrocientos cincuenta y seis niños

españoles que huían de la guerra civil, amparados por la política de acogida del Gobierno de Lázaro Cárdenas. Aquello sólo sería el comienzo.

Durante las tres semanas que duró el trayecto hacia la antigua Nueva España, Nicomedes fraguó en su cabeza el pasado y el presente de Julio, mientras quemaba, a golpe de pala, los recuerdos de una vida que no pensaba rememorar. Cada vez que arrojaba carbón a la caldera, desaparecía un nombre de su memoria: Juana, Carlos, Rogelio... Cualquier resquicio de su otro yo debía quedar hecho cenizas. Estaba convencido de que, si un barco tan pesado podía desplazarse en el mar con la gracilidad de un velero, alivianar sus recuerdos también le permitiría avanzar hacia un futuro algo más esperanzador. Aquel trato torticero con el marinero le dejó el bolsillo casi pelado y los riñones curtidos, pero le permitió llegar al puerto de Veracruz con algo del dinero que aún traía de España, y que destinó a comida, techo y a adquirir algo de ropa que le permitiera verse decente para buscar trabajo.

Cada vez que Julio caía en brazos de Morfeo, su memoria deambulaba entre momentos y espacios superfluos, hasta que, de repente, se detenía en un detalle decisivo, como la llegada de Martiño a su vida. Azar o destino, el gallego y el onubense confluyeron en una de las camionetas que trasladaba mano de obra barata desde Veracruz a diferentes puntos del país y que, en su caso, los llevó hasta la frontera del estado de México con Michoacán, para trabajar en la mina Dos Estrellas, famosa por sus vetas de oro y plata. Unidos por la madre patria y por las penurias que pasaban extrayendo metales preciosos a cambio de comida y un sueldo precario, las visitas frecuentes a los concurridos burdeles de la zona terminaron de forjar la amistad entre Martiño y Julio, hasta que la avaricia acabó separando lo que los entresijos de la tierra habían unido.

Al revisar ciertos recuerdos, los ojos de Julio comenzaban a agitarse bajo los párpados a una velocidad vertiginosa. Su retina se había impregnado tanto de los azules, magentas y mostazas que le rodeaban que le angustiaba

regresar a la penumbra de la mina, tan idéntica al blanco y negro en los que estaba sumida la España de la que logró escapar en 1937.

La sonrisa desdentada de Martiño y su grito de socorro fue lo último que se mostró en ese sueño, que sobresaltó a Julio hasta despertarlo. Aún atontado, salió de la sala y logró ubicar la alcoba en la que ahora, ya casados, dormían él y Titina. Era la primera vez que Julio no ocupaba el cuarto de invitados, en el que solía quedarse cada vez que visitaban a los padres de su entonces novia, que residían en San Miguel de Allende, donde la matriarca, tras mucho insistir a su marido, había decidido instalar a la familia años atrás. A pesar de las pocas semanas de embarazo, Agustina, a la que todos llamaban Titina por su corta estatura, yacía apacible en la cama con un camisón que dejaba intuir que su vientre ya estaba habitado. Julio se quitó la ropa, depositó el reloj de pulsera sobre la mesita de noche e intentó volver al estado de letargo en el que se había sumergido minutos antes, pero la propuesta de su suegro empezó a rondar en su cabeza. A priori, el riesgo parecía mínimo y Enrique subrayaba, una y otra vez, que los beneficios iban a ser desorbitados. Ni siquiera Julio tendría que preocuparse de la logística.

—La idea es abrir dos sedes nuevas de tu funeraria fuera del Distrito Federal: una en Torreón, punto equidistante a nuestros terrenos de producción, y otra en Nuevo Laredo, frontera con los Estados Unidos. Miguelito va a gestionar la preparación de la mercancía y mi Armando se ocupará de organizar el transporte —le había detallado Enrique.

Los Vargas habían decidido que querían un trozo de pastel aún más grande, y ahora que su competidora más sanguinaria, Ignacia Jasso, la Nacha, se había retirado, además de producir, iban a comenzar a distribuir opio. Para diversificar el envío a los Estados Unidos sin levantar sospechas entre los hijos de la Nacha y el Pablote, que aún controlaban el negocio en el noroeste, estaban creando empresas fantasma con la intención de hacer pasar, en un flujo casi constante, el producto a través de la frontera noreste. Una funeraria les ofrecía la discreción y el formato perfecto para transportar

cantidades más grandes bajo el forro de los ataúdes. La idea era buena, y no era el miedo lo que tenía a Julio con la mosca detrás de la oreja, sino el convencimiento de que dar aquel paso significaría atarse aún más a los Vargas, para los que la familia era una cuestión sacrosanta. Julio no lograba entender ese apego casi enfermizo que unía a padres, hijos, primos, hermanos, abuelos y a todo aquel que estuviera dispuesto a derramar su sangre por la causa, que no era otra que perpetuar la prosperidad del negocio. Quizá no podía entender lo que era la lealtad porque la supervivencia no le había permitido explorarla, pero si tenía que entrar al juego, sería mejor hacerlo con sus propias normas.

Arropado por la penumbra, dando vueltas de un lado a otro de la cama, intentaba buscar argumentos con los que disuadir a su suegro, pero la terquedad era un rasgo muy arraigado en aquella familia y, si no se lograba persuadir al objetivo con dinero, se le convencía con amenazas. La voz adormilada de Titina interrumpió su cavilar.

—Éntrale, no seas menso, Julio. La funeraria te va bien, pero a nadie le amarga un dulce. Ya deja de moverte y duérmete —le reprobó su mujer, abrazándole por la espalda.

La manera en la que, a veces, Titina podía llegar a leerle el pensamiento le ponía el vello de punta. Aquella chaparrita era increíblemente intuitiva e igual de terca que su padre. Esa misma tozudez, que ahora le arrastraba hacia un terreno pantanoso, fue la que hizo que saltaran chispas cuando se conocieron en el salón de baile Los Ángeles, en el Distrito Federal de México. Titina se había empeñado en ir a estudiar Secretariado y Finanzas a la capital, pero cada fin de semana cambiaba la comodidad de la casa de su tía, en la colonia Condesa, por la adrenalina de la colonia Guerrero. Enrique, su padre, que invirtió dinero en la que se había convertido en una de las salas de fiestas más importantes de México recibía, a cambio de su generosa contribución, fotografías y cuadros exclusivos de los artistas que la frecuentaban, como Leonora Carrington, Juan Soriano, Eva Sulzer o Frida

Kahlo. De lo que Enrique no tenía la más remota idea era de que su hija fuera visitante asidua del local, y mucho menos que le gustara bailar con el intencionado descaro con el que lo hacía, buscando la mirada de aquellos que, sedientos de algo más que cerveza, la contemplaban embobados.

Julio no fue una excepción, y cayó en el hechizo de la niña del vestido de lunares a la que le gustaba jugar a ser una rebelde. Por entonces, Lupe ya le había calado hasta los huesos, pero ambos sabían que lo suyo no podía ser. Conocida entre la clientela como Alizée, aquella *vedette* cubana que cada viernes encandilaba con su voz a los clientes de Los Ángeles también se dedicaba al esoterismo, y sus cartas le habían revelado que su camino y el de Julio no estaban destinados a cruzarse.

—Tú no eres quien dices ser y yo tampoco, por eso nos gustamos —le repetía a Julio tras cada encuentro, mientras se regodeaba en el dulce y pegajoso sudor que el sexo dejaba en su piel taína—. Además, a mí lo de cantar no me da para lo que yo quiero, entonces necesito esto, y esto a Alizée se le da muy bien. A Lupe no se la quiere singar nadie, porque les recuerda a su madre o a su hermana, pero a Alizée se la quieren follar todos —aseguraba orgullosa la imponente mestiza de mirada felina y piernas infinitas.

Y tenía razón. A las putas se las folla, no hay más. Uno no se complica con una puta porque las putas no son para complicarse, sino para todo lo contrario. A fuerza de repetirse aquella consigna, Julio logró excretar las mariposas de su estómago y empezó a ver a Alizée como ella deseaba que la viera, dejando espacio a Titina para todo lo demás. Ahora, cuatro años más tarde, todo lo demás dormía a su lado y esperaba un hijo suyo.

La respiración pausada de su compañera de lecho le ayudó a retomar el sueño, pero aquella noche la memoria no estaba dispuesta a darle tregua. En la primera cabezada, las sombras de las mentiras, a las que Nicomedes había arrancado las patas para que no le alcanzaran, empezaron a desfilas en la cabeza de Julio a su antojo: el momento en el que tuvo que explicar a

Antonio que llegaba solo a Rosal de la Frontera porque la Guardia Civil había detenido a Rogelio; la vez que, habiéndose tragado unos granos de plata, malmetió contra un compañero para desviar la atención y que lo incriminaran; la noche que conoció a Titina y le contó que tenía veintiocho años en lugar de treinta y cinco. Y la guinda del pastel: el silencio que condenó a Martiño a la muerte.

La llegada de Julio al Distrito Federal, en 1946, la patrocinó su malogrado compañero, artífice y ejecutor de la maniobra que prometía llenarles los bolsillos de oro y plata, una propuesta arriesgada que debía haber acabado bien si Julio hubiera hecho lo que no hizo. El trabajo en la mina Dos Estrellas, principal exportadora de oro del país unos años atrás, menguaba por momentos, y su gestión, que había pasado de los empresarios ingleses a los propios mineros mexicanos, se hacía cada vez más difícil. Un camarada propuso a Julio y a Martiño trasladarse con ellos a la mina de La Valenciana, ubicada en Guanajuato, mucho más activa y en la que el trabajo y la comida estaban asegurados. Durante años, La Valenciana estuvo comunicada con la Bocamina San Ramón a través de un túnel que quedó sepultado por una fuga de agua que se llevó doscientas cincuenta vidas por delante. La bocamina estaba abandonada desde 1939, pero las leyendas en torno a las cargas de oro y plata, ya transformadas en monedas, que habían quedado atrapadas en las salas adyacentes, seguían en la mente de todos. Sin embargo, nadie se aventuraba a adentrarse en ella por el peligro de derrumbe y por considerarlo un lugar maldito, protegido por las almas errantes de los mineros que allí murieron sepultados.

—¡Manda carallo! —exclamó Martiño cuando le contaron la historia—. Pues aquí hay un gallego dispuesto a echarle huevos —sentenció apurando la cerveza—. Mañana después del trabajo nos acercamos, Julio —le susurró a su amigo antes de ordenar otra ronda al cantinero.

Julio no solía hacer mucho caso a Martiño, ya sabía que su compatriota era de mucho hablar y de poco hacer, pero en esa ocasión el gallego,

decidido a probar fortuna, consiguió arrastrar a Julio, al que la curiosidad le podía más que la prudencia. Como era de esperar, allí abajo no encontraron nada, o al menos nada que valiera la pena. «Aquí había una veta de plata de treinta y cinco centímetros de ancho, algo tiene que quedar», mascullaba Martiño mientras se afanaba en picar la piedra. Al tercer día, a punto de abandonar la misión, una veta de andesita dejó ver un pequeño filón de oro.

—Mañana nos traemos un canario y nos metemos bien en esta zona — propuso Julio frotándose las manos.

Los pájaros, altamente sensibles a los gases, inoloros pero peligrosos, comenzaban a aletear inquietos si había alguna fuga durante el proceso de picado. Sus desesperados movimientos anunciaban la asfixia inminente, que se producía en pocos minutos si no se abandonaba el lugar.

Al día siguiente, con las pocas fuerzas que les quedaban al término de la jornada en La Valenciana, volvieron a la bocamina con la idea de seguir buscando su suerte, una suerte que se acabó presentando en forma de piedra de unos cinco kilos con una gran cantidad de oro incrustado. «Veo más al fondo, voy a picar otro poquito», aseguró el gallego, entusiasmado, tras entregar el tesoro encontrado a Julio. A los pocos segundos del hallazgo, el canario empezó a batir las alas con violencia, pero Julio, que había depositado la piedra en un cubo, guardó silencio y se alejó hacia el pasillo. Sabía que aún contaban con un pequeño margen para que Martiño lograra sacar otra roca antes de caer desplomado. No le hizo falta apurar el tiempo, porque al golpe de piqueta siguió un derrumbe que sepultó a su compañero en un instante. Julio se tapó la nariz, agarró el cubo y salió despavorido del agujero. Antes de llegar al pueblo, cavó un hoyo junto a un árbol con sus propias manos, enterró la piedra e inmediatamente se dirigió a la cantina para no levantar sospechas. Cuando encontraran a Martiño, todos pensarían que habría ido solo.

—¿Dónde dejaste a la novia, Julito? —se burló un compañero al verle entrar sin su inseparable camarada.

— ¡Follándose a tu puta madre! —respondió a la defensiva.

El provocador hizo amago de levantarse de la mesa, pero sus acompañantes le frenaron advirtiéndole del carácter violento e impulsivo de Julio, al que poco le importaba «partirse la madre» con quien fuera necesario. El capataz de la mina le puso en bandeja la coartada al interesarse por el paradero de Martiño.

—¡La locura esa que le ha dado de ir a buscar tesoros a la bocamina! Pero ya le he dicho que conmigo no cuente —afirmó molesto, tratando de disimular la tensión mientras le hacía una señal al cantinero para que le sirviera.

A nadie le extrañó el amargo fin de Martiño, ni siquiera a Julio. A veces se encuentra la suerte y otras la muerte, rezaban los mineros, y el gallego no era el primero, ni sería el último, al que la fiebre del oro o la silicosis se llevaban por delante. La parquedad de palabras de Julio durante las semanas posteriores a la desgracia fue el complemento perfecto de su fingido luto. Su manifiesta necesidad de estar solo le sirvió para ir trazando un plan de huida que, un mes más tarde, le llevaría a trasladarse a la capital de México sin que la decisión despertase sospecha alguna entre sus compañeros. En su talega, envuelto en un pañuelo de algodón, el legado de Martiño: dos kilos de oro extraídos del triturado y la molienda de la piedra, un destello de fortuna emergido de los surcos del cincel. Otro golpe de suerte teñido de sangre ajena.

Julio confundió la luz del amanecer con el brillo del oro que aún recreaba su retina. Cuando logró abrir los ojos, sintió un dolor punzante en la sien y una sed atroz. Aturdido, se levantó con cierta dificultad y siguió el aroma a café y a pan de elote. La presencia de su suegro en la cocina devorando un trozo de pastel terminó de despabilarle.

—¡Aquí llegan mi yerno y su cruda! —anunció Enrique, con la boca aún llena—. Buenos días, Julio. Ven, siéntate. Inesita, antes de irse sírvale al señor un café y unos huevitos rancheros *pa* que el muerto nos resucite.

Tras recibir la orden, la cocinera procedió con el mandado y abandonó la

sala.

—¡Pinche Inesita! Cocina delicioso y yo me estoy poniendo bien panzón —afirmó mientras se limpiaba el bigote con una servilleta—. Entonces, Julio, ¿qué has pensado? ¿Le vas a entrar o qué? —inquirió su suegro.

Julio dio un trago largo al café, miró a Enrique a los ojos y asintió con la cabeza.

—Pero tengo una única condición: Titina y yo no nos movemos del Distrito Federal —sentenció, antes de dar otro sorbo a la taza.

—¡Arre! El gachupín marcando terreno. Está bien, Julio, tus tripas te dicen que te quedes allá y yo lo respeto —respondió Enrique, llevándose un cigarro a la boca para encenderlo—. No somos unos criminales como muchos piensan, ¿sabes? Entregamos un producto puro que después esos pinches gringos manipulan y revenden en cajitas de cartón o en la calle, y luego los malos somos los mexicanos. Pero me vale madres lo que digan, aquí tenemos algo que esos putos no tienen: honestidad. La madre naturaleza nos da y nosotros respondemos a su llamado con respeto. El problema es de los pinches drogadictos, que no saben moderarse.

Julio escuchaba la arenga de su suegro mientras engullía con ansia los huevos, cuya salsa le recordaba a la que bañaba los tacos que solía comprar a la señora Lupita cuando vivía en la colonia Guerrero. Guadalupe... Ese nombre era parte del corazón de México, por eso entendía que Alizée no quisiera usarlo, pero cada vez que él lo escuchaba su cabeza y su entrepierna viajaban hasta los labios de su amante asalariada, cuya voz celestial se parecía a la de los querubes que nomencaban la sala en la que trabajaba. Allí era donde Julio deseaba estar, lejos del control de los Vargas, viviendo bajo sus propias normas. Pero Enrique había atado en corto a su yerno sin que él lo supiera.

Al poco de parir, Titina reclamó su lugar en el negocio familiar y empezó a ocuparse de la contabilidad. Para entonces, el dinero ya entraba a espuestas y había que blanquearlo, una labor que le proporcionaba muchas más

satisfacciones que su encomiable papel de madre y esposa. La prosperidad fue la culpable de que, a los seis años, el cuidado de Emiliano José quedase en manos de Diente azul, el hombre de confianza de Julio, mientras este se dedicaba a disfrutar de las mieles del éxito, y su mujer, a multiplicar los panes y los peces. La funeraria en la que Julio entró como ayudante al llegar a la capital, y que acabó comprando a su dueño, daba ahora más servicio a los vivos que a los muertos, y los encuentros con Alizée eran cada vez más frecuentes y caros. En una de sus citas clandestinas, tumbados sobre la cama, embriagados por los efectos alucinógenos del pulque, Alizée tomó la mano de Julio, cerró los ojos y empezó a describir las imágenes que se le aparecían a medida que transitaba sus líneas del destino con las yemas de los dedos.

—En el antiguo Egipto, la posición de las estrellas servía de referencia para la agricultura, ellas indicaban cuándo se debía sembrar y cuando no. Tú estás recogiendo lo que otros sembraron, pero te acecha una tempestad violenta e inevitable. Veo una serpiente engullendo su propia cola, formando un círculo con su cuerpo —afirmó confusa, tratando de ponerle nombre a lo que estaba viendo—. Es el uróboro —prosiguió—. Simboliza la lucha eterna, el esfuerzo inútil. Todo tiene un principio y un fin, todo acaba y vuelve a empezar, aunque queramos impedirlo. Todo renace, nada desaparece, y así eternamente.

—Tus tetas son como el maíz palomero, Ali: pequeñas, suaves y dulces —susurraba Julio mientras hundía su boca en el escote de la pitonisa, haciendo caso omiso a sus palabras.

El placer como medio y como fin, esa era la única preocupación de Julio en aquellos momentos. Lo tenía todo y no veía la necesidad de renunciar a nada. En casa, Titina, doce años más joven que él, le cabalgaba con la energía de una potra desbocada, mientras que Alizée le montaba con el temple de una yegua alazana, con una docilidad impostada que se nutría de su inteligencia. Aquellas dos mujeres representaban la perfecta hermandad entre la tempestad y la calma: una no quería saber, la otra sabía sin quererlo,

pero ambas intuían que Julio acallaba un pasado turbio, una voz dormida. «La gloria es nuestra, hemos convertido el barro en porcelana», le repetía a menudo Titina en el lecho, después de calmar sus pasiones. Lo que desconocía la pequeña de los Vargas es que, una vez cocida, la cerámica no puede volver a hacerse barro.

Borracha de gloria, en el transcurso de aquellos años, la contable se había permitido hacer algunos movimientos sin informar a nadie, con la intención de demostrar que ella también tenía madera de líder. Aquel metro cincuenta de mujer de cabello negro y fosco y ojos vivarachos había logrado pasar dos cargamentos de opio a través del puente ferroviario que conectaba Ojinaga, punto estratégico entre el este y el oeste del país, en el extremo norte, con su vecina Presidio, localidad fronteriza al sur de los Estados Unidos, sin que los Vargas ni los González-Jasso, hijos de la Nacha, se hubieran enterado. Los beneficios de esta operación habían ido directos a su bolsillo y no veía el momento de comunicar su hazaña a la familia, imaginando la admiración de su padre y sus hermanos hacia su acertada gestión. El mismo día en que Titina iba a anunciarles su impecable logro, un temblor sacudió el estado de Jalisco, dejándose sentir en diferentes puntos del país, un presagio del seísmo que estaba a punto de zarandear a los Vargas.

El patriarca acababa de recibir un regalo anónimo, un cuadro firmado por Remedios Varo como *El hombre de la guadaña*, que fue depositado en una de sus propiedades sin remitente ni firma. Lo que no había llegado a oídos de los hijos de la Nacha sí lo había hecho a los de su nieto, Héctor Ruiz González, el Árabe. A los pocos días de aquella misteriosa entrega, la cabeza del mediano de los Vargas, Armando, apareció incrustada en un palo en uno de los plantíos de amapola.

—¡Cuando encuentre al sapo que abrió el hocico lo voy a madrear hasta que se ahogue en su propia sangre! —gritaba Titina, envuelta en lágrimas.

—¡Pinche Agustina! Siempre queriendo ser la novia en la boda y el muerto en el entierro —le recriminó Miguel, el hermano mayor—. ¡Pues

fíjate que lo mismo ahorita se te cumple y te vas *pal* hoyo! Yo no pienso ayudarte, este pedo te lo buscaste tú solita.

Julio asistía estupefacto a aquel zafarrancho de reproches mientras observaba a su suegro, postrado de rodillas en el suelo, petrificado, mudo, abrazando a su mujer, que gemía sin consuelo entre sus brazos.

—Chingar o que nos chinguen, esa es la cuestión. Vamos a partirles la madre a esos cabrones, no podemos dar ningún paso en falso —sentenció Miguel, colérico.

Pero el único paso que hubo tiempo de dar fue el de esconder a Titina en una cabaña en el cerro de Tepeyac, al norte de la capital, y mandar a Emiliano lo más lejos posible.

A pesar de la distancia y los límites que Julio había impuesto a Enrique, el dinero y la sangre también le vinculaban a los Vargas, que fueron cayendo uno a uno ante la perplejidad de Agustina. A su hermano Miguel lo acabaron empalando después de coserlo a tiros; a Dalia, su madre, la habían violado, torturado y quemado viva, y a Enrique Vargas lo habían abierto en canal, como a un cochino, y lo habían dejado expuesto en la entrada de la Parroquia de San Miguel Arcángel.

Sin más opciones, de madrugada, Julio fue a buscar a su mujer a la cabaña con la esperanza de poder huir, pero, para entonces, Agustina ya había aceptado lo inevitable. La naturaleza de su final estaba supeditada a la pericia de sus persecutores, ya casi podía sentir su respiración en la nuca. En el descenso, tras una tensa discusión, se detuvieron cerca de la Basílica de Guadalupe para contemplar por última vez la ciudad. El matrimonio bajó del coche y Titina se santiguó.

—No creo que tu Virgen pueda salvarnos —afirmó Julio, con la mirada clavada en el horizonte.

—Yo sé que Dios está conmigo —respondió Agustina, con una seguridad pasmosa.

—¡Tu Dios me come los huevos, Titina! Esto no tenía que acabar así.

—Déjate de mamadas y ya hazlo, Julio. ¡Es mi pinche decisión! —le recriminó con impostada insolencia—. Solo júrame que vas a cuidar de Emiliano, como me prometiste.

Durante unos segundos Julio logró sostenerle la mirada, una mirada acuosa, llena de rabia y resignación. Visiblemente nervioso, asintió con la cabeza, se rascó la nariz y dio una última calada al cigarro antes de arrojarlo al suelo. Introdujo su mano temblorosa en la chaqueta y sacó el arma que llevaba en el bolsillo derecho.

—¿A poco te me vas a rajar? ¡No seas puto! ¡Vamos! —le provocó Titina, tratando de ayudarlo.

Julio inspiró profundamente, se mordió el labio inferior y, mirando hacia un lado, apretó el gatillo. Un certero tiro en el centro del pecho hizo caer a Agustina ladera abajo, perdiéndose rápidamente entre los matorrales. Acto seguido, Julio se montó en el coche y se dirigió al salón Los Ángeles.

Apostado en la barra, sabiendo que aquella sería la última vez, pidió un tequila mientras contemplaba la actuación de Alizée, que, envuelta en un vestido de lentejuelas y coronada con un tocado de plumas de pavo real, cantaba un bolero de Machín: «Hoy te digo adiós, me alejo de ti serenamente, todo es por demás, no lo quiso Dios, somos diferentes». La sala estaba tan llena que la cubana no se percató de su presencia. Julio apuró el vaso y, sin mirar atrás, abandonó el local. En su poder, una bolsa de nailon azul repleta de billetes, algunas joyas y el cuadro de Varo, enrollado dentro de un bastón. En la radio del taxi que le condujo al aeropuerto sonaba *El triste*, y en su cabeza palpitaba una frase: «Chingar o que te chinguen, esa es la cuestión».

Tengo miedo de encontrarme
solo en medio de un camino
por el que no pasa nadie.
Por el que no pasa nadie
porque es un camino largo
que no va a ninguna parte.

Apartada orilla
JOSÉ BERGAMÍN

MADRID, octubre de 1998.

Pepe observó el cuerpo a través del cristal y concluyó que había hecho un buen trabajo. A pesar de llevar varios años centrado en la gestión de la funeraria, no había olvidado que el violeta corregía la ictericia, el verde las rojeces y el naranja las manchas oscuras. La tanatopractora estaba enferma y su reemplazo no llegaba a tiempo, así que desempolvó sus conocimientos y se dispuso a preparar el cuerpo de aquella mujer de ochenta y cinco años que había fallecido por un fallo hepático. Su semblante relajado revelaba que había partido plácidamente.

Cuando su padre le sacó del internado y le explicó que iba a formarle en el negocio mortuario, a Pepe le tembló hasta el alma, sin embargo, toda la furia que sentía hacia él por haberle tenido encerrado durante cuatro años en el averno se fue transformando en compasión y tristeza a medida que Julio le explicaba los motivos que le llevaron a tomar aquella decisión: la muerte de la familia Vargas, la promesa de protegerle y su propia huida con poco más que lo puesto. Si Julio le hubiera revelado toda la verdad a su hijo, si no hubiera edulcorado la narración con toques de preocupación y desesperanza, el muchacho habría sido capaz de cometer un parricidio en plena calle. Aquel joven colérico y desvalido que acababa de enterarse de que su madre llevaba años muerta necesitaba creer lo que estaba escuchando, porque la alternativa era mucho más dolorosa, así que compró los argumentos de su progenitor sin demasiada resistencia.

Frente a una taza de café, en un bar cercano al internado, Julio le regaló a su hijo una historia compasiva que logró calmar su ira. Con rostro compungido le explicó que se había dedicado a borrar cualquier huella que les vinculara a los Vargas y a crear un negocio próspero y sólido que les permitiera vivir tranquilos. El asunto de los narcos fue sustituido por algo menos rocambolesco: un ajuste de cuentas, consecuencia de las deudas millonarias vinculadas al juego contraídas por el abuelo Enrique.

«Conseguimos sacarte de México de puro milagro», aseveraba Julio, recreándose en los detalles de cómo había logrado entrar en España bajo una nueva identidad, cuyo nombre había elegido a conciencia «para tocarle los cojones a los de emigración», explicó a su hijo. Regresar a la España de Franco como Julio Manuel Azaña Ayer, antiguo presidente de la Segunda República, era una provocación que Julio quería permitirse. «Mis padres, que eran unos cachondos», espetó con sarcasmo a los guardias civiles que controlaban la aduana en el aeropuerto, y a los que no les hizo gracia la broma. Poco o nada sabía Pepe por aquel entonces de su padre, más allá de sus orígenes andaluces y de su huida del país, casi cuarenta años atrás. No le quedaba más remedio que confiar en sus palabras con la esperanza de reconstruir una imagen algo más amable que la del padre áspero y ausente que guardaba su memoria. Se preguntaba si detrás del empeño de crear otra funeraria no habría algún perverso fetiche, una retorcida necesidad de enmascarar un placer culposo. Cierto era que Julio llevaba la muerte impregnada hasta en el nombre, pero Pepe tuvo que conformarse con una aclaración mucho más cartesiana: aquel era un negocio sin posibilidad de fracaso.

En su trabajado discurso, el progenitor había cambiado la comodidad del ático de la calle Montera, en el que llevaba instalado más de dos años, por la sobriedad de una pensión en la calle de las Fuentes en la que, indicó a su hijo, había estado viviendo hasta hacía pocos meses. Julio no mentía, o al menos no del todo. En una modesta habitación con ventana a un patio interior, pasó los últimos meses de 1971 centrado en dos objetivos: ordenar una vida que le mandaba de nuevo a la casilla de salida y encontrar un espacio en el que montar un negocio. A comienzos de 1972 dio con el lugar idóneo para replicar la funeraria que regentaba en México y que se ubicaría en la calle Clavel, a pocos metros del Real Oratorio del Caballero de Gracia, un emplazamiento perfecto para atraer a potenciales clientes. No fue casualidad que Julio decidiera instalarse en pleno Madrid de los Austrias: la

sala de fiestas La Perla, que ofrecía espectáculos de variedades y servicios clandestinos en su sótano, y Las Torres Bermejas, un tablao flamenco, se ubicaban en los alrededores. Aquellos dos reductos de aparente libertad le abstraían de la deliberada elección de aliarse con la muerte.

Al principio, mientras Pepe se curtía vendiendo ataúdes, padre e hijo convivieron en el ático de Montera, pero en cuanto cumplió los dieciocho, Julio envió a su vástago a formarse en el Instituto Francés de Tanatopraxia, en Garges-lès-Gonesse, al norte de París, pionero en el tratamiento de conservación de cadáveres. A su vuelta a Madrid, en 1980, el joven se instaló en un coqueto apartamento, diminuto en el lenguaje de los anuncios clasificados, situado en la calle de las Infantas, y su padre le ofreció un salario que le permitía llevar una vida más o menos desahogada. Para entonces, delante de Pepe habían desfilado ya un buen número de cadáveres y el pavor inicial se había convertido en pura rutina. La prosperidad llegó a Eterna Luz Servicios Funerarios a través de dos prestaciones poco comunes: la cremación, que había empezado a funcionar solo unos años antes en el cementerio de la Almudena, y un servicio especial para los bolsillos más pudientes: el último desfile hacia el descanso eterno a bordo de un Hispano-Suiza modelo T16, fabricado en 1920.

A mediados de los años noventa Pepe ya era un referente en el ámbito funerario, mientras que Julio, a sus inaparentes setenta y muchos, disfrutaba de su parte del pastel retirado del mundanal ruido. La inercia y la proximidad habían decretado, sin consultar a ninguna de las partes, que debían comer juntos una vez a la semana, y sus conversaciones se limitaban a intercambiar banalidades sobre el negocio o sobre el último partido de fútbol del Real Madrid. Si el clima no acompañaba, entonces encargaban paella y veían juntos *Estudio estadio*. Era obvio que Julio nunca había tenido interés en conocer a su hijo, y Pepe había perdido las ganas de intentar conocer a su padre. El único que le ofreció algunas reflexiones paternalistas de esas que acaban sirviendo para algo en la vida fue su mentor necrológico,

un francés hispanoparlante de bigote finústico y cano.

—La muerte democratiza, Pepe —afirmaba mientras rellenaba con cera el hueco que una bala había dejado en la sien del difunto de turno—. Desostenta al rico y eleva al pobre. En ese último instante, en el fulgor del fin de la vida, las clases desaparecen y los cuerpos convergen en el espacio-tiempo, para luego regresar cada uno a su lugar: unos al panteón, otros al nicho y los demás al hoyo. A nosotros el lugar nos importa poco. Lo nuestro es devolver la dignidad a estos cuerpos vividos y eso requiere paciencia y mimo. Recuerda, Pepe: el ansia siempre deja huella.

De él aprendió que la profesión de tanatopractor debía gestionarse con humor, porque la soledad y el aislamiento acechaban en cada rincón. Por eso, cuando Pepe salía de copas por Malasaña y le preguntaban a qué se dedicaba, afirmaba ser empresario de la noche, para rematar la explicación con un «pero de la noche eterna», un guiño y una sonrisa amable. Sabía que aquel trabajo podía despertar tanta curiosidad como rechazo, así que, para romper el hielo o para realizar cualquier amago de cortejo, tenía ensayados algunos chascarrillos con los que quitarle peso a lo tétrico de su profesión. Cuando había confianza se permitía ir más allá y, sin dar nombres, compartía anécdotas curiosas con aquellos a los que el morbo les podía más que el miedo.

—Una vez nos trajeron una cabeza que había que recoser al cuerpo, acompañada de un informe que aseguraba que no presentaba signos de violencia. Le dije al policía que me quedaba mucho más tranquilo, porque era obvio que al muerto se le había caído por accidente —narraba con solemnidad.

El punto fuerte de Pepe no era la bufonería, pero cuando jugaba en casa sabía entretener a su público. Dentro de aquel adulto de discurso desenfadado y temple tranquilo, habitaban dos niños: uno frágil, que se servía del humor negro y del uso forzado de sus mexicanismos para conectar con la gente, y otro oscuro, fraguado en las cloacas de la dictadura y

cincelado por los habitantes del inframundo. Buscando su verdad, la única que las circunstancias le habían permitido rastrear por sí mismo, Pepe exploraba el placer sin importarle demasiado el género que lo atesoraba. En los Bajos de Argüelles había besado más bocas de las que podía recordar, y los baños del Penta habían sido testigos de carnalidades tan atípicas como salvajes. Por eso, cuando a Pepe le amparaba la nocturnidad, se lo gozaba todo con alevosía. El actor y transformista Paco España, con el que había coincidido en varios locales antes de que su estrella se empezara a apagar, se lo decía cada vez que se cruzaban.

—Este, el de los muertos, este las mata callando. Ojo de loca no se equivoca —remataba con humor el actor, que sabía reconocer a uno de los suyos con solo verlo.

En una sociedad que iba ganando libertades lo atípico iba perdiendo popularidad, y aunque en las calles todavía resonaban los ecos de la antigua Ley de Vagos y Maleantes, que en 1970 había incluido la criminalización de los maricones y sus derivados, poco a poco, el amor y el deseo empezaban a mirarse de frente y no solo de reajo.

Así, cara a cara y sin soslayos, fue como las miradas de Pepe y Andrés volvieron a encontrarse una tarde de 1998 en las circunstancias y el lugar menos esperados: la entrega de las cenizas de un difunto a su familia. El chispazo fue inmediato. Ejerciendo de cabeza de familia, Andrés se acercó a la funeraria para recoger los restos de su suegro mientras su mujer esperaba junto al resto de descendientes en una cafetería cercana. De entrada no reconoció a su antiguo compañero, pero en cuanto Pepe abrió la boca le identificó al instante.

—En qué extrañas circunstancias nos volvemos a encontrar, Bambino —le dijo tendiéndole la mano—. Mi más sentido pésame.

Andrés obvió el gesto y sin mediar palabra le dio un abrazo.

—¡Pero qué coño, Pepe! ¡No me lo puedo creer! No me digas que trabajas aquí.

—Sin ofender, pendejo. Este trabajo está de muerte —respondió sonriente

—. ¿Y tú? Te hacía en Lérida, vendiendo clavos y tornillos.

—Volví hace tiempo, aquello no era para mí.

Acto seguido, Andrés sacó el teléfono móvil del bolsillo para mandar un mensaje de texto a su mujer: «Van a tardar un poco. Id a dar un paseo, te llamo en cuanto acabe».

Con la urna del anciano como testigo, Pepe y Andrés intercambiaron trazos de vida durante algo más de media hora. Mientras uno le hablaba del trágico final de su familia y trataba de engalanar una profesión sombría, el otro le relataba la difícil relación con sus tíos y las dificultades que condujeron al cierre de la ferretería que regentaban. El cuadro lo fueron completando recuerdos turbios, miradas cómplices y planes de futuro.

—Y el mechero, ¿qué hiciste con él? —preguntó Andrés, expectante.

Su cara de satisfacción al escuchar la narración de Pepe, que se deleitó describiendo cómo las llamas devoraron la sotana del padre Damián, coronó con una esplendorosa sonrisa que acentuó la carnosidad de aquellos labios que Pepe recordaba con cierta nostalgia. Andrés le trajo de vuelta al presente al hablarle de su mujer, Karina, una enfermera colombiana a la que conoció en una discoteca y que acabó cuidando de sus tíos. Hacía ya seis años que se habían mudado a Madrid, donde residía la familia de ella, y atesoraban dos niñas y un piso hipotecado a veinte años en el barrio de Moratalaz. Pepe no podía presumir de familia, pero sí sentía un cierto orgullo hacia el negocio que había construido. «Soy empresario, emprendedor, súbdito... Llámalo como quieras. El negocio es mío y de mi padre, o de mi padre y mío, según se vea». Eso, y el extraño nerviosismo que le producía tener a Andrés delante, era lo que hacía que su conversación girara en torno al trabajo.

Los viejos secuaces intercambiaron números de teléfono y prometieron verse pronto. El uso de aquel término, un adverbio de tiempo tan coloquial como subjetivo, solía condenar las promesas al olvido, pero una locución verbal expresada por uno de los sujetos lo transformó en algo más complejo: «Tengo ganas de verte pronto», rezaba el mensaje que Andrés envió a Pepe tan solo unos días después. El siguiente encuentro se produjo en el Café

Gijón, que rimaba con normalidad, hasta que el contenido de las reuniones fue conduciéndoles a la penumbra de las cuevas: las del Sésamo, las de Luis Candelas o las del Secreto.

—Yo no estaba muerto como creía, Pepe, yo quería matar algo dentro de mí —le confesó Andrés, ebrio, mientras devoraba su boca en un baño de caballeros.

Pepe no lograba entender las contradicciones que emanaban de su cuerpo: una dulce liviandad matizaba la furia desgarrada con la que sus labios mordían los de Andrés, mientras su sexo experimentaba un *rigor mortis* tan palpitante como los latidos de su corazón. Levitaba y ardía. Quizá lo que Andrés quería matar dentro de él era lo que estaba sucediendo allí en ese mismo momento.

Aquella amistad con derecho a roce comenzó a consolidarse, y Pepe cambió los domingos de paella y fútbol con su padre por el ajiaco de Karina, cuyo aroma impregnaba cada centímetro de los seiscientos cincuenta mil que conformaban aquel apartamento de la calle Laponia. En un momento complicado para Andrés, que se había quedado sin trabajo como comercial de muebles de baño, la presencia de Pepe se convirtió en un bálsamo, y Karina llegó a tomarle tanto cariño que empezó a invitarle a las celebraciones familiares. El tío Pepe, como le llamaban las hijas de Andrés, siempre traía un regalo para las pequeñas y, terminada la fiesta de turno, bajo cualquier excusa, Pepe se llevaba a su amigo a tomar «la última». A veces acababan en algún bar del barrio, luciendo masculinidad mientras apuraban un botellín de cerveza, pero la sed que necesitaban saciar se aliviaba de manera más discreta en la propia funeraria. Allí se entregaban al deseo hasta caer exhaustos sobre la moqueta granate del despacho, el único lugar en el que la muerte parecía no estar presente. Entonces, mientras Andrés se vestía, Pepe se encendía un cigarrillo y, tumbado en el suelo, bebiendo a morro de una botella de vino, le proponía un juego tan macabro como entretenido: lanzaba pistas para que su amante adivinara el nombre de

algunos de los rostros famosos que habían pasado por sus manos: cantante masculino de la movida madrileña de estética peculiar y voz prodigiosa; famosa periodista de voz ronca, reina de las tardes en la radio; artista cuyo apodo hacía referencia al antiguo Egipto... Aquellos veinte metros cuadrados les conferían un espacio de aparente normalidad, delimitado por un cristal ahumado en el que podía leerse el lema de Eterna Luz Servicios Funerarios: «Cuidamos cada detalle del tránsito de sus seres queridos hacia la eternidad».

Una de esas noches de vino y rosas, Pepe decidió cambiar la seguridad de la moqueta granate por una fiesta de disfraces en un local de Chueca, y se llevó a Andrés sin decirle adónde iban. Una música tan pegadiza como ininteligible dio la bienvenida a aquellos dos individuos disfrazados con caretas de Curro, la mascota de la Exposición Universal de Sevilla 1992. El portero no pudo evitar reírse.

—Pepe, esto está lleno de maricones —espetó Andrés sin decoro alguno nada más entrar. El mismísimo Batman le increpó de inmediato.

—Anda, ¿y tú qué eres, pichabrava?

—Bisexual —aclaró Pepe, tratando de sacar a Andrés de aquel atolladero.

—Claro, entonces tienes razón, cari. Tú no eres maricón, tú eres de condición baja: que lo mismo te da culo que raja —sentenció el superhéroe, que desapareció entre la muchedumbre con su copa de whisky en la mano.

—Pero no soy maricón —reafirmó Andrés con rotundidad.

A pesar del anonimato que les concedía aquella careta de pájaro con cresta de colores y nariz cónica, los Curros no tardaron en abandonar la fiesta. Pepe era consciente de que Andrés no se sentía cómodo en su propia piel y aquel entorno le exponía a una realidad a la que prefería dar la espalda. Fuera lo que fuera aquello que tenían y que ninguno se atrevía a nombrar, a Pepe le tocaba ceñirse a la clandestinidad y a la rutina de las reuniones familiares si quería perpetuarlo.

Fue en uno de esos encuentros entre hijos, tíos, amigos y conocidos de Karina donde el camino de los amantes bandidos empezó a torcerse. Andrés

había logrado reubicarse como guardia de seguridad en un polígono industrial gracias a un primo de su mujer, y la buena nueva merecía organizar una comilona para celebrarlo. El primo en cuestión trabajaba cargando y descargando materiales de construcción en una inmensa nave a las afueras de Madrid, en la que se custodiaba algo más que ladrillo y cemento; concretamente, trescientos kilos de heroína. Ese mismo día, Andrés recibió la propuesta de cubrir algunos turnos de noche de forma puntual para sacarse un dinero extra, a lo que accedió encantado. Poco después, empezó a aceptar cantidades más suculentas en sobres de papel de estraza a cambio de no hacer preguntas y de seguir haciendo más turnos de noche, un trato muy conveniente para un hipotecado con dos bocas que alimentar y un viejo Citroën CX que necesitaba jubilarse. En esta arriesgada fórmula *andresiana*, Pepe iba a despejar una incógnita que le haría tomar el testigo de la delincuencia familiar sin ser consciente de ello. Al menos, durante todos esos años, Julio había tenido la deferencia de alejarse lo suficiente de su hijo para que su repertorio de delitos no le salpicara, pero la colección era tan variada como la de los cromos de la liga nacional de fútbol: asesinato, usurpación de identidad, omisión de socorro, tráfico de drogas y falsedad documental como cabezas de equipo.

La devoción de Pepe hacia Andrés iba a provocarle tres heridas: la del amor, la de la muerte y la de la vida. La noche del 9 de julio de 1999 sería la última de aquellos encuentros clandestinos que desde hacía semanas sucedían entre carretillas elevadoras y palés. A medio vestir, mientras apuraban un cigarrillo a medias, Pepe envidó y mostró sus cartas.

—La vida es a término, Andrés, se va, no se repone. Quiero esta vida contigo, pero no sé cómo podemos estar juntos sin dinamitar todo lo que nos rodea. Aprecio mucho a Karina y no quiero que la sigamos engañando.

El clic de la hebilla del cinturón de Andrés al cerrarse fue el último sonido que precedió a un silencio tenso y seco que duró varios segundos.

—Pepe, aquí no hay engaño —le respondió Andrés con la voz temblorosa

—. Karina y yo tenemos un acuerdo: lo que haga cada uno de puertas para afuera se queda fuera, mientras no afecte a nuestras hijas. Lo que quieres, lo que necesitas, yo no te lo puedo dar.

Pepe le miró fijamente durante unos instantes y respondió con un escueto «Tengo que ir al baño». Sus piernas, temblorosas, y las náuseas que le retorcían el estómago le obligaron a sentarse en el retrete. Trataba de calmar la ansiedad paseando sus dedos de manera compulsiva por su cuero cabelludo, una manía adquirida de pequeño que le servía para canalizar la furia y el miedo. El rugido de varios vehículos aproximándose a gran velocidad y el chirrido de las ruedas al frenar le rescataron de aquel simulacro de luto. En apenas unos instantes, voces y tiros empezaron a orquestarse en un canon infinito y Pepe, completamente aterrorizado, logró arrinconarse en la esquina del aseo con la cabeza entre sus piernas. Necesitaba calmarse, estaba a punto de hiperventilar. De pronto, los tiros cesaron.

—¡Culicagados! ¡Carguen todo lo que puedan, tenemos diez minutos! ¡Vamos pues!

—Marica, ¿con este qué hacemos?

—Me lo dejás ahí, que lo vean esos malparidos.

El eco le devolvía el sonido del segundero de su reloj multiplicado por diez, mientras Pepe, incapaz de moverse, rezaba al Dios en el que nunca había creído para que aquellos hombres se llevasen cuanto antes lo que fuera que habían venido a buscar. Antes de que se cumplieran los diez minutos los vehículos se alejaron y el silencio tenso, previo a aquel *impasse* de terror, regresó de golpe. El cuerpo de Pepe no respondía y, tras la estampida, tardó otro rato en poder salir del baño. Cuando logró articular sus pasos, la posibilidad de reaccionar a la bofetada de desamor que acababa de recibir quedó eclipsada por un guantazo aún mayor: frente a él yacía el cuerpo sin vida de Andrés, al que rodeaba un charco de sangre que se expandía con una lenta y delicada cadencia. Pepe no pudo contener más las náuseas y vomitó.

Sabía mejor que nadie lo que estaba por venir: en las siguientes tres horas el cuerpo de su amante se enfriaría, sus labios y párpados se contraerían y su rostro y extremidades se agarrotarían. En veinticuatro horas comenzaría el proceso de putrefacción. Por su cabeza transitaban de forma meteórica todo tipo de ideas, ninguna de ellas racional. Optó por arrastrar el cuerpo de Andrés hasta el CX, pero las balas habían impactado sobre las ruedas. De repente, una luz cegadora y el sonido de unas sirenas hizo que el plano de Pepe se fundiera a negro.

A las nueve de la mañana del 10 de julio el teléfono del céntrico bar Carmela sonaba insistentemente. El camarero contestó y segundos después se dirigió a Julio, que como cada mañana ocupaba la mesa de los periódicos. Extrañado, dejó el churro sumergido en el café, se limpió la boca con una servilleta de papel que tiró al suelo y se aproximó a la barra para responder a aquella misteriosa llamada.

—Papá, soy yo —se oyó al otro lado.

Todo lo que Julio desconocía de su hijo quedó revelado en poco más de dos minutos de conversación a través de un viejo teléfono de marcación por pulso. Cuando Pepe terminó su monólogo, llegó la frase crucial: «Sácame de aquí, por favor». El sonido de una máquina tragaperras y una respiración agitada, a la que siguió un tono continuo, fue lo único que Pepe escuchó al otro lado de la línea. Julio le pidió un paquete de Celtas al camarero y regresó a su asiento. Sacó de la taza el churro, ya casi deshecho, y buscó la página ocho del periódico que había estado ojeando minutos antes.

‘La Policía decomisa otros 5.000 kilos de cocaína dentro de la Operación Temple’

Después de la incautación de 10 toneladas de cocaína en el barco *Tammsaare* y de 208 kilos de heroína en un almacén a 30 kilómetros de Madrid, la policía seguía buscando las caletas o almacenes que la banda utilizaba para guardar la mercancía. La red desmantelada estaba compuesta por un grupo de colombianos, encargados de producir y distribuir la droga una vez introducida en España, y una banda gallega, conocida como clan del Boiro, que se ocupaba de que la droga cruzase el océano y llegara a las

costas españolas. Luego la almacenaba en pisos francos o en almacenes industriales, como el descubierto ayer.

A partir de ahí, según la Policía, eran otra vez los colombianos los que repartían la droga por toda Europa. En este intercambio de funciones, el riesgo determina el beneficio: el 30% de los ingresos era para los gallegos y el resto para los colombianos, responsables de la complicada y costosa tarea de colocar la mercancía.

Nada más terminar de releer el artículo, Julio apuró el café, dejó una moneda de quinientas pesetas sobre la mesa y salió del bar rumbo a la funeraria. Esta vez, el rutinario recorrido que realizaba tantas mañanas desde el Carmela hasta su negocio le pareció distinto. Algunos edificios de la Gran Vía lucían banderas arcoíris en sus fachadas y, en la misma calle del Clavel, una sábana que colgaba de un balcón a otro rezaba el que para muchos era un nuevo credo: «Universo diverso. Rosa que te quiero rosa». Julio se abstraía de aquel festival de color y de mensajes confusos y abrió la verja de la funeraria. Sin soltar las llaves, entró al despacho a la búsqueda de un folio y un rotulador. Unos instantes después, colgó en la puerta el cartel que acababa de rubricar y trancó la verja:

Cerrado temporalmente.

Disculpen las molestias.

Firmado: La dirección.

«Duérmete» —dicen los que no duermen.
Se abren las sombras: sus brazos te mecén.

La noche

CONCHA ZARDOYA

VALENCIA, abril de 1984.

«¿ESTÁS BIEN?».

Recostada sobre la camilla, la pregunta de la enfermera hizo retroceder a Victoria a la víspera de San Isidro en la calle Velarde, once meses atrás. Aún resonaban en el aire los ecos del concierto de Joan Baez y Aute en el Palacio de los Deportes, y una brisa lisonjera inundaba las calles un Madrid en plena ebullición.

«¿Estás bien?», le preguntó aquella madrugada de mayo una amable desconocida que se refugiaba en la calle por una razón muy distinta a la suya. La respuesta fue la misma en ambas ocasiones: Victoria inspiró profundamente y asintió con la cabeza.

—Hoy está hasta arriba, no hay quien se mueva ahí dentro. ¿Quieres un piti? —le ofreció la chica, tendiéndole la caja de Lucky Strike. Victoria volvió a asentir.

—Vicky, en cinco minutos te quiero en la barra —le increpó el encargado, que recogía los restos de una copa que había caído al suelo—. Y tú, Almudena, no me la entretengas.

—¿Trabajas aquí? —la tal Almudena insistía en entablar conversación.

—No por mucho tiempo. Es la tercera copa que se me cae esta noche.

—No te preocupes, Ángel hace honor a su nombre. A él cualquier disgusto se le pasa con un buen *Tumba Dioses*.

—¿Un qué?

—Otro día te lo cuento —respondió con picardía, dejando escapar el humo del cigarrillo por nariz y boca—. Anda, entra, no vaya a ser que se enfade aún más.

Aquella simpática morena de cejas mínimas se quedó fumando junto a la puerta del bar, mientras Victoria regresaba a la trinchera del disfrute ajeno. En el Madrid prometido se respiraba libertad, esa palabra manoseada y prostituida a la que Luis Eduardo Aute le había cantado tan solo unas

noches atrás, pero también caos, delincuencia y droga, mucha, al punto de que el *caballo* cabalgaba de vena en vena a través de un maquiavélico sistema de alquiler de jeringuillas. Poco importaba, había *quorum* para disfrutar de los excesos sin sentir un ápice de culpabilidad.

En la cabeza de Victoria aún resonaba el portazo que hizo temblar la porcelana de la entrada. Manuela se lo había advertido varias veces, «si esto sigue así, te vas», y con todo el dolor del mundo, arrojó la maleta escaleras abajo y cerró la puerta. Lejos de recular, Victoria cogió sus pertenencias y se marchó sin mirar atrás. Caminó la calle Columela hasta la esquina con Lagasca, para luego continuar hacia la calle de Alcalá. Compró un paquete de mentolados en un estanco cercano a la iglesia de San Manuel y San Benito y acto seguido se metió en una cabina telefónica.

—Turi, ya estoy fuera. Dime dónde y a qué hora nos vemos.

La cuerda se había ido tensando entre Victoria y Ramiro sin que Manuela supiera cómo evitarlo, hasta que no le quedó más remedio que cortarla. Su primogénita acababa de abandonar la que había sido su casa durante los últimos cuatro años, un amplio y acogedor piso en el barrio de Salamanca que Manuela había pagado a tocateja a las pocas semanas de llegar a Madrid. El cálido hogar que habían construido sobre los cimientos del dolor se había convertido en territorio hostil desde que su ahora marido, Ramiro, vivía con ellos.

Durante un tiempo, Manuela aprendió a vivir sin el yugo que la había tenido atada a Carlos, volcada en sacar adelante la tintorería que había adquirido a unas cuantas manzanas de casa y que marchaba sobre ruedas. Pero la soledad de la gran ciudad la empujó a los brazos de lo malo conocido, y volvió a echarse otra condena a la espalda con un segundo matrimonio. Para entonces, Victoria tenía dieciocho años y la efervescencia de una aspirina diluida en agua. La niña cándida de trenzas sublimes que había llegado a la capital a comienzos de 1979 ahora llevaba el pelo corto, cardado hasta el infinito y teñido de violeta, adoraba las pulseras con

tachuelas y se juntaba con la *crème de la crème* del barrio de Malasaña. No hacía ni dos semanas que el polluelo había abandonado el nido y en su pecho habitaba una mezcla de miedo y determinación, de nostalgia y porvenir. Aunque no se había marchado con las manos vacías, no contaba con muchos medios para valerse por sí sola, así que el sofá de Turi y el trabajo de camarera que le había conseguido en La Vía Láctea resultaron ser un refugio seguro en medio de su particular tormenta. Lejos de odiar a su madre, Victoria solo podía sentir lástima: el pájaro que había logrado escapar de la jaula ahora no sabía vivir fuera de ella. Atrás dejaba la mirada rota de su hermano Esteban y los recuerdos de aquellas noches tirados en la cama de su habitación, viendo *Musical Express* o *Caja de Ritmos*. La gota que colmó la paciencia de Ramiro salió de este último programa, en el que semanas antes se había emitido un tema que Victoria tarareaba sin cesar, y que era música satánica a oídos de su padrastro. «¡Me gusta ser una zorra!», gritaba a pleno pulmón desde la ducha, provocando la ira de Ramiro y la vergüenza de su madre, que, después de haberla enviado a uno de los mejores colegios de monjas de la ciudad, le había salido torcida. «Tu hija es una perra callejera, y si no podemos meterla en vereda se va a la calle», sentenció Ramiro. Como era de esperar, una perra siempre prefiere la calle, y Victoria, consciente de que su madre estaba ciega, llevaba las de perder. «Vosotros haréis vuestra vida y yo me quedaré sola, y entonces, ¿quién va a cuidarme?», reprochaba a sus hijos cada vez que le pedían que dejara a Ramiro. Intuyendo lo que estaba por venir, Victoria advirtió a su amigo Arturo de la situación y su respuesta fue firme: «El día que eso pase, me llamas y te vienes a mi casa».

A Turi lo conoció en el taller al que llevaban el Renault 5, que durante una temporada dio la lata por un problema en la palanca de cambios. En una de esas visitas, el muchacho, que trabajaba como ayudante de mecánico, anotó su teléfono en un papel y lo deslizó dentro de la chaqueta de Victoria con la esperanza de ser visto como algo más que un amigo. A medida que Turi y

Vicky se fueron conociendo, la ausencia de deseo cedió espacio al cariño, convirtiéndolos en algo mucho menos frágil: renunciaron a ser amantes para ser cómplices. De ahí que Arturo, que mantenía una pobre relación con su padre después del fallecimiento de su madre, asumiera la herida de su compinche como propia y la cobijara bajo un manto de seguridad y comprensión. Turi era la toma de tierra en medio del caos, la confianza ciega en el país de los tuertos. Por eso no dudó en incluir a Victoria dentro de la mudanza cuando le ofrecieron ir a trabajar a Sueca, en la provincia de Valencia. La horda de vehículos que cada fin de semana peregrinaba a las discotecas de la carretera del Saler, y que acabaría conociéndose como la Ruta Destroy, les ofrecía un tres por uno: dinero, mar y fiesta. Para entonces, Victoria ya se desenvolvía con cierta soltura entre licores, vasos y clientes pesados, y hasta había aprendido a preparar el famoso *Tumba Dioses*.

—A ver, cara de acelga ¿a ti qué te hace feliz? —le preguntó una noche Almudena, desde el lado divertido de la barra.

—Dibujar —respondió Vicky con una media sonrisa mientras secaba los vasos—. Pero a las monjas no les hacía ni puta gracia.

—¡No me digas! ¡Yo también fui a un colegio de monjas! —respondió sorprendida Almudena, que apuraba una copa de vino—. El uniforme era horrible, nos llamaban «las lentejas». Yo dibujo fatal, por eso preferí dedicarme a escribir. Por el momento redacto pies de foto y corrijo textos, desde guías turísticas a cursos de punto de cruz, nada apasionante, pero, oye, son ochocientas pesetas por folio.

—También me gusta la música y la fotografía —continuó Victoria, a la que nadie, ni si quiera ella misma, había preguntado antes qué le hacía feliz.

—Pues por aquí se deja caer una fotógrafa alucinante, se llama Bárbara. Bueno, ella es lo que llaman una artista integral. Diseñó unos tocados para la película *Laberinto de pasiones* que eran una pasada.

—¿Sabes que esta también ha salido en una peli? —el encargado se inmiscuyó en la conversación, arrinconando con alevosía a Almudena —.

Hacía de arqueóloga ninfómana, por eso lo del *Tumba Dioses*.

—Ángel, cállate un ratito, guapo —le reprochó su cliente y amiga con sorna—. Le pusieron ese nombre a un cóctel en honor a mi escena, que, por cierto, es un bodrio. Pero bueno, que todo este rollo es para decirte que para mí la felicidad es estar escribiendo, y que tú tienes el derecho y el deber de buscar tu felicidad.

Mientras Almudena hablaba, Victoria no podía quitarle ojo al diastema que separaba sus paletas y que era algo más estrecho que el de su padre, Carlos, cuyo recuerdo le parecía cada vez más ajeno. La palabra «felicidad» se quedó deambulando en su cabeza un buen rato. Sabía que iba a echar de menos Madrid, pero Turi había accionado la palanca de lo bueno por conocer y en La Vía Láctea no iban a llorar su ausencia. El traslado a Valencia prometía tanto que Victoria no se había planteado la multitud de escenarios que podían darse dentro de aquella vida que Turi le estaba regalando. Ante el fervor de un futuro resplandeciente, había olvidado calibrar el peso que podía tener lo imprevisible, que también formaba parte del *pack* multiaventura de irse a vivir a Levante.

El recuerdo de aquellas conversaciones con Almudena se vio interrumpido por un dolor súbito, que la obligó a concentrarse en lo que estaba ocurriendo en ese mismo momento en la habitación 306 del Hospital de la Fe. «Aún te queda un poquito, paciencia», le dijo la enfermera tras haberle introducido la mano hasta el corvejón sin advertencia previa. De todas las cosas en las que Victoria no había pensado y que podían suceder, traer una criatura al mundo no era ni siquiera un improbable, era un rotundo imposible. Pero la realidad se había empeñado en abofetearle la cara y la espina dorsal, que parecía partírsele en dos cada vez que la vida que la habitaba trataba de abrirse camino.

Del Turi cómplice y protector poco se sabía y nada se esperaba. Y es que las primeras semanas en Valencia fueron tan colosales que los deslumbraron hasta cegarlos. La llegada del solsticio de verano abría la veda para que los

estudiantes iniciaran el éxodo hacia el centro del universo, que se ubicaba en la pedanía de Les Palmeres. Allí, dos locales competían por alzarse con el santo grial de la transgresión: La Barraca y Chocolate. El primero, una réplica del típico habitáculo de los labradores de la huerta valenciana, en el que se mezclaban los sonidos más eclécticos, desde el post-punk hasta la ópera; el segundo, un antiguo secadero de arroz que emulaba la casita de dulces del cuento de Hansel y Gretel, un goloso templo en el que Victoria iba a trabajar como camarera gracias a la intermediación de Xavi, un compañero de taller de Arturo. Aquel sucedáneo de felicidad le ayudaría a pagar las facturas mientras exploraba el camino hacia la dicha, un caramelo muy apetecible que contenía altas dosis de desenfreno y que iba a picarle hasta la última muela. Tanto Vicky como Turi quedaron fascinados tras la primera visita: la tenue iluminación de la pista de baile hermanaba con los sonidos oscuros, cortesía de un tal Toni el Gitano, que en una sola noche era capaz de explorar el rock, el punk y el tecno industrial sin que le temblara el pulso, un laboratorio musical que concentraba a diferentes tribus urbanas que compartían la sensación de estar creando algo diferente. Victoria sintió un escalofrío. De repente, todo encajaba. El vello erizado y el pulso acompasado refrendaron que cada célula de su cuerpo vibraba en la misma frecuencia que aquel lugar; que sus destierros, ambos involuntarios, eran parte de un cambio de rumbo necesario cuyo destino se encontraba frente a su nariz. Tupés, patillas, cardados, botas, hebillas, tachuelas, cuero, cruces invertidas y crestas danzaban al unísono en el mismo espacio, dejando atrás el suéter de cuello de cisne, la pana, las barbas y las melenas. Frente a ella desfilaba un crisol de bichos raros destilando libertad, un espacio en el que Vicky simplemente podía ser, sin sentirse señalada.

Como buen anfitrión, Xavi ejerció de director de orquesta, y con unos certeros movimientos de batuta les explicó la técnica y la cadencia con la que debía ejecutarse el *adagio* que estaban a punto de interpretar.

—Vamos a ver, *xiquets*: saber drogarse es un arte. Hay que drogarse bien y

eso pasa por traer el estómago lleno. Esto no es *pensat i fet*, aquí el que no sabe drogarse acaba *malament*.

Los pupilos escuchaban con atención al maestro, que atesoraba en su mano tres pastillas de color verde. La dieta de Xavi previa a las noches de fiesta se basaba en patatas bravas, ensaladilla rusa y bocadillos de lomo con pimientos, platos contundentes que suavizaban el chute de drogas y alcohol. Vicky comentó con cierta timidez que ella no había ido más allá de los porros y Turi confesó que alguna que otra anfeta había caído, pero su inexperiencia no les amedrentó ante el mar de posibilidades que ofrecía aquella coqueta cápsula.

—Esto es *mel de romet*, vais a ver. La *meska* siempre con *hache dos o*, no hay que abusar —les advirtió Xavi, que procedió a ingerir la pastilla acompañándose de un buen trago de agua.

Aquella fue la primera de las sucesivas noches en las que, literalmente, fliparon en colores. El efecto todopoderoso de la mescalina era capaz de sumergirlos en una euforia absoluta, hasta el punto de hacerles sentir un profundo amor hacia la humanidad con amenos toques alucinógenos. Vicky y Turi empezaron a orbitar en un bucle de fiestas infinitas en el que sus caminos, convergentes hasta entonces, empezaron a separarse. Turi se colgó de una rubia que era más barraquera que chocolatera y se le empezó a perder la pista, confirmando la sabiduría del refranero popular en lo que al poder de los pechos femeninos se refiere. A Vicky la ruta por aquel edén, en el que servir copas se había convertido casi en un pasatiempo, le duró un par de meses.

Entre los enseres que le había dado tiempo a recoger antes de que la maleta rodara escaleras abajo, se encontraba la cámara que su madre había comprado al llegar a Madrid. Su felicidad, esa que se había aventurado a buscar por deber y por derecho, y a la que se aproximaba cada vez que inmortalizaba atardeceres con la Yashica en la playa de la Malvarrosa, o cuando preparaba *Tumba Dioses*, ahora se diluía entre su sangre y el líquido

amniótico. Durante siete meses había tratado de reconstruir aquella noche en la que el alcohol, la cocaína y alguna que otra sustancia que no lograba identificar camparon a sus anchas por su organismo hasta llevarla a participar en una orgía, no muy lejos de la discoteca en la que trabajaba. Una resaca terrorífica y un malestar generalizado fueron los únicos supervivientes de aquel caos que su memoria había decidido desechar, pero que había dejado un rastro permanente en su cuerpo. Dos certezas la sacudieron cuando, unas semanas después, la prueba de embarazo dio positivo: que no contaba con tiempo ni medios para ir a abortar al extranjero y que no iba a quedarse con el niño. Tuvo que hacer un gran ejercicio de contención para no llamar a su madre, con la que llevaba cinco meses sin hablarse. Con Esteban había charlado por teléfono en un par de ocasiones aprovechando la ausencia de Manuela y Ramiro, que acudían a clases de bailes de salón todos los jueves por la tarde. A su hermano nunca le había dicho dónde estaba y los detalles que le daba sobre su bienestar eran muy generales. «Cuanto menos sepas, mejor. Tú cumple los dieciocho y así podrás venirte conmigo», le repetía, tratando de tranquilizarle. A veces Victoria dudaba. La última noche en La Vía Láctea, Almudena le había regalado unas palabras al ritmo de The Cure, y el discurso aún giraba en su cabeza como una peonza, provocándole más náuseas de las que ya sentía.

—Mira, no sé qué ha podido pasar con tu familia, las familias son complejas, pero mi madre murió el año pasado sin poderme reconciliar con ella y me arrepiento muchísimo. Nos llevábamos fatal, y ahora me doy cuenta de que yo era incapaz de ver mi reflejo en el suyo. Claramente me estoy metiendo donde no me llaman, pero quizá te merezca la pena tratar de resolverlo —le confesó la aspirante a escritora, sellando aquel consejo no solicitado con un beso en la mejilla y un deseo de buena suerte susurrado al oído.

Cuando el mareo cesaba y volvía a sentirse dueña de su cuerpo, Vicky se daba cuenta de que aquel acercamiento no era posible. Manuela temía

demasiado el abandono que llegaría con la prosperidad de sus hijos, y con Ramiro erigido en representante de lo honorable, la posibilidad de encontrar en su madre un atisbo de comprensión le resultaba impensable. Aquel tipo se había incrustado en el cerebro de Manuela como una garrapata y le había chupado hasta la última gota de voluntad. La opción menos mala era tratar de seguir adelante con la mayor normalidad posible, hasta que pudiera quitarse de en medio aquel problema al que le estaban creciendo pies y manos.

A falta de consejero con el que ponderar la situación, pues Turi apenas se dejaba caer por casa desde que había conocido a la rubia de pechos gigantescos, Vicky optó por abanderar la marcha de la modernidad y le confesó a su jefe que estaba preñada, para, acto seguido, transmitirle toda la tranquilidad del mundo, ya que aquel «contratiempo», como ella misma había decidido llamar a su estado de esperanza, no le impedía seguir cumpliendo con su trabajo. El tipo, un cuarentón con una pobre técnica de cardado, compró aquel discurso como el que se compra unos calcetines: «Mira, yo no soy un *arreglaparròquies*. Tu bombo, tu problema. *Mentre tu fas el que toca, a mi tot em sembla bé*». A Vicky también le pareció bien que el encargado no metiera las narices en su vida personal y decidió que, a partir de entonces, iba a capear el tema del embarazo siguiendo el método tortuga: ocultando el huevo bajo tierra y olvidándose de él.

Para el quinto mes, Vicky lucía una barriga que paseaba con la más absoluta indiferencia, tanto propia como ajena. A Turi no le veía el pelo, pero él seguía pagando el alquiler, y lo único que se le ocurrió decirle cuando se enteró de la mala nueva fue «vaya movida, tía». Arturo, el amigo benefactor, había experimentado un renacer desde su llegada a Valencia y estaba quemando sus neuronas en modo mascletá. A la materia gris superviviente no le daba para otra cosa que no fuera follar y drogarse, pero en su debacle romántico-festiva sabía que aportar sin estorbar era una manera como cualquier otra de ayudar a su amiga. Lejos de sentir tristeza

por aquella amistad que ardía cual ninot en fallas, Victoria había optado por simplificarlo todo, desde su color de pelo, ahora teñido de negro azabache, mucho más fácil de mantener que el violeta, hasta su relación con el ser que la habitaba, y que había pasado de ser hostil y desapegada, a rentable y desapegada. A través de otra camarera, Vicky se enteró de que había parejas interesadas en compensar las molestias de aquellas jóvenes que no deseaban ejercer de madres, haciéndose cargo de la criatura y abonando la nada desdeñable cantidad de doscientas cincuenta mil pesetas por la encomiable labor de convertirlos en padres, de las que había que descontar la comisión para el intermediario de turno, que solía ser un trabajador del hospital. Que su historia se leyera en primera persona del plural le aliviaba. Aquella retribución le pareció la solución más justa al mal de muchas, que se convertía en el consuelo de tantos. Sabiendo que la criatura ya tenía una familia asignada a través de una enfermera, Vicky se entregó, aún con más ahínco, al ruido de Chocolate; necesitaba ocuparse, no preocuparse, evadirse de la calma para no correr el riesgo de que a esta le diera por acorralarla. Por las noches trabajaba, por las mañanas dormía y las tardes las dedicaba a retratar puestas de sol con su cámara, en compañía de un grupo de *hippies* franceses que frecuentaba la Malvarrosa para pintar y fumar marihuana. Para ella, las bondades de las drogas tendrían que esperar hasta que el conejo abandonara la madriguera, pues las familias solo pagaban si la madre había llevado una vida «arreglada», algo que evidenciaban los análisis de sangre a los que se sometía cada mes. Quizá fueron los porros que Victoria fumaba pasivamente, o el ruido al que estaba expuesta cada santa noche, el caso es que, tras un control rutinario en el hospital, en el que le administraron por vía intravenosa lo que decían que era un suero, a la criatura le dio por salir antes de tiempo.

—Dos kilos doscientos gramos, cuarenta y cinco centímetros —pronunció en voz alta la matrona tratando de apelar a la conciencia de la madre—. ¿Quieres saber qué es? —demandó a la recién parida que, empapada en

sudor y agotada por el esfuerzo, negó con la cabeza.

Con una mirada desaprobadora la enfermera entregó la mercancía a su compañera:

—Llévate a la niña a la incubadora.

—¿Y el dinero? —preguntó Victoria.

—En el cajón de la mesilla —replicó con desaire la matrona, que tras comprobar que la placenta estaba fuera y que la parturienta no necesitaba puntos, dio por concluido su trabajo.

El divino tesoro de la juventud obró una recuperación rapidísima en el cuerpo de Victoria, tanto, que al cuarto día ya se encontraba bailando y sirviendo copas con una energía extraordinaria. Benditas hormonas y bendita bromocriptina, que la mantenía alejada de la subida de la leche. A la hora de enfrentarse a las incómodas explicaciones, su entorno le regaló una buena dosis de indiferencia y discreción. Vicky ya había advertido que iba a darlo en adopción, pero solo su compañera de barra sabía que aquel crío venía con el franqueo pagado, augurando a su remitente un verano colosal.

La noche de San Juan dio el pistoletazo de salida a una nueva temporada de desenfreno para la que Victoria se sentía más que preparada: contaba con doscientas mil pesetas y una nueva cámara de fotos. Guardó a buen recaudo ciento veinte mil y el resto decidió quemarlo en ropa, porros y mescalina, nada de volver a meterse otras mierdas que le hicieran perder la cabeza. La ruleta de la fortuna volvía a girar, esta vez quizá a su favor. Pero otro error de cálculo plantó a Vicky ante un problema inesperado: su encargado, al que sus excesos empezaban a tocarle los cojones. Aquella perra callejera, experta en tensar cuerdas, tuvo dos encontronazos subidos de tono con su superior hasta que, al tercero, sabiéndose en posesión de una baza ganadora, se lio la manta a la cabeza: tenía dinero, un sueño y unos amigos *hippies* dispuestos a enseñarle el mundo en furgoneta.

—Liquídame —le increpó al final del turno.

—¿Cómo?

—Que me voy. Liquídame.

La burda copia de Robert Smith se dirigió a la máquina registradora, sacó un par de billetes y los arrojó con furia sobre la barra. «*No se t'ocórrega tornar*», le advirtió. A la salida de la discoteca, Xavi, que se preparaba junto a sus secuaces para ir a comer una paella que amortiguara los excesos, la vio correr hacia la carretera.

—¡Vicky! ¿*On vas?* —voceó eufórico desde el aparcamiento.

Mescalinated hasta las cejas, Victoria contestó a su bramido con otro aún más potente:

—¡*A buscar la meua felicitat!* —replicó, y una idea fugaz cruzó su juicio antes de diluirse en la nada: Almudena habría sido un buen nombre para su contratiempo.

CIENO

‘Tierra corrompida por la humedad y el tiempo’.

‘Mezcla de agua, sedimentos y materia orgánica
en descomposición que se forma en el fondo
de las aguas detenidas’.

Huyo del mal que me enoja
buscando el bien que me falta.
Más que las penas que tengo
me duelen las esperanzas.

Cerrando los ojos

MANUEL ALTOLAGUIRRE

MADRID, enero de 2016.

NO MAMES, NO mames, ¡no mames!

Galatea no podía creer lo que había encontrado. A los pies de la mesa en la que se acababa de sentar yacía un bulto marrón. Mientras esperaba que el camarero le trajera un americano con mucho azúcar se agachó para ver qué era aquello que le había rozado el tobillo y, al percatarse de que era una billetera, la guardó disimuladamente en su abrigo. En cuanto dio el primer sorbo al café se dirigió al baño, ansiosa por saber qué contenía aquel trozo de piel con cremallera cuyo espesor auguraba buenas noticias. Seis billetes de quinientos euros dormían plácidamente dentro, tres mil euros contantes y sonantes que le resolvían ocho meses de alquiler o seis meses de academia. Sus incisivos atraparon con ansia su labio inferior, que empezó a sangrar con timidez. Era su segundo invierno en Madrid, pero todavía no se había acostumbrado al frío, y a pesar de que sus prominentes labios eran los que más sufrían los estragos de las bajas temperaturas, casi siempre olvidaba echar el bálsamo al bolso.

—Diosito, gracias. ¡Gracias! —se dijo en voz baja mientras miraba al techo y se santiguaba con la mano que le quedaba libre.

La alegría le duró lo que tardó en toparse con el carné de identidad del propietario del botín, que estaba escondido entre los billetes: la foto de un entrañable anciano con gesto serio y triste interpeló a su conciencia. «No mames, no mames», volvió a murmurar, esta vez contrariada. Regresó a la mesa en la que aún le esperaba un café tan humeante como su cabeza: quizá sean sus ahorros, o lo necesite para ayudar a sus hijos o a sus nietos, se decía mientras removía compulsivamente la cucharilla dentro la taza. Incapaz de decidirse entre hacer lo incorrecto para sanear sus finanzas o lo correcto para acallar su conciencia, entró en la primera iglesia que encontró al salir del bar.

—Virgen del Carmen, tengo una guerra dentro y una fuera, dime qué hago. Si ya sabes la falta que me hace, ¿pa qué me lo pones delante? —le

susurraba indignada a la imagen sin percatarse de que estaba perturbando las oraciones de otra persona, ubicada dos filas más atrás. De repente, creyó entenderlo todo—. ¡Ay, no! Ya sé... Esto es la prueba de la tentación, la mismita que se llevó a mi *apá* al hoyo.

Una invitación al silencio retumbó en el templo en forma de «shhhhh».

—¡Cállate el hocico, güey! Ya casi termino —replicó al musitador.

No hicieron falta más plegarias. Galatea salió de la parroquia y se acercó a la comisaría de la calle Montero, que le quedaba de camino al metro. La imagen de su padre, flotando vientre abajo como un sapo junto a la trajinera, le bastó para comprender que a veces hay que perder para ganar. Aquel pobre campesino, que había invertido todos sus ahorros en construir una barca para llevar y traer turistas por los canales del lago Xochimilco, no sabía lo que le esperaba cuando aceptó la apuesta de un grupo de ingleses a los que estaba dando servicio. Los últimos clientes del día querían integrar al conductor en la celebración que estaba teniendo lugar a bordo, así que le agasajaron con tequila y le pidieron que se uniera a la fiesta, amenizada por un grupo de mariachis. Todo iba bien hasta que la arrogancia y la necesidad se encontraron: si el trajinero era capaz de terminarse la botella que le habían regalado, le pagarían el triple de lo acordado. De nada le sirvió conocerse como la palma de su mano los ciento ochenta y cuatro kilómetros que conformaban aquella atracción situada al sureste de la capital de México, la fatalidad le esperaba en tierra. Con la apuesta ganada y la tenue luz del atardecer como única compañía, el trajinero, borracho como una cuba, cayó al agua mientras trataba de amarrar la embarcación al poste. La caída fue tan sinuosa y silenciosa que pasó desapercibida entre las pocas almas que quedaban en el muelle. Al no regresar a casa, Galatea y su madre fueron a buscarlo y se lo encontraron flotando cual nenúfar junto a la barca. Con lo que sacaron de la venta de la trajinera taparon algunos agujeros, y lo poco que lograron apartar para «casos de emergencia» acabó invertido en un billete de avión con la prosperidad como destino deseable. Galatea se

aventuraba a seguir la estela de las compatriotas que habían migrado a la madre patria con la esperanza de mejorar su vida y la de sus familias.

Aquel amargo recuerdo del pasado, revivido en los apenas doscientos metros que separaban la iglesia de la comisaría, se vio interrumpido por un revés de realidad que le golpeó nada más cruzar la puerta: devolver aquel objeto la ponía en el punto de mira de la policía. Galatea llevaba varias semanas trabajando para una empresa de limpieza que le había prometido regularizar sus papeles después de un periodo de prueba de tres meses, por lo que aquel acto de honestidad podía costarle la deportación, la cárcel o vete tú a saber qué, rumió nada más sacar la cartera de su bolsillo. Al momento, una voz reclamó el objeto. «¡Mi cartera!», exclamó un hombre impecablemente vestido que esperaba sentado para ser atendido. Galatea identificó al propietario del objeto y sin mediar palabra, se lo entregó.

—Bueno, Julio, ya ve, todavía queda gente buena. Revise que todo está en orden y váyase a casa, que empieza a hacerse tarde —le indicó el policía con cierta condescendencia.

—Le juro por la Virgen de Guadalupe que está igualita que la encontré —aseveró Galatea.

Julio identificó aquel acento al instante. Revisó el interior del billetero, asintió con la cabeza y, a continuación, extrajo del bolsillo de su camisa cincuenta euros para ofrecérselos a la *devolviente*. Galatea aceptó la recompensa con una sonrisa.

—Déjeme invitarla a un café para agradecérselo —concluyó—. También puede ser a una *chela*, lo que usted prefiera —le sonrió Julio—. Viví en México muchos años.

A Galatea se le iluminaron los ojos. Acababa de terminar su turno de trabajo y, aunque los apuntes de teoría del color le esperaban sobre el escritorio, no pudo rechazar la invitación de aquel viejito de mirada tierna que se valía de un bastón para poder caminar. Entraron en un bar cercano y Julio pidió dos cañas y una ración de patatas bravas. Un par de preguntas

bastaron para que la lengua de Galatea se desatara. Entre trago y mordisco la mexicana le armó el puzle de su vida en pocos minutos: la muerte de su padre, que en realidad no era su padre biológico, la aventura de su madre con un famoso cantante de rancheras que nunca la reconoció como hija, la mudanza a Tepotzotlán, donde su madre se ganaba la vida vendiendo gorditas de nata, imanes y alebrijes tallados a mano en la plaza Virreinal mientras ella iba y venía a la Ciudad de México, donde trabajaba como profesora de natación de niños discapacitados para la Fundación Teletón, hasta que las circunstancias la empujaron a irse.

Con la boca llena de bravas a medio masticar, Galatea devolvió la pelota al contrario.

—¿Y cómo se hace que usted vivió en México, señor? ¿Tiene familia? ¿Vive por acá?

—Tengo familiares, pero no tengo familia —contestó Julio tras limpiarse la espuma de la cerveza con el reverso de la mano—. ¿Y por qué te fuiste de México? —continuó sin prestar demasiada atención a la voraz curiosidad de su interlocutora.

Galatea no comprendió muy bien aquella respuesta, pero recibió el turno de palabra con gusto.

—Porque me tragué demasiado dolor, señor, tanto que casi me ahoga. He visto cosas que me han hecho dudar de la bondad de Dios, pero esos chamacos me enseñaron tantísimo... A veces, para poder ver, hay que cerrar los ojos. En mi país las cosas estaban de color hormiga y cuando uno de mis muchachitos de la fundación, enfermo de cáncer, empezó a perder la vista, se le opacaron también las ventanas del alma. Ya no quiso vivir más y se aventó contra un camión. Ahí me dije, ya no más. Hasta aquí llegaste, Galatea Tzitzik Janik.

Julio la miró extrañado.

—Es mi segundo nombre, señor, viene del purépecha. Significa ‘flor de lluvia’.

—Y ahora, ¿a qué te dedicas? —volvió a preguntar Julio. Galatea apuró la cerveza y prosiguió con su soliloquio.

—En las tardes trabajo limpiando tiendas y en las mañanas estudio en una escuela de estética. Mi sueño es armar un negocio de manicure, pedicure y masajes, y ofrecer bebidas de mi tierra a las clientas: micheladas, mezcalitas y margaritas, que son unos tragos bien ricos y a las señoras les encantan. Los fines de semana duermo en casa de una vecina, una ancianita muy linda, y la atiendo si se le ofrece algo durante la noche, así consigo un poquito más de lana. Mi *apá* decía que a veces, si le echamos actitud y nos acompaña un tantito la suerte, la vida compensa el esfuerzo y el sacrificio, así que aquí ando, echándole esas ganas. La patrona me ha prometido que si paso el periodo de prueba me arregla los papeles y estoy dándole a la chamba con toda la actitud.

Julio guardó silencio y se rascó la barba. Aquella muchacha, que apenas superaba la veintena, ya había sorteado más dificultades que un corredor de obstáculos. Su melena negra y brillante le recordaba a la de su primera mujer, Juana, y sus ojos rasgados y vivarachos eran muy similares a los de Titina. Algo en sus tripas le decía que Galatea podía ser la persona que estaba buscando.

—Muchas gracias por la invitación y por la propina, don Julio, pero ahora sí me tengo que marchar. ¿Quiere que lo acompañe hasta su casa?

—¿Qué te parece si te ofrezco algo mejor que lo que tienes? —disparó sin miramientos el anciano. A continuación, tomó un bolígrafo que llevaba colgado en el bolsillo de la camisa, se puso las gafas y escribió algo en una servilleta—. Aún me valgo bien, pero necesito un poco de ayuda en casa. Te ofrezco habitación, comida y seiscientos euros al mes, además de poner tus papeles en regla, si te vienes a vivir conmigo.

Galatea reparó en el trozo de oreja que le faltaba, y le devolvió una mirada que oscilaba entre el miedo y la sorpresa.

—No te asustes, no hay ninguna otra intención en mi propuesta. Además,

el pito ya no funciona, soy más inofensivo que una polilla. Piénsatelo y en un par de días me llamas. Si no respondo a la primera insiste un poco, que estoy algo sordo —le indicó, entregándole el papel con su número rubricado.

La muchacha asintió con la cabeza y se metió la servilleta en el mismo bolsillo en el que habían habitado los tres mil euros que acababa de devolver. Estupefacta, salió del bar y comenzó a andar hacia la boca del metro hasta perderse escaleras abajo. Sus incisivos volvieron a atrapar su labio inferior, esta vez con más violencia, y en un acto de vampirismo empezó a degustar su propia sangre. El sabor metálico inicial dio paso a un gusto dulzón en el que se recreó un buen rato hasta que una mano amable le ofreció un pañuelo. A dos paradas de su estación, un grupo de chavales subió al vagón en el que ya solo quedaba ella. Era evidente que habían consumido euforia en alguno de sus múltiples formatos y la estaban destilando con soberbia y estupidez.

—Mira, una panchita —dijo uno de ellos señalándola—. Tú, panchita, ¿qué te ha pasado en la boca, que la tienes hecha un Cristo? ¿Te has subido a un arbusto y te has comido un coco a *bocaos*?

Los camaradas rieron al unísono. Galatea sintió la tentación de aclarar que los cocos los daban unos árboles llamados palmeras, pero optó por callar y esperar a que el tren, que acababa de hacer su entrada en La Elipa, terminara de frenar para salir lo antes posible.

—Buuuu, la Machupichu nos ignora —manifestó otro de los iluminados, que se acercó a ella con intención de intimidarla.

Sin amedrentarse, Galatea se levantó del asiento y caminó hacia la puerta rodeada de aquel séquito de orangutanes que no paraban de lanzarle insultos. Ya en el andén, con el pitido indicando que la puerta estaba cerrándose a sus espaldas, hizo el amago de buscar algo en su mochila antes de que el convoy arrancara, sacó el dedo corazón izado y les dedicó el gesto con una sonrisa. Los individuos empezaron a golpear los cristales de la puerta con rabia mientras desaparecían túnel adentro. Galatea se lamió los

labios para ponerle sabor a aquel triunfo y, satisfecha, puso rumbo a casa.

Nada más entrar al piso de la calle Santa Felicidad, fue directa a su habitación, un microcosmos de ocho metros cuadrados presidido por una virgen de Guadalupe tallada y pintada a mano por su madre. Soltó su macuto, cerró la puerta e hincó las rodillas en el suelo. «Santa María de Guadalupe, ilumíname. No me saques del camino si no es *pa'* enderezármelo. El viejito parece buena gente, pero quién sabe, lo mismo es un pinche loco». Al poco de iniciar el consultorio mariano, Galatea empezó a notar las bravas eclosionando en sus tripas y se excusó ante la figurilla.

—Virgencita, espérame tantito que traje algo que me sobra y no es dinero —y apurada, salió corriendo hacia el baño.

Entronada en el retrete, comenzó a autoconvencerse de que debía esperar una señal, una coincidencia inexplicable, mágica, milagrosa, de esas que nos rescatan de lo mundano, un indicio que le llevara a aceptar la propuesta de don Julio como el ineludible camino de la virtud, una línea recta hacia lo que a algunos les gusta llamar destino. En realidad, lo que Galatea necesitaba era mucho más sencillo de obtener, le urgía contar con la bendición de su madre, con uno de sus «ándale *m'ija*, si no te gusta nomás lo dejas y ya», esa invitación al coraje que le había regalado en tantas ocasiones en forma de reflexión multiusos. Una llamada telefónica la separaba de la tranquilidad, pero Galatea no quería preocupar a la hacedora de sus días. Los gritos de Evelin, que acababa de entrar en casa, se mezclaron con los de la cisterna llevándose por las tuberías las malogradas bravas.

—¡Virgen de la Altagracia! ¡Esta casa ya pasó de susto a maldición! A esta puerca la boto mañana mismo —se oyó desde el pasillo.

Galatea convivía con una dominicana, Evelin, y una peruana, Wendy, que pasaban de largo la treintena. Apenas coincidían en la casa, pero cuando Wendy se dejaba caer, la mugre y el caos emergían en todo su esplendor. Galatea se dirigió a la cocina, en la que platos, vasos y restos de comida campaban a su antojo, y al abrir la nevera se topó con la realidad de cada fin

de mes: en su balda quedaban dos táperes de arroz, un yogur y un limón medio seco. Exprimió como pudo el limón y lo mezcló con agua. «Esas pinches bravas estaban bien picosas», se dijo de vuelta a su habitación. Los apuntes de teoría del color seguían sobre el escritorio, pero a esas horas lo único que le pedía su cuerpo descompuesto era descanso, y nada más ponerse en pijama, cayó rendida en la cama.

El simulacro de sosiego quedó interrumpido por el sonido del despertador, pocas horas más tarde. Una sensación de pesadez y un terrible dolor de cabeza se presentaron como acompañantes de la jornada, que prometía hacerse eterna después de haber echado sal en el café y desodorante en el cepillo de dientes. Las palabras del viejo se habían incrustado en su cabeza y deambulaban en bucle sumiéndola en un embotamiento mental del que podía salir con un simple sí o un no, pero Galatea tenía la mala costumbre de autosabotearse hasta la extenuación o hasta que alguien o algo tomara la decisión por ella. Manantial en medio del oasis o espejismo, a aquella propuesta le quedaban las horas contadas y ella seguía sin saber qué hacer, y aunque aquella mañana cumplió y pasó por la clase de colorimetría, la clase no pasó por ella.

—Ausente, chica, estás completamente ausente. Esto y no venir es lo mismo —le recriminó la manicurista frente a la máquina de café.

Avergonzada por su despiste, que también le había llevado a olvidar el táper de arroz en casa, Galatea tuvo que conformarse con ingerir una manzana que llevaba varios días habitando el fondo de su bolso y con el agua sucia cafeinada que salía de la máquina de *vending*. En el trabajo las cosas no mejoraron. Más tarde, su compañera de trapeo también notó la distracción de la muchacha cuando vio que le estaba tocando rematar el trabajo que la mexicana iba dejando a medias.

—Galita, hermosa, ¿se puede saber qué carajo te pasa? Ni vaciaste las papeleras.

Galatea agachó la cabeza, soltó el plumero y le relató a su compañera con pelos y señales su vía crucis.

—¿Y qué es lo que tenés que pensar, boluda? El viejo te está ofreciendo algo muchísimo mejor que esto. Tomalo.

—¿Tú crees? Ay, no sé, yo no soy tan valiente como tú, Laura.

—¿Valiente? ¿Yo? No, no. Los valientes toman decisiones. Yo no decidí irme de la Argentina, no decidí nada. A mí la miseria me abofeteó hasta echarme, bien lejos, además. Yo soy el resultado de mis renunciadas, no de mis elecciones. La renuncia es frustración, es rabia en carne viva. Vos podés pensar que yo soy una heroína, pero para la gran mayoría soy una mala madre. Se me murió mi marido cuando teníamos reciente lo del corralito, y toda nuestra vida, todo nuestro esfuerzo, se fue a la reconstrucción. Si decido quedarme, miseria para todos. Si decido irme, miseria para mí, pero pan para mis hijos. Mejor que se joda una sola a que se joda todo el equipo, es matemática para tontos. Agarrá lo que te ofrece el viejo, que la jefa no es de fiar. Le gusta estirar todo lo que puede el periodo de prueba, te lo digo por experiencia. Apurate y, al salir, te vas a verlo a su casa y, si no es una pocilga, te mudás mañana mismo.

El cansancio y la confusión vencieron a Galatea, y sus ojos vidriosos se rebosaron. Laura apoyó la mopa sobre la pared y la acogió en sus brazos.

—Morochita, la vida es un instante, no la perdás en dilemas absurdos. Lanzate. A mí me agarran en nada los cincuenta y se me han pasado como un suspiro —aseveró la argentina con nostalgia—. Envejecer es una puta mierda. Al orto con toda esa basurita de la sabiduría, la experiencia y la templanza. A mí que me devuelvan mi colágeno, mis lolas bien paradas y la boludez a plazo fijo. No imagino nada mejor que quedarme congelada en los veinte, donde una todavía está llena de sueños que cree que con trabajo, esfuerzo y la concha de su madre llegará a cumplir. Ese momento de la vida en el que te sentís inmortal y te hartás de coger.

Galatea sonrió y se sonrojó.

—No te hagás la loca, Galita. Coger, follar, copular, echar un polvo, fornicar, chingar..., todo eso que se hace antes de que llegue el amor a

joderlo todo. Vos que aún podés, comete la vida a mordiscos, carajo.

Los mordiscos a los que se refería Laura no eran los de la triste manzana a la que Galatea le había hincado el diente horas atrás, sino aquellos que le plantan cara a la miseria, y ella de miseria sabía un rato. Conocía la miseria material, que había ahogado al que para ella era su padre, la miseria moral, que habitaba el corazón del hombre que le dio la vida y que siempre renegó de su existencia, y la miseria espiritual de una sociedad que era capaz de voltear la cabeza ante el dolor ajeno.

Sin embargo, también había visto emerger del fango lo más valioso que puede atesorar el ser humano, la dignidad, la misma que llevó a uno de sus chicos a terminar con lo poco que le quedaba de vida ante el insostenible sufrimiento de irse apagando, o la que empujó a su madre a reconstruirse desde el dolor más profundo.

Galatea se secó las lágrimas y empezó a limpiar los espejos de los probadores, mientras Laura acudía a la planta de caballeros para atender un código rojo: fluido humano presente sobre alguna superficie. Las puertas de aquella gigantesca tienda estaban a punto de cerrar, y dos adolescentes rascaban los últimos minutos en uno de los probadores. Ni siquiera se habían molestado en cerrar bien la cortina, estrecha de por sí, y tanto su reflejo como sus carcajadas se colaban por el generoso hueco que había entre la cabina y el pasillo. La mexicana las observaba mientras continuaba con su tarea. Ambas chicas reían y cuchicheaban frente al espejo, al que le regalaban muecas sensuales, enfrascadas en sendos vestidos de licra, uno estampado en piel de leopardo y otro en cebra. «No manches, me voy a morir sin saber cómo le caben los órganos a un cuerpo tan flaco», pensaba Galatea para sí con cierto anhelo. Había perdido la cuenta del tiempo que llevaba sin poder comprarse una prenda de ropa por gusto, y aunque siempre había escuchado que era más difícil cambiarse por dentro que por fuera, ella lo veía igual de complicado.

—Galuchi, quedan diez minutos para el cierre y a la suerte hay que

ayudarla —le anunció sonriente Laura, que regresaba de limpiar un vómito—. Dale, andate a casa del abuelo y mañana me contás. Yo termino por vos.

Apenas pasaron veinte minutos entre el abrazo de agradecimiento que Galatea le dio a su compañera y el momento de verse frente al portal de Julio. No tuvo que aventurarse a tratar de adivinar en qué piso vivía. El anciano, que regresaba de dar un paseo en ese preciso momento, la miró extrañado.

—¡No me digas que me has llamado y no he oído el teléfono! —refunfuñó mientras sacaba las llaves del bolsillo—. Te lo advierto: la vejez es una puta mierda.

Las palabras de su compañera Laura resonaron en la voz de Julio de manera inexplicable, mágica, milagrosa. Aquello envalentonó a Galatea.

—No, don Julio, no se apure. Disculpe el atrevimiento, pero... Usted no tiene pinta de estar loco, ni de vivir en una pocilga...

—Mujer, que no muerdo. No soy un viejo verde ni un pirado. A las malas, si no te gusta, lo dejas y ya está. Anda, sube, que te invito a una cerveza.

La madre de Galatea palpitaba en aquellas palabras que Julio acababa de pronunciar, la anhelada señal acababa de materializarse por segunda vez. A la puerta del ascensor, un Munar y Guitart de 1937 recién renovado, le siguió otra de dimensiones colosales situada seis pisos más arriba. Un portón de caoba con mirilla en celosía calada en bronce custodiaba la entrada al ático donde vivía Julio, un espacio luminoso de techos abovedados, austero y bien ordenado. Cuando el propietario le mostró la que sería su habitación, a Galatea se le humedecieron los ojos.

—Como ves, ya tengo quien me limpie. Solo necesito ayuda con los recados y un poco de compañía.

—Compañía no le va a faltar: ocupo como dos y platico como cuatro —respondió con una risa nerviosa—. Ándele, pues, don Julio. El lunes en la tardecita me tiene usted por aquí. Gracias por la confianza, no se va a arrepentir, se lo juro.

Tras una breve conversación sobre la documentación que debía traer para regularizar su contrato, Galatea abandonó la que iba a ser su casa. La descomunal sonrisa que vestía hizo que, nada más salir a la calle, las grietas de sus labios volvieran a abrirse. A la búsqueda de un pañuelo, introdujo la mano en el bolso y palpó el billete de cincuenta euros que había recibido el día anterior. Acarició el papel moneda repetidas veces, se limpió la sangre y entró a la primera farmacia que encontró para comprar un nuevo bálsamo labial.

Y al igual que en el gesto buscar en la mentira
diferentes disfraces, bien vestir el engaño;
y poder, sin conciencia, ir haciendo a las gentes,
con sutil maniobra, la caricia del daño.

Quisiera tener varias sonrisas

MARÍA ZAMBRANO

MADRID, mayo de 2016.

Sentencia número 13.

En la ciudad de Huelva, a 29 de enero de 1936.

Vista en juicio oral y público ante la Sección Segunda de este tribunal la causa, procedente del Juzgado de Instrucción de Aracena, por delito de lesiones. El procurador, en nombre de Nicomedes Romero Martín, natural de Santa Ana la Real, partido de Aracena, y vecino de El Repilado, hijo de Eduardo e Hilaria, soltero, barrenero, de dieciocho años, de regular conducta, sin instrucción ni antecedentes penales, insolvente y en libertad provisional por esta causa.

1) Resultando que en la noche del día trece de octubre del pasado año, el procesado, estando reunido con varios amigos en el sitio conocido como la fuente del tío Marcos, término de Almonaster, acometió, sin motivo alguno, con una navaja que fue intervenida a uno de ellos llamado Bernardo Gallego y Gallego, causándole una herida incisa en la región supraclavicular y parte en la infraclavicular, de la que curó sin consecuencias a los treinta días de asistencia médica.

2) Resultando, que el Ministerio Fiscal calificó estos hechos como constitutivos de un delito de lesiones menos graves, comprendido en el artículo 433 del Código Penal, solicita que se imponga al procesado la pena de dos meses y un día de arresto mayor, indemnización de sesenta pesetas al perjudicado y pago de las costas del juicio, sufriendo por su insolvencia la prisión subsidiaria a razón de un día por cada cinco pesetas que dejase de satisfacer. Se decreta el comiso de la navaja ocupada, que por su escaso valor será inutilizada.

Aunque al principio el precio le pareció desmesurado, la información que tenía en sus manos bien valía lo que había pagado por ella. La venta del cuadro de Varo en el mercado negro y el alquiler del local donde se ubicaba la antigua funeraria, convertido ahora en un restaurante de comida rápida, le habían procurado una prosperidad financiera abierta a excentricidades. Nicomedes volvía a toparse consigo mismo a petición propia. El breve pero certero rastro que había dejado en sus, oficialmente, diecinueve años de

existencia, reposaba en la mesa del despacho dentro de una carpetilla marrón. Su contenido lo conocía de memoria, pues era la única lectura que le había acompañado durante los últimos cuatro meses. Quién iba a decirle entonces que acabaría contratando los servicios de un detective privado, cuyo extravagante logotipo, un ojo de Horus con un monóculo, hacía las delicias de la sección de clasificados del dominical que solía leer. Aquel tipo había logrado compilar toda la información existente sobre Nicomedes Romero Martín en apenas dos semanas, treinta folios que resumían un pasado que empezaba a azotar su conciencia. El Julio que había logrado enterrar a su alter ego, y con él a Juana, a Carlos y a Rogelio, no había conseguido zafarse del recuerdo de su madre, Hilaria. Su acta de defunción también se encontraba entre las hojas de aquel informe que releía en bucle, emponzoñándose con cada palabra.

De los tres amagos de infarto que Hilaria había sufrido en su vida, él era, al menos, causante de dos. El primero golpeó su pecho en forma de fallo judicial, cuando condenaron a su hijo a entrar en prisión por un delito de lesiones. El segundo envite llegó tras la desaparición de su marido, Eduardo, al que se daba por muerto tras la emboscada que se tendió al frente minero de Huelva a la entrada de Sevilla. Y el tercero, el que terminó con su existencia, se produjo al mes del fallecimiento oficial de Nicomedes, al que le quedaba el consuelo de haberle ahorrado un cuarto, si Hilaria hubiera sabido que la sentencia había llegado a publicarse en la *Gaceta* de Madrid y en los Boletines Oficiales de las provincias de Orense y Huelva. Y es que Nicomedes era un muchacho difícil, un malaje que le causaba mucha *enritación*, como solía decir aquella abnegada mujer.

Su madre, que nunca había dejado de dolerle, ahora le dolía el triple, algo poco recomendable para su corazón achacoso y fatigado. El informe también arrojaba noticias precisas sobre Juana, cuyo camino tampoco había estado libre de calamidades. Quince folios retrataban el peregrinar administrativo al que su mujer tuvo que enfrentarse durante años para que a

Nicomedes se le diera por muerto. El lenguaje enrevesado con el que se detallaba el día y la hora de su asesinato le indignó profundamente, tanto, que logró asestar un puñetazo en la mesa con las pocas fuerzas que tenía. «Aplicación del bando de guerra por desafección al régimen constituido», esas eran las palabras que embellecían y justificaban la sinrazón. «No consta en el registro de desaparecidos y fallecidos», versaba el expediente. «Se propone que dos trabajadores de la mina de Nerva sean oídos como testigos», continuaba. «Es justicia que no dudo alcanzar de la reconocida rectitud de V.S. cuya vida guarde Dios muchos años y que pido en Jabugo, a tres de enero de mil novecientos cuarenta. Año de la Victoria», firmaba un tal Miguel Márquez, en representación de Juana, que había estampado un garabato sobre el papel por no saber firmar. Julio imaginaba que, entre todos esos cadáveres apiñados que había logrado sortear, algún compañero de la mina habría creído reconocer sus restos. «Qué faena, Juana», se dijo para sus adentros. A pesar de no haberla querido, de haberse visto atrapado por un embarazo y un matrimonio no deseados, nunca pretendió hacerla sufrir. Al final, tras tres años de mendicidad burocrática, a Juana le reconocieron la defunción de su marido y le callaron la boca con dinero. «Valientes hijos de puta», pensó Julio, que de manera súbita empezó a sentirse muy cansado.

Hasta el 22 de diciembre de 2015, Julio había logrado domar sus caballos, uno a dentelladas de olvido, el otro a base de pastillas. Pero el día de la lotería nacional, de la ilusión y la esperanza, la doctora le comunicó que el tratamiento había dejado de funcionar y que, a ese potro, ya desbocado, no había manera de amansarlo. Por efecto dominó, el otro equino empezó a renquear. El diagnóstico fatal llamó al orden a sus escrúpulos que, a pesar del agarrotamiento, empezaron a desperezarse con bastante soltura: una vez más, la dama de la guadaña saltaba al hipódromo, esta vez galopando a lomos del corcel ganador. Hasta en tres ocasiones había logrado zafarse de sus garras con cierto tino, pero a sus casi noventa y ocho años ya no le quedaba mucha gasolina en el tanque, a pesar de que la carrocería aparentara

lo contrario. Julio aceptaba sin resistencia el fin, pero no las formas. Eso de irse de mala manera, apagándose poco a poco, le parecía una putada innecesaria. La estimación de tiempo de juego que la doctora barajaba no le dejaba mucho margen para expiar los pecados y aunque, al igual que Nicomedes, Julio tampoco creía en Dios, prefería contar con una llave en caso de que el tal San Pedro existiera y se pusiera exquisito.

En una entrevista a un afamado historiador estadounidense, Julio recordaba haber leído que el olvido era la mejor manera de recomponer sociedades rotas, una premisa que a él le había funcionado bastante bien hasta entonces. Sin embargo, tras recibir una sentencia de muerte con aval científico, sus demonios clamaban por emerger de las profundidades. Había que adecentar el cenagal, facilitarle la salida a aquel fecaloma al que, de repente, le urgía salir. «El karma existe, don Julio, y es bien culero». La voz de Galatea, que llevaba instalada en su casa casi el mismo tiempo que su pena capital, se colaba en su cabeza cada vez que el detective le enviaba un nuevo reporte, siempre por correo postal. Los tres mil euros que la mexicana había devuelto a su dueño cubrían, además del penoso currículo de su anterior vida, los gastos de otras gestiones que Julio necesitaba poner en orden.

Tras la desaparición de Pepe, Julio no había vuelto a compartir techo con nadie y, hasta la llegada de Galatea, la paella que padre e hijo solían disfrutar los domingos se la gozaba en solitario en una taberna de la calle de la Reina, cercana al antiguo apartamento de Pepe. Cuatro meses tardó en acercarse a casa de su segundogénito tras la entrada de este en la cárcel. Para su sorpresa, encontró la nevera desenchufada y vacía, al igual que los armarios. No quiso saber más. Un servicio de limpieza se encargó de adecentar el piso antes de ponerlo a la venta porque, estuviera donde estuviera, Julio sabía que Pepe no iba a volver. La huella que su hijo había dejado antes de esfumarse apenas ocupaba dos líneas en el informe de la carpeta marrón: «José sale de la prisión de Alcalá Meco el ocho de octubre de 1999. El diez de octubre

toma un vuelo hacia São Paulo y después se pierde su pista».

«El dinero siempre habla», solía decir Enrique Vargas tras salir triunfal de cualquier negociación resuelta a golpe de billete, y qué razón tenía: aquellos tres mil euros estaban soltándole la lengua al pasado con una agilidad pasmosa. Todo lo que hasta entonces había mantenido ociosa la mente de Julio, ahora le parecía anodino: los torneos de mus en el Carmela, las tardes de toros, las visitas a la filmoteca, las noches de flamenco en el Torres Bermejas o de cabaré en La Perla, convertida ahora en un burdo karaoke para turistas.

Desde mediados de abril, los días trascurrían más lentos y los paseos por la Gran Vía, cada vez menos frecuentes, habían sido reemplazados por los escasos diez metros que separaban su despacho del sillón reclinable del salón, orientado como siempre hacia el balcón, desde el que Julio transitaba la vida que se le estaba escapando. Con las fuerzas mermadas, el anciano depositó en Galatea la tarea de cumplir en tiempo y forma todo lo que quería dejar atado, sin que la implicada supiera lo que se estaba trayendo entre manos. Era obvio que Julio estaba débil, pero Galatea no podía intuir que los papeles que llevaba y traía de un despacho a otro en sobres perfectamente sellados también ataban en corto su destino. Poco le importó tener que empezar a ocuparse de preparar la comida cuando a Julio se le empezó a complicar lo de salir a la calle. Hasta entonces, el desayuno y el almuerzo habían sucedido fuera de esas cuatro paredes que a Galatea le parecían un palacio y que para Julio eran una cárcel. Mientras el propietario solucionaba sus cenas con un poco de fruta, su compañera de piso prefería meterse en faena y preparar algo más contundente, como unos tacos sancochados en manteca de puerco, porque aseguraba que la fruta por la noche le caía pesada. Aquella muchacha de carácter servicial y discreto atesoraba un temperamento explosivo que lograba mantener a raya con altas dosis de paciencia, a no ser que algo o alguien osara echarle un pulso de racialidad y prejuicios. Julio había sido testigo de su pérdida de papeles en

un par de ocasiones. La primera, cuando uno de sus compañeros de mus afirmó delante de ella que todos los mexicanos eran unos narcotraficantes y que España iba de mal en peor por culpa de la droga que traían.

—No sabía que usted consumía —respondió Galatea con templanza.

—¿Yo? Yo que voy a consumir esa mierda... —respondió ofendido el ofensor.

—Sí, señor, usted tiene que ser drogadicto además de pendejo, porque si fuera inteligente y supiera tantito de mi país, me habría mencionado a los mayas o a los aztecas, a Frida Khalo o a Armando Manzanero, a Sor Juana Inés de la Cruz o a Juan Rulfo. Si supiera de qué chingados habla, se le haría la boca agua con los chilaquiles, el pan de muerto o el mole, aunque seguro que el tequila sí lo conoce porque tiene pinta de ser un pinche borracho bien culero.

Aquel arranque de orgullo patrio declamado a pleno pulmón dejó boquiabiertos a todos los presentes en el Carmela. La segunda vez que la vio transformarse en un dragón fue cuando una gitana quiso leerle la mano a Julio en plena Puerta del Sol y él desestimó la oferta. Tampoco quiso aceptar la rama de romero que le ofrecía a cambio de unas monedas. «Mal fario te lleve», le deseó la calé.

—¡A ver, puta, échame a mí tu mal de ojo! ¡Pura verga que me va a llegar tu odio! —contraatacó Galatea ante la mirada perpleja de los viandantes.

Julio agradeció el arrebató de ira. Nadie había vuelto a leer su mano desde que Alizée lo hizo, casi cincuenta años atrás, un momento que llevaba grabado en su memoria y en su piel. Entre los pliegues arrugados de su antebrazo izquierdo aún se distinguía la figura de un uróboro que se había hecho tatuar al regresar a España, el símbolo del eterno retorno, del instante presente devorado por el instante futuro. Galatea descubrió el grabado de tinta cuando tuvo que empezar a ayudar a Julio a vestirse. Sus ojos también repararon en la cicatriz de su clavícula y de su escápula derecha. Entonces, en un acto de empatía, levantó la pernera de su propio pantalón y le mostró

al viejo el tatuaje que adornaba su tobillo derecho.

—¡Un ajolote! —exclamó Julio, al que le entró la risa.

—¿Usted sabe que su dragón y mi ajolote tienen algo en común? —puntualizó—: Hay gente que cree que el ajolote es un renacuajo, pero no es así. Sí que es una larva, pero de salamandra, y en contra de lo que se esperaba de ella nunca llegó a transformarse, no evolucionó. Sin embargo, aunque no pasa por el proceso de metamorfosis, tiene la capacidad de regenerar por sí solo su corazón, su cerebro, su médula espinal y sus extremidades. El ajolote simboliza la resistencia al cambio que otros esperan de ti. Su naturaleza es circular, como la de su dragón, se reconstruye infinitamente y renace sin renunciar a lo que es. ¡Ni se imagina cuántos imanes de ajolote vende mi *amá* en el mercado de Tepotzotlán! —concluyó entusiasmada.

Del discurso trascendente que Galatea acababa de pronunciar, Julio retuvo dos palabras: «renacer» y «resistir», verbos que definían con precisión su existencia. A diario, su inquilina solía regalarle retazos de los treinta y tantos años que México le había habitado, y que le arrastraban a una nostalgia de la que le resultaba difícil escapar. Estaba seguro de que sus días habrían finalizado allí si Titina no la hubiera cagado como lo hizo. Posiblemente, cuando Julio se hubiera cansado de follar con Alizée, y su legítima hubiera reclamado el lugar que le correspondía como esposa, cuando la ciudad y los muertos le hubieran desgastado y Pepe hubiera estado en disposición de valerse por sí mismo, se habría retirado al campo, como lo hizo su suegro. Aunque su empeño siempre había sido estar lo más lejos posible del radar de los Vargas, la belleza y la tranquilidad de San Miguel de Allende se le hacían irresistibles. Jamás había anhelado regresar a Huelva, punto cardinal de su sufrimiento, pero no le sucedía lo mismo con México, a pesar de que en ambos lugares yacían huesos que llevaban su firma estampada.

Un dolor punzante en el estómago le recordó que no merecía la pena gastar su tiempo de descuento en melancolías inútiles, la poca energía de la

que disponía debía emplearla en terminar las cartas que estaba escribiendo de puño y letra. Cuando las tres misivas estuvieran listas, efectuaría su último movimiento, un enroque que ni la mismísima muerte vería venir. A su hoja de ruta no le quedó otra que pasar por el tamiz de las nuevas tecnologías, de las que nada sabía y que tan poco le interesaban. Su teléfono fijo, un viejo modelo de cable en espiral y dial rotatorio, era incompatible con la inmediatez de localización y respuesta que necesitaba Galatea, que se ponía nerviosísima cada vez que se ausentaba del apartamento para realizar la compra o para ocuparse de los infinitos trámites administrativos que Julio se traía entre manos. En cuanto el anciano comprobó que un teléfono inteligente le permitía enviar y recibir fotos, sucumbió a la idea de que aquel chisme era un colaborador necesario en la ejecución de su plan, aunque no se libró de maldecirlo en incontables ocasiones hasta que logró cogerle el tranquillo. La partida podría comenzar en cuanto tuviera en su poder la pieza restante, que llegó por correo certificado, exenta de superstición, un viernes trece.

El sobre con el ojo de Horus contenía la información con la que el detective daba por finalizada su relación contractual. En su interior, un breve informe, una foto y una dirección. La soberana tromba de agua que había azotado Madrid veinticuatro horas antes dejaba en evidencia el mal estado del pavimento, y aunque Galatea trató de disuadirle, Julio, haciendo un gran esfuerzo, se empeñó en bajar al Carmela para tomar el café. Cuando sus pies tocaron el asfalto sintió, por primera vez en su vida, la menudez de su estatura. El cielo de aquella ciudad de neón, a la que Gurruchaga le había cantado en los ochenta, seguía siendo tan magnífico a ras del firmamento como del suelo. Madrid era su cárcel y su libertad. El camarero le saludó con una sonrisa compasiva, y sin necesidad de que nadie le dijera nada depositó un cortado y un americano en la mesa de los periódicos.

—Gala, mañana me tienes que hacer otro favor —anunció con determinación—: Necesito que lles un sobre a una dirección y lo

entregues en mano a la destinataria. No puede recibirlo nadie en su nombre, solo ella. Cuando esté hecho me envías una foto por el cacharro este, el *guasa*, para que yo vea que lo tiene en su manos. Es muy importante que me la mandes en cuanto se lo entregues.

—¡Híjole, don Julio! Pues claro que sí, pero no se me ponga tan misterioso, que me asusta.

Julio guardó silencio y Galatea notó algo distinto en su mirada.

—¡Ay, don Julio, júreme que no es nada ilegal!

—Todo lo contrario. Lo que hay en ese sobre pertenece a esa persona, por eso necesito asegurarme de que se lo das en mano.

—Ándele, pues, cuente con ello. Ahora apure su café y regresemos a la casa, que mientras estudio voy a dejar un pozolito bien sabroso al fuego.

Con la obediencia de un párvulo, Julio saboreó el cortado recreándose en la textura rugosa de sus grumos, marca inconfundible del torrefacto del Carmela, y tras dejar una generosa propina al camarero, le dio las gracias por todo y emprendió el camino hacia el portal de su casa, apoyado en su bastón y en Galatea. Después de tantas semanas de convivencia, a Julio le seguía sorprendiendo la constancia de su joven cuidadora, no solo en lo referente al estudio y la cocina, tareas en las que invertía su tiempo con absoluto mimo, sino para cumplir con ciertos rituales que para ella eran sacrosantos, como acordarse de besar la foto de juventud de sus padres cada vez que entraba o salía de casa. No importaba las veces que lo hiciera, siempre que atravesaba el vano de la puerta posaba los dedos índice y corazón sobre sus labios y los dirigía hacia el portarretratos dorado en el que los había enmarcado, y que reposaba sobre el recibidor de la entrada, previa aprobación de su compañero de piso. Aquel era el único elemento decorativo de un apartamento que destacaba por su sobriedad, el complemento perfecto de la desmemoria.

El día de la esperada entrega, el cielo amaneció con una estela de humo negro en el horizonte. Desde el ático de Julio se distinguía el incendio de un macrovertedero ilegal de neumáticos que llevaba horas ardiendo a las afueras

de Madrid. Antes de que la mensajera se marchase a realizar el mandado, Julio le pidió dos cosas: que dejara el equipo de música encendido y que le acercara un vaso de agua. Galatea acomodó al anciano recién duchado en el sillón abatible y comprobó que tenía todo lo que necesitaba, incluido el teléfono móvil. En cuanto la muchacha cerró la puerta tras de sí, previo ceremonial de besamarcos, Julio sacó del bolsillo de su batín un pequeño tarro de cristal que contenía un polvo blanco y lo depositó junto al vaso de agua. La entrega no debería demorarse más de una hora, calculó.

La negrura de la fumata de caucho que contemplaba desde el ventanal del salón no distaba mucho de otras negruras que le habían acompañado durante su existencia: la de la mina, la de sala de máquinas de La Colonial, la de la sierra de Aracena de madrugada o la del cerro del Tepeyac. La memoria que el verdadero Julio Ayer nunca pudo llegar a construir la canibalizó Nicomedes, al que ya no le quedaban más recuerdos por quemar.

Los boleros de Antonio Machín de fondo no impidieron que Julio escuchara el sonido del móvil, que vibró sobre la mesa auxiliar situada junto al sillón. Una imagen algo desenfocada confirmaba que aquella era la misma mujer que la de la fotografía enviada por el ojo de Horus, y que tenía el sobre en sus manos. El instante presente devorado por el instante futuro.

Julio vació el contenido del tarro en el agua y lo removió con su dedo índice. Aquellos gramos de cianuro de sodio, utilizado en la minería para disolver el oro y la plata, habían atravesado el océano Atlántico junto al cuadro de Remedios Varo con un propósito indefinido que ahora cobraba sentido. Julio sacó del bolsillo interior de su bata las cartas dirigidas a Galatea y a la policía, y las depositó sobre la mesa, subió el volumen de la música con el mando a distancia y procedió a ingerir el líquido. «Chingar o que te chinguen», dijo en voz alta, esbozando una sonrisa pícaro. Jaque mate. Las guerras duelen por su proximidad, y las tuyas había dejado de dolerle.

Ahora Julio Ayer estaba muerto, y Nicomedes Romero había dejado de respirar.

Vine con el deseo de querer a las gentes
y me han ido secando mi raíz generosa.
Entre turbias lagunas bogar veo a la vida.
Deja estelas de fango, al pasar, cada cosa...

Vine

CONCHA MÉNDEZ

Madrid, 14 de mayo de 2016.

TRASTORNO DE ANSIEDAD generalizada. El diagnóstico de la psicóloga no le pilló de nuevas, no hacía falta una licenciatura ni un máster para darse cuenta de que Cristina era una bola de cortisol con ojos. Esta condición no se debía a un pico de estrés o a una mala racha, la congoja había habitado en cada célula de su ser desde el momento de su concepción hasta el instante en el que la doctora le recomendó apuntarse a yoga y practicar el *mindfulness*, previa pauta de Diazepam. Ciertamente era que, en el último año, el peso de su mochila había rebasado con creces los límites de la cordura, pero en una sociedad en la que los ansiolíticos se consumían como caramelos, vivir sobrepasado por la propia vida era *peccata minuta*. Su bajo peso, resultado de la incapacidad de su aparato digestivo para absorber correctamente los nutrientes, era otra mácula de nacimiento. Para su suerte, la tendencia actual estaba de su lado. Si Cristina hubiera nacido en el Barroco nunca habría sido musa de Rubens, pero la progresión de la delgadez como prototipo de mujer deseable era lo que primaba en la industria de la moda del siglo XXI. Habitualmente, las tallas más pequeñas de adulto le valían, pero las que realmente le quedaban bien era en las más grandes de la sección infantil, y allí seguía comprando los pantalones vaqueros treinta y dos años después. A pesar de compartir hechura con los modelos que anunciaban el *prêt à porter* en las marquesinas de las paradas de autobús, a Cristina las prendas de vestir no le quedaban ni mucho menos como a esas maniquís, que interpelaban al observador con posturas imposibles y lucían una mirada lánguida que parecían estar pidiendo la extrema unción. Su menudez no resultó ser un problema para Fernando y Mari Carmen, y los dos kilos doscientos gramos que Cristina pesó al nacer se incrustaron con determinación en unos corazones que la habían soñado durante muchos años.

Los comentarios sobre su cuerpo comenzaron en primaria, cuando la

inocencia de los niños pasa el testigo a la crueldad como medio de supervivencia. En general, los insultos eran los de toda la vida: fideo, lombriz, escuálida, tirillas..., pero a otros, como «pata de grillo» o «*skeleton*», había que reconocerles la originalidad. Fernando solía resolver ese tipo de conflictos con frases ingeniosas y directas que apelaban a la lógica de una niña de ocho años: «Hija, poco podemos hacer por esa gente a la que la mierda le sale por la boca en vez de por el culo», y ella reía, y replicaba esa frase en el recreo sintiéndose, al menos, vencedora moral de la afrenta. Pero el escarnio público no solo la ridiculizaba. La aleatoriedad de poseer un cuerpo enjuto venía con una ración extra de aislamiento que le había acompañado hasta bien pasada la adolescencia. Lo de la delgadez, que era un problema para Cristina, no lo era para su madre, que había trabajado en una sastrería y sabía de buena mano que un abrigo de la talla treinta y ocho no sentaba igual que uno de la cuarenta y dos, y que eso de que la niña no engordara ni aunque la cebaran acabaría siendo una ventaja a la hora de encontrar marido.

La historia de Fernando y Mari Carmen era tan común como lo eran sus vidas a finales de los años sesenta, cuando se conocieron. Por su vigesimocuarto cumpleaños, Fernando había recibido un dinero que tenía como fin paliar el frío de los inviernos madrileños, a los que después de tres años, como buen valenciano, seguía sin acostumbrarse. Por entonces, Mari Carmen trabajaba como dependienta y costurera en Camilo Corcuera, una de las sastrerías con más solera de todo Madrid, situada en la calle Mayor y activa desde que sus bisabuelos la pusieron a funcionar a mediados del siglo XIX. Tras la negativa de su padre a que continuara estudiando, pues una mujer de su belleza no tenía necesidad alguna de hacerlo, Mari Carmen se centró en aprender las labores de su género, entre las que destacó su talento para la costura. Como ahora eran sus tíos los que regentaban el negocio familiar, la destreza de su sobrina con la aguja les vino como anillo al dedo. Así fue como la necesidad de abrigo, y el abrigo en sí mismo, unieron a

Fernando y Mari Carmen, que al año y medio de conocerse ya estaban casados y con planes de trasladarse a Valencia, donde él había conseguido una plaza como docente no numerario tras licenciarse en Filosofía y Letras.

La añoranza inicial que invadió a Mari Carmen al abandonar Madrid fue desapareciendo a medida que los planes de futuro se iban concretando. A la gata, nacida y criada en Lavapiés, no tardaron en crecerle alas, negras además, una hazaña que solo el amor era capaz de lograr y que llenó de orgullo a su ahora marido, forofó del Valencia Club de Fútbol, cuyo escudo lucía un murciélago al que se referían como *Lo rat penat*. Aprendió rapidísimo a preparar paella, la de verdad, con su garrafón, su ferradura y su conejo, y empezó a trabajar como dependienta en la sección de moda femenina del recién inaugurado Corte Inglés. Entre sus habilidades destacaba la de perfilarse los labios sin necesidad de mirarse al espejo, aplicando el carmín sobre su arco de cupido en un trazo único y perfecto. Otro de sus talentos era su pericia para pelar las gambas con cuchillo y tenedor en dos certeros movimientos que, a simple vista, parecían sencillos de realizar, pero que, llevados a cabo por comensales inexpertos en desnudar crustáceos, acababan con la paciencia del mismísimo Job.

Mari Carmen era, en fondo y forma, lo que muchos llamarían una buena mujer que, además, cuidaba su apariencia al detalle. Detrás de esa vanidad había un anhelo inmenso de regalar ternura, un hambre voraz de amor. A Mari Carmen la vida le sonreía en todos los aspectos menos en uno: la capacidad de perpetuar la estirpe. Doce años tuvieron que transcurrir hasta poder satisfacer su deseo de criar a través de la única vía que les quedaba, la de la adopción. El 30 de abril de 1984, una enfermera les comunicó, vía telefónica, que acababan de convertirse en padres de una niña que había llegado al mundo de manera prematura, pero que parecía sana. Con el corazón en un puño y un sobre con doscientas cincuenta mil pesetas en el otro, Mari Carmen y Fernando entraron en el Hospital de la Fe de Valencia cegados de dulzura, y mal firmaron unos papeles que atestiguaban que

aquella criatura era suya. Cristina tuvo que pasar varias semanas en la incubadora hasta que pudo irse a la que iba a ser su casa, acompañada de las secuelas invisibles de su prematuridad y de unos padres que estaban dispuestos a matar por ella.

A diferencia de Mari Carmen, a Cristina no le dio tiempo a echar raíces en Valencia, y a sus tres años la familia se trasladó de nuevo a Madrid, donde Fernando iba a trabajar como director de departamento de una prestigiosa universidad pública. Se instalaron en el barrio de Aluche, matricularon a la niña en un colegio de monjas y centraron todas sus energías en disfrutar de aquella esplendida etapa, el mejor momento laboral de Fernando y el más dulce para Mari Carmen, que se dedicaba en cuerpo y alma al cuidado de Cristina.

La dicha de lo cotidiano se truncó el verano de 1996 cuando, a la vuelta de las tradicionales vacaciones en Gandía, a Mari Carmen, que llevaba semanas sufriendo mareos y desvanecimientos que ella misma había asociado a la menopausia, le detectaron un tumor cerebral inoperable. En un suspiro, Fernando y Mari Carmen vieron cómo el presente engullía al futuro. Las salidas al parque y las tardes de cine tenían las semanas contadas, y Fernando Quiroga, el filósofo, se veía incapaz de poner en práctica el estoicismo de Zenón de Citio que tanto prodigaba en sus clases. Sin embargo, la sentenciada a muerte se vio aún con fuerzas para tratar de contener el vendaval que se les avecinaba a los futuros viudo y huérfana. En cuanto conoció su diagnóstico compró un cuaderno de tapas rojas de buen gramaje, en el que pretendía plasmar algunos datos útiles que sirvieran a Cristina de guía para cuando ella ya no pudiera verbalizarse. La libreta contenía todo tipo de consejos, desde la receta de la paella, pasando por diversos trucos de belleza, indicaciones para sacar manchas difíciles, formas de vestirse según el evento o el uso de las compresas para la llegada del periodo. En un arranque de valentía, también se atrevió a dejar por escrito detalles sobre el uso del condón y de la píldora anticonceptiva. A esas

alturas, con doce años recién cumplidos, Mari Carmen aún no llegaba a intuir que a Cristina le hacían más gracia las almejas que el rabo de toro, pero eso poco importaba. Aquel cuaderno representaba su legado y estaba cargado de buenas intenciones.

Antes de perder el contacto con la realidad y llegar a la sedación paliativa, Mari Carmen quiso regalarle a su marido un poco de tranquilidad disfrazada de aceptación.

—Pues yo creo que marzo y octubre son buenos meses para morir —afirmó con una calma pasmosa.

Fernando asoció el comentario al avance de la enfermedad, pero cuando su mujer empezó a argumentar que la combinación de verdes, ocre y marrones siempre le había parecido elegantísima para cualquier tipo de evento, incluso uno funerario, supo que hablaba desde la más abrumadora lucidez. Cumpliendo con su voluntad, a Mari Carmen la enterraron con un traje verde faisán el doce de octubre, día de la fiesta nacional. El primer consejo que rescató Cristina del cuaderno rojo fue la utilización de las compresas, ya que el periodo decidió hacer su aparición triunfal la noche previa al funeral. La marcha fúnebre que acompañaba la entrada del féretro en la iglesia no ensordeció la canción que sonaba en la cabeza de Fernando, *El cordón de mi corpiño*, de Antoñita Moreno, el tema que le cantaba y bailaba su mujer en la fase de cortejo previa al apareamiento.

—¿Y ahora qué hacemos, papá? —le preguntó Cristina tras el entierro, aferrada con determinación a su mano.

—Vivir —respondió Fernando, que decidió llevar a su hija a San Ginés a comer unos churros con chocolate con el anhelo de que le supieran a esperanza.

Cristina se tomó aquel verbo al pie de la letra, y de su desazonada psique emergieron dos síndromes, uno hipocondriaco y otro psicósomático, que la empujaban a temer y a amar la vida en un tira y afloja constante. De un día para otro, aquella niña introspectiva e inquieta sustituyó las canciones

religiosas del colegio por las letras de las Spice Girls, y su padre, que intentaba ofrecerle normalidad a granel, se plantó en pleno enero en la plaza de Azca, junto a otras ocho mil personas, para que su niña viera el concierto gratuito de las *chicas picantes* en Madrid. Ataviado con el abrigo de borrego que Mari Carmen le había cosido veinticinco años atrás, Fernando observaba a su hija, desbordada de emoción, mientras recordaba en pretérito perfecto simple las Navidades visitando Cortilandia y los paseos por el Retiro pelando castañas a seis manos.

Las posibilidades de que el camino de Cristina se torciera ante la adversidad se fueron disipando a medida que los meses avanzaban, y Fernando descubrió, aliviado, que la niña había encontrado refugio en las letras y en la fotografía. Cristina invertía su paga íntegra en libros, cuadernos y carretes fotográficos, y a su padre le tocó gozarse y llorarse todo aquello por dos, desde la carta de admisión de Cristina en la Facultad de Periodismo hasta la primera ruptura sentimental, para la que le dio un consejo a seguir en caso de futuros desplantes afectivos: «Cuando alguien dice que se va, hace mucho que se fue».

La orientación sexual de Cristina fue un tema que Fernando decidió zanjar el mismo día que su hija cumplió diecinueve años, obsequiándole un ejemplar firmado de *Modelos de Mujer*, de Almudena Grandes, su autora favorita, acompañado de una nota: «Ignorante el que reniegue de la existencia de diferentes tipos de amor. Seas el modelo de mujer que seas, te quiero igual. Con cariño: tu padre». Junto al libro, Cristina recibió una invitación a un café y a una ensaimada en La Mallorquina, en donde Fernando le explicó que la sangre no hacía la familia y que ellos eran ese tipo de familia que no compartía sangre.

Una incredulidad mitad fingida, mitad real, sacudió el corazón de Cristina, que en más de una ocasión se había preguntado por qué no guardaba parecido físico con ninguno de sus progenitores. Desde una calma tensa, Cristina abordó a Fernando con un millar de preguntas, pero la

mayoría de las respuestas llevaban al mismo callejón sin salida: no lo sé, no lo recuerdo, lo desconozco. Fernando custodiaba una verdad llena de agujeros que a nadie le había interesado tapar, pero se había jurado que el día que se la revelara a Cristina omitiría los detalles de aquella adopción con ínfulas de transacción mercantil. Las únicas conclusiones a las que pudo llegar la hija putativa eran que había sido prematura y que su madre biológica fue una joven soltera sin recursos; no había más donde rascar.

A raíz de aquella aplastante revelación, sin quererlo, pero sin poder evitarlo, la relación entre ambos comenzó a enfriarse y, en vista de que la graduación de Cristina coincidía con su inminente jubilación, Fernando vendió el piso de Aluche y se mudó a Valencia de forma definitiva para tratar de arañarle algo de felicidad a la vida que le quedaba por delante. La decisión no vino motivada por el distanciamiento con Cristina, parte ineludible del devenir de la vida, tampoco por el egoísmo o por el remordimiento. Fernando se alejaba porque sabía que era el momento de hacerlo, porque alguien había llegado a la vida de su hija con intención de quedarse.

Cristina conoció a Claudia en 2007, durante un viaje de estudios a Túnez. En lugar de retratar los paseos en camello o diluirse entre las volutas de humo de las *shishas*, a Claudia, que acababa de finalizar Económicas por mandato familiar, le intrigaba immortalizar otro tipo de recuerdos, los mismos que parecían llamar la atención de Cristina, que buscaba con su objetivo los rastros del enfrentamiento armado que había tenido lugar meses atrás en el país. Entre ellas, las letras y los números hallaron su espacio de convivencia y entendimiento, y seis años después de aquel encuentro bereber la ley permitió que Cristina y Claudia rubricaran su amor.

La miel de la luna en la que habían habitado durante el viaje de novias a México comenzó a agriarse en el momento en que los deseos de maternidad de Claudia se despertaron, pocos meses después de la boda. Mientras una soñaba con un vientre en el que la vida fuera ganando terrero, la otra lo hacía

con el terreno dejado atrás, que había impregnado su retina de unos colores que deseaba revivir una y otra vez: el rosa volcánico de la parroquia de San Miguel de Allende, el turquesa de las aguas dulces de Bacalar y de las saladas de Mahahual, el verde cilantro que coronaba cada manjar que se llevaban a la boca y el rojo fuego que habitaba el corazón de cada alma generosa con la que se habían cruzado.

Dos fecundaciones in vitro fallidas pusieron a Cristina en el punto de mira de su mujer. La reserva ovárica de Claudia no daba para más, pero existía una posibilidad salomónica de resolver el problema: recibir un óvulo sano de Cristina, cuyo útero bicornue la descartaba como gestante. Sin embargo, sus taras heredadas, algunas evidentes, la mayoría desconocidas, la frenaban en seco. Cristina no quería ser la responsable de la carga genética de una criatura que, en el fondo, ella no estaba segura de desear.

Este no era el único frente en lucha por encontrar un sano equilibrio en su cabeza, que también lidiaba con la frustración de una portada que nunca llegaba, tras años de esfuerzo y dedicación en la redacción del periódico para el que trabajaba, con un padre enfermo, que había vendido su casa para pagar los cuidados que requería, y con un matrimonio en el que los detalles que hacían especial a Claudia empezaban a convertirse en esas putas manías suyas. En ese marco espaciotemporal habitaba Cristina, que se repetía en bucle las palabras que su padre le había dedicado en el reverso de la foto de graduación: «La vida es bella, la vida es triste, es todo lo que necesitas saber».

Con ese mensaje que lo era todo y, a la vez, nada, Cristina se echaba a la calle cada día para perseguir la noticia, tratando de huir de la parte triste de su propia existencia. Una vez al mes, tomaba el tren de alta velocidad para desplazarse a Valencia y visitar lo que quedaba de Fernando, que en poco menos de dos años se había ido perdiendo en su propio olvido. Las ánimas del recuerdo habían abandonado al brillante profesor de Filosofía, cuyos ojos atesoraban unos surcos tan profundos como los de su espíritu. La mirada

oceánica de Fernando se había secado y ahora un oasis cuarteaba su piel y su memoria. De su boca solo brotaban retazos de canciones que alguna vez bailó, alguna cita filosófica y una frase que repetía en bucle: «El que no llora no mama». Aquella cruel dolencia venía agravada por unos ahorros que iban menguando a medida que la enfermedad avanzaba, y Cristina no sabía si, finiquitada la herencia, podría asumir el coste de tener a Fernando en una residencia.

En su necesidad imperiosa de poner algo de orden en mitad del caos, de calmar el tic del ojo izquierdo, el trastorno obsesivo compulsivo que la llevaba a lavarse las manos constantemente o los ardores de estómago, Cristina llegó a ver un emotivo reportaje en la historia de su propio padre, quizá porque no lo era. Pero incluso aquella aparente buena idea, que amenazaba con despojar a Fernando de la poca dignidad que le quedaba, fue descartada por el jefe de redacción. «Sigue buscando», le decía, y Cristina se desgastaba como el ludópata que espera su suerte frente a la máquina tragaperras.

Cuando el Diazepam lograba tumbarla, algunos de los últimos momentos de lucidez de su padre volvían a visitarla en sueños.

—¿Y cómo sabe uno que está listo para irse? —preguntaba Cristina a un Fernando que aseguraba estar preparado para morir.

—Porque te das cuenta de que la fiesta va a continuar sin ti, pero te da igual. Tú solo estás pensando en volver a casa.

Unos días más tarde, esa misma conversación podía derivar en otra irreverente o carente de sentido: «Estoy aquí, a quien quiera acordarse que se acuerde de que yo, aunque no sea físicamente, estoy aquí y mucha más intensidad que en el día de hoy».

Viendo que el único reducto de pasado que le quedaba a Cristina se desmoronaba, Claudia quiso ofrecer a su mujer un regalo con un potencial poder curativo: una prueba de ADN. Aquellos *packs* que permitían donar una muestra biológica desde casa estaban ganando fuerza en la aclaración de

dudosas paternidades, y quizá el resultado podría arrojar algo de luz a la oscuridad que impedía que Cristina quisiera convertirse en madre. La impaciencia se sumó al resto de padeceres de Cristina, que seis semanas más tarde recibió los resultados por correo electrónico junto a un aviso que revelaba una coincidencia con otro perfil del sistema. Un tal Esteban Romero Pérez y ella compartían un veinticuatro por ciento de carga genética. El subidón de adrenalina le duró algo más de cuarenta y ocho horas, el tiempo que transcurrió entre teclear el nombre en el buscador, encontrar a un profesor de Historia Contemporánea de la Universidad de Sevilla que parecía ser él y enviarle un *e-mail*. En la respuesta, alguien le confirmaba su identidad, pero también su fallecimiento de un infarto fulminante, cuatro meses atrás. «¡No me jodas!» gritó frustrada, sintiendo que la esperanza se escapaba entre sus dedos. Esteban no tenía familia cercana y el único dato adicional que Cristina había encontrado merodeando por internet era su filiación a la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica, dedicada a la localización y exhumación de las víctimas de la represión durante la Guerra Civil y la dictadura franquista, en la que Esteban parecía haber tenido un papel muy activo en la localización de los asesinados en la provincia de Huelva.

Aquel dato era algo, era un hilo del que empezar a tirar ante la inevitabilidad de otro que estaba a punto de romperse, una posibilidad de saber quién era y de contárselo al mundo. Y es que el bicho palo, la huesitos, la famélica, no pretendía ser amada, el amor importante no le había faltado, sino admirada por todos aquellos que habían tratado de pisotearla como una cucaracha durante su infancia y su adolescencia, y que veían en su cuerpo frágil una debilidad de espíritu. El dolor de una madre ausente ya lo había sufrido y no tenía intención de volver a transitarlo, pero la necesidad de conocer la intrahistoria de su propia historia había pasado a ser una prioridad absoluta de la que ni siquiera desconectaba los fines de semana.

—Cris, este finde no, por favor. Necesitas descansar —le rogó Claudia,

besando su mejilla con ternura—. Date un buen baño mientras bajo a la peluquería y cuando vuelva nos maquillamos juntas, ¿vale?

La mirada desesperada de su mujer pareció zarandear la conciencia de Cristina, que cerró el ordenador y se dispuso a aclarar la mascarilla que embadurnaba su pelo bajo un gorrito de plástico y que prometía devolverle el vigor a un cabello cada vez más escaso y débil.

Sumergida en la bañera, trataba de poner en práctica la parada de pensamiento que tantas veces le había sugerido la psicóloga, pero aquel ejercicio cognitivo-conductual funcionaba tan aleatoriamente como el mejunje que se había puesto en el pelo. Terminado el simulacro de *spa*, secó su piel a toques para preservar los aceites naturales de la dermis, como Mari Carmen indicaba en el cuaderno rojo, y puso agua a hervir para hacerse una tila. Mientras decidía qué ponerse para ir a la boda de Lola, una amiga de Claudia que se casaba esa misma tarde en Chinchón, oyó el timbre del telefonillo.

—¿Quién es?

—Traigo un paquete para doña Cristina Quiroga —respondió una voz cantarina.

Cristina abrió la puerta y a los pocos segundos una mujer de rasgos indígenas y sonrisa amable le preguntó si ella era la señora Quiroga. Cristina confirmó su identidad y la mujer le entregó un sobre espeso.

—Espéreme tantito —le indicó la mensajera mientras sacaba su móvil del bolsillo.

Sin preguntar, la muchacha le hizo una foto y le indicó que aquel robado era parte del protocolo de entrega. Cristina no supo reaccionar e, incómoda, cerró la puerta con determinación.

Tratando de asimilar lo que acababa de suceder, se sentó en el sofá, abrió el sobre, que carecía de remitente, y extrajo una carpeta marrón que iba acompañada de una carta.

Madrid, 13 de mayo de 2016

Cristina,

Aquí tienes lo que estabas buscando, los datos de una vida que no es la tuya, pero que te pertenece. No te será difícil juntar las piezas del puzzle. Dentro de la carpeta que acaban de entregarte yace nuestra verdad, que espera a ser revelada. No sé qué es más jodido, si vivir sin saber quién eres o hacerlo sabiendo que no eres quien dices ser, pero todo esto, en mi caso, ya no importa. Imagino que a estas alturas de la vida te habrás dado cuenta de que las verdades están sobrevaloradas, que son una gran mierda que nos esclaviza y nos desgasta, pero creo que es justo, si es que la justicia existe, que podamos abandonar este mundo conociendo la nuestra, por muy incómoda que sea. Quizá, después de todo, acabes llegando a la misma conclusión a la que he llegado yo: que la verdad no importa, porque la mayoría de las veces la verdad también puede inventarse. Suerte.

Tu bisabuelo,
Nicomedes Romero Martín

Los monstruos no nacen, son creados.
No surgen del vacío ni de la oscuridad por sí mismos,
sino que son moldeados por las circunstancias,
por las heridas del mundo que les rodea.
En ellos se refleja lo más profundo del dolor humano,
el rechazo, la soledad, la incompreensión.
Los monstruos, en su tragedia, nos muestran
lo que podría sucedernos a todos
si el mundo nos diera la espalda.

MARY SHELLEY

Madrid, 13 de mayo de 2016

«El karma es bien culero». No sé cuántas veces has pronunciado esta frase en las últimas semanas, Galatea, y he de decirte, para tu pesar, que siempre hay excepciones. Quiero agradecerte tu compañía y tus cuidados durante este breve periodo de tiempo que para mí se ha hecho eterno. Siento que te hayas encontrado con lo que quedaba de mí de esta manera, no es plato de buen gusto contemplar un cuerpo devorado por el cianuro, pero era la forma más rápida y sencilla de acabar con el bicho que llevaba dentro y que estaba empeñado en hacérmelas pasar putas. No sientas remordimiento, no he sido un ser humano ejemplar y, sin embargo, he tenido una vida longeva y, llamémosla, interesante. He dejado una carta a la Policía que te exime de toda responsabilidad, puedes quedarte tranquila, a pesar de que esta decisión te ponga de patas en la calle. No dudo de que vas a saber buscarte la vida. Mientras eso sucede, quiero que sepas que dentro de algunas semanas un notario va a contactar contigo para notificarte que eres la nueva usufructuaria del local que poseo en la calle Clavel, y que actualmente tengo alquilado a una cadena americana de esa basura que llaman comida rápida. La cesión de este local viene con un par de condiciones:

1) Que, durante los próximos seis meses, las ganancias que genere este alquiler se destinen íntegramente a montar el negocio ese de uñas del que me hablaste.

2) Que, en un periodo máximo de un año, una vez tengas todo lo necesario para establecerte, hagas un curso de tanatopraxia. Créeme, en un futuro me lo vas a agradecer.

Cuando estas condiciones se cumplan, el traspaso del local a tu nombre se hará efectivo en su totalidad, sin posibilidad de venta. Si un día decides deshacerte del negocio, deberás proceder de la misma manera con otra persona que necesite un espacio para ganarse la vida.

Si estas disposiciones no se ejecutan en tiempo y forma, el local pasará a manos de una institución pública que ha sido designada por mí mismo ante notario.

Como cantaba quien tú y yo sabemos, que te vaya bonito, Gala, y hazle caso a tu compatriota Frida: «No le temas a la muerte, témele a una vida no vivida».

Hasta siempre.

Julio Ayer

Epílogo

LAS PALABRAS PESAN, las palabras hieren, las palabras marcan, las palabras matan.

Hace un tiempo empezaron a dolerme heridas que no eran propias, verdades a las que les apremiaba escapar del pozo infinito del olvido, de la muerte definitiva e irreversible que es la de la desaparición de la memoria. Descubrí palabras mugrientas que un día llegaron a tizarlo todo, sedimentos de un pasado ensuciado por el hollín de la sinrazón, cenizas que el viento depositó donde mejor le vino formando capas de polvo, espesas y secas, que al contacto con los valles de lágrimas se convirtieron en barrizales y más tarde en cenagales. Palabras putrefactas que forman parte de la historia de tantas familias, incluida la mía.

Para la antropóloga estadounidense Margaret Mead, el primer signo de la civilización de la humanidad fue un fémur roto y cicatrizado. Mead explicaba que, sin la ayuda de otro, esa persona no habría sobrevivido. Alguien se quedó junto al herido, inmovilizó la pierna y la vendó, alguien cuidó de esa persona para que su herida sanara. Ayudar a alguien a atravesar la dificultad es el punto de partida de la civilización.

Sin embargo, lo truculento de dolerse por dentro es la invisibilidad de la herida. Aquello que no logra verbalizarse nos retuerce hasta convertirnos en rabia palpitante, en pena súbita. Sin alguien que nos insuffle aliento, que nos ayude a arrancar esa voz infecta de nuestras entrañas, estamos condenados a convivir con un dolor latente hasta nuestra desaparición.

Las palabras curan. Las palabras liberan. Las palabras alivian. Las palabras salvan.

No es lo mismo decir «aplicación del bando de guerra» que «asesinato». No es lo mismo decir «desafección al régimen constituido» que «oposición a la dictadura». No es lo mismo «pedir» que «suplicar», ni «vivir» que

«sobrevivir». Mi bisabuelo, Nicomedes Romero Martín, murió asesinado por el régimen franquista el dos de febrero de 1937 a las cuatro y media de la tarde. Fue fusilado junto a la tapia exterior del cementerio de El Repilado, en el término municipal de Jabugo, Huelva. Era barrenero y tenía cuatro hijos, el más pequeño acababa de cumplir un año cuando lo mataron. Hasta abril de 1940, su mujer, Urbana Martín Gómez, conocida como Juana, no pudo registrar su defunción. Tuvo que presentar decenas de documentos que no sabía leer, y rubricar papeles sin saber escribir, además de buscar testigos que hubieran presenciado el fusilamiento o visto el cadáver de su marido, para lograr, tres años más tarde, que se le reconociera como muerto.

No cura el olvido, curan las palabras. Las que son leales a la semántica, las que no tergiversan significado y signifiante, las que permiten la comunión de los morfemas y los lexemas, las cicatrizadoras de heridas. El silencio, por el contrario, empala los recuerdos que nunca llegarán a ser y enraíza la pena.

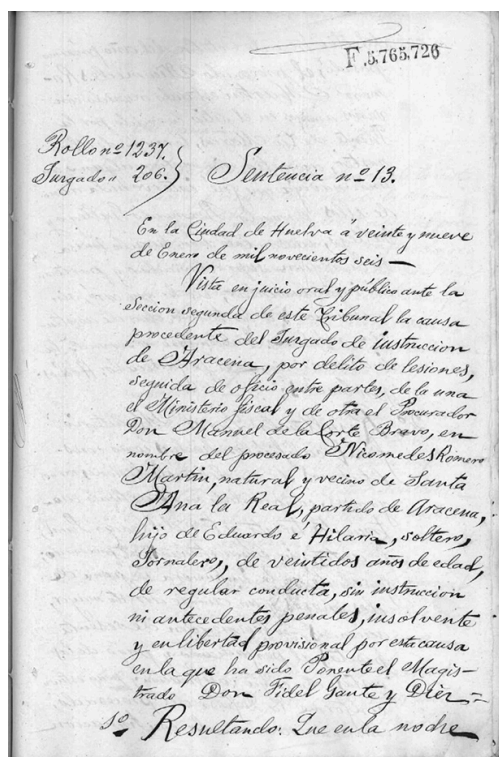
He querido ofrecerle a Nicomedes la posibilidad de vivir una vida que no tuvo, aunque no fuera la propia. Tratando de no juzgarlo, aunque fuera fácil hacerlo. Sin justificarlo, porque los hechos probados hablan por sí solos. La única pretensión detrás de mi necesidad de renombrar su historia era la de humanizarlo, la de mostrar que todos, sin excepción, podemos ser Caín y Abel, que todos, sin excepción, podemos convertirnos en aquello que tanto odiamos y que nadie puede curar sin la ayuda de otro.

Esta es la historia de una manzana que pudrió el cesto, pero que no se golpeó sola.

Las sociedades pueden olvidar cuando se resuelven ciertas cosas, como ha ocurrido en todos los países de Europa menos en España, en la Alemania posterior al nazismo, pero también en la Europa del Este postestalinista. Porque si no las resolvemos, olvidaremos en falso. En España este olvido en falso ha enquistado los secretos en lo más profundo del corazón de las personas, y eso ha provocado dolor y rencor. En este país hay mucho más rencor del que existiría si esos asuntos se hubieran ventilado adecuadamente.

Extracto de una entrevista de Almudena Grandes
para *El Confidencial* (13/09/2017).

Documentos



Sentencia nº 13 referida a la causa procedente del Juzgado de Instrucción de Aracena, por delito de lesiones, siendo procesado Nicomedes Romero Martín. 29/01/1906. Fondo documental: Audiencia Provincial de Huelva. Signatura AHPH. 10821/013.

del día trece de Octubre del año próximo pasado, el procesado Nicomedes Romero Martín estando reunido con varios amigos en el sitio conocido por la Fuente de Los Marcos, término de Almonaster, acometió sin motivo alguno con una navaja que fue intervenida a uno de ellos llamado Bernardo Gallego y Gallego, causándole una herida incisa en la región supraclavicular y parte en la infraclavicular, de la que curó, sin consecuencias á los treinta días de asistencia médica; habiéndose reservado la indemnización al perjudicado. Hechos probados:

2.º Resultando: Que el Ministerio fiscal calificó los hechos como constitutivos de un delito de lesiones menos graves, comprendido en el artículo cuatrocientos treinta y tres del Código Penal; de autor, sin exoneración, al procesado, y sobre todo, se le impusiera la pena de dos meses y un día de arresto mayor, accesorias, indemnización de sesenta pesetas al perjudicado y pago de las costas, con cuya calificación y pena estuvo conforme la Defensa del procesado, estimando necesaria la continuación

ARACENA

En la causa instruida en este Juzgado y por ante mí, por delito de lesiones, contra Nicomedes Romero Martín, natural y vecino de Santa Ana la Real, la Audiencia provincial de Huelva pronunció sentencia en 29 de Enero anterior, que causó ejecutoria en 6 del actual, condenando al Nicomedes Romero Martín, como autor de un delito de lesiones menos graves, á la pena de dos meses y un día de arresto mayor, accesorias de suspensión de todo cargo y del derecho de sufragio durante el tiempo de la condena; á que indemnice al perjudicado Bernardo Gallego y Gallego 60 pesetas, sufriendo por su insolvencia la prisión subsidiaria, á razón de un día por cada 5 pesetas que deje de satisfacer, y al pago de las costas, sirviéndole de abono para el cumplimiento de la pena principal todo el tiempo de prisión provisional sufrida por esta causa. Se decreta el comiso de la navaja ocupada, que por su escaso valor será inutilizada.

Ignorándose el paradero del perjudicado Bernardo Gallego y Gallego, natural de Chagazoso (Orense), soltero, de treinta y un años, barrenero en las minas de San Miguel, donde tuvo lugar el hecho, se le notifica la sentencia ejecutoria de que se ha hecho mención, por cédula que se insertará en la GACETA DE MADRID y Boletines oficiales de las provincias de Orense y Huelva.

Aracena 17 de Febrero de 1906.—Luis Rodríguez Pérez.
JO—1728

Sentencia ejecutoria contra Nicomedes Romero Martín aparecida en la *Gaceta de Madrid* el 7 de marzo de 1906, tomo I, página 928 (año CCXLV.—Núm. 66).


JUZGADO DE 1ª INSTANCIA E INSTRUCCIÓN DE ARACENA

Número 14

EXPEDIENTE para la inscripción de la defunción en el
Registro Civil Correspondiente de Nicomedes Romero Martín
natural ~~de~~ de Santa Ana
la Real, y vecino de Jahugo.

Instado por Urbano Martín Gemes

Inscrito en 13 de Marzo de 1940

Inscripción de la defunción fuera de plazo de Nicomedes Romero Martín. Fondo documental: Juzgado de 1ª Instancia e Instrucción nº 1 de Aracena. Signatura AHPH. 06321/020.

1870

Y para que conste y surta sus efectos en el expediente sobre inscripción de desaparecidos y fallecidos á que se refiere la Orden de la Presidencia de la Junta Técnica del Estado Español de fecha 10 de Noviembre de 1936, autorizo la presente, que firmo y sello con el de este Juzgado, en JABUGO á tres de Enero de mil novecientos cuarenta. - - Año de la Victoria.



P.S.V.

INSTANCIA DE ESTE PARTIDO.

que de nuestro legítimo matrimonio, existen cuatro hijos, llamados: Hilario, Ofraim, Eduardo y Luciano, de 30, 26, 19 y 3 años de edad respectivamente, por lo que en su virtud: - - - - -
A V.S. que teniendo por presentada esta solicitud, en unión de las certificaciones ~~que~~ del matrimonio contraído por el causante y la exponente y negativas de haberse practicado inscripción alguna de la defunción ocurrida, expedidas las dos primeras por el Sr. Encargado del Registro Civil de Santa Ana de --
Nealy, la tercera por el de este pueblo de Jabugo, la acreditativa de que en 18 de Julio de dicho año 1.936, era vecino

SUPLENDO A V.S. que teniendo por presentada esta solicitud, en unión de las certificaciones ~~xxx~~ del matrimonio contraído por el causante y la exponente y negativas de haberse practicado inscripción alguna de la defunción ocurrida, expedidas las dos primeras por el Sr. Encargado del Registro Civil de Santa Ana la -- Real, y la tercera por el de este pueblo de Jaguabo, más la acreditativa de que en 18 de Julio de dicho año 1.936, era vecino

Toper

EL DELEGADO REPRESENTANTE DEL MINISTERIO FISCAL QUE SUSCRIBE DICE:

Que ha examinado el presente expediente, y estimando suficiente la información practicada, debe aprobarse y ordenarse la inscripción de defunción en el Libro correspondiente del Registro Civil.

V. S. no obstante resolverá.

Aracena a diez y seis de Abril de mil novecientos cuarenta

León
Julio R.

Aracena a veintidós de Abril de mil novecientos cuarenta
Aracena a veintidós de Abril de mil novecientos cuarenta
Aracena a veintidós de Abril de mil novecientos cuarenta
AUTO. Aracena a *veintidós* de *Abril* de mil novecientos cuarenta.

Por devuelto el anterior expediente y por evacuado el traslado que se confirió al Ministerio Fiscal, y

1.º RESULTANDO: Que *por el Sr. Don Martín Gómez natural de El Cere de Luchana y vecino de Salazar* se dirigió escrito a este Juzgado con fecha *diez* de *enero* del presente año exponiendo que su difunto *señor Don Juan Martín fallecido el día de febrero de mil novecientos treinta y siete a consecuencia de haber sido aprehendido el día de su muerte*

sin que dicha defunción fuera inscrita en *el* Registro civil correspondiente, por lo que terminaba suplicando que teniendo por presentado dicho escrito, se sirva incoar el oportuno expediente para el que ofrezca testigos con el fin de acreditar el fallecimiento de su repetido *señor* y en su día resolver que la inscripción de defunción sea inscrita en el Registro civil correspondiente.

2.º RESULTANDO: Que una vez recibido en este Juzgado, por providencia de *señor* *de Salazar* se acordó se formase el oportuno expediente y se librase despacho al señor Jefe Municipal de *Salazar* con el fin de que se ratificase *la* *solicitud*, *para que se le otorgase certificación acreditativa de su vecindad y declarasen los testigos que en la solicitud propusiere y una vez devuelta que fue cumplimentada y con la certificación acreditativa de vecindad en sentido favorable, declarando los testigos don Juan Martín *Cere* *maría y don Manuel de Jesús Taguay**

mayor de edad y vecino de *Salazar* que le constaba de una manera cierta que *señor Don Juan Martín* falleció en *el* *territorio municipal* *de Salazar el día de febrero de mil novecientos treinta y siete*

a consecuencia de *haber sido aprehendido el día de su muerte*

3.º RESULTANDO: Que *considerada completa la información testifical ofrecida, y vista la certificación otorgada, se pasó el expediente al Ministerio Fiscal, el cual lo devolvió informando que debiera aprobarse y ordenarse la inscripción de referencia.*

1.º CONSIDERANDO: Que *es* competente este Juzgado para el conocimiento del presente expediente por radicar en la jurisdicción y territorio el pueblo de la naturaleza y vecindad del presunto fallecido.

2.º CONSIDERANDO: Que a tenor de lo dispuesto en la norma C. del artículo primero de la

Orden de la Presidencia de la Junta Técnica del Estado fecha diez de noviembre de mil novecientos treinta y seis y las demás dictadas sobre este particular, procede aprobar la información practicada en el presente expediente y en consecuencia declarar acreditada la defunción de Simón Romero Montón y acordar lo demás que dicha norma determina.

VISTO también el Decreto número sesenta y siete fecha ocho de noviembre de mil novecientos treinta y seis y las demás dictadas sobre este particular.

SE APRUEBA LA INFORMACION testifical practicada en el presente expediente y en consecuencia se declara acreditada la defunción de Simón Romero Montón e inscribese dicha defunción en el Registro civil de Salugo en la forma que determina la norma D. de las Ordenes mencionadas, una vez sea firme el mismo a cuyo efecto librese oficio acompañado de testimonio literal al Juzgado Municipal antes referido.

Así lo manda y firma el señor don Francisco Esteban Rojasano, Juez de Primera Instancia Aracena de esta ciudad y su partido, de todo lo cual yo el Secretario



Francisco Esteban Rojasano
J.P.

[Signature]

Notificación. Seguidamente teniendo presente al señor Delegado del Ministerio Fiscal, le notifiqué, lei íntegramente y di en el acto copia literal del auto que antecede, y de su recibo firma y certifico.

Diligencia. Hago constar yo el Secretario que en el día de hoy, ha transcurrido el término legal, sin que se haya interpuesto recurso alguno contra el auto dictado por este Juzgado en el presente expediente, doy cuenta al señor Juez. Aracena a primera de Mayo de mil novecientos cuarenta, certifico.

[Signature]

videncia Juez Aracena a two de Mayo
Aracena de mil novecientos cuarenta.

Dada cuenta: y en su vista se declara firme el auto dictado en el presente expediente, librese testimonio del mismo y con el despacho correspondiente remítase al Sr. Juez Municipal de Salugo para la inscripción en el Registro civil de la defunción de Simón Romero Montón y notificación a los interesados.

Lo mandó y rubrica SS a de que certifico.

R. //

[Signature]

[Signature]

NOTIFICACION. // Seguidamente, yo el Secretario, teniendo ante mí al Sr. Delegado del Ministerio Fiscal, le lei íntegramente, notifiqué y di copia literal de la providencia anterior, firma y certifico.

DILIGENCIA. // Seguidamente se cumplió lo acordado, certifico.

[Signature]

Agradecimientos

A MI FAMILIA, por sostenerme siempre.

A Francisco Espinosa Maestre, historiador cuyo arduo trabajo de investigación sobre la Guerra Civil en Huelva me permitió encontrar a mi bisabuelo.

Al Archivo Histórico Provincial de Huelva, por su excelente atención.

A nuestro clan mexicano: familias Colin, Casasola, Rosales y amigos, que han contribuido de una u otra manera a que esta historia haya podido construirse.

A Alfonso, guía de la mina La Valenciana en Guanajuato, por su pasión narrativa y por mantener viva la memoria de una parte tan importante de la historia de México.

A Pedro y Marisa, por ayudarme a descifrar los entresijos de la banca española de los años 70.

A los lectores beta, por su entusiasmo, paciencia y compromiso.

A Kailas, por seguir haciendo posible que historias como estas vean la luz.

A mi marido y a mi hijo, que son mi apoyo, mi felicidad y mi refugio.

A los lectores que entienden la literatura como forma de dar sentido y voz a la vida.

A quienes siguen buscando a sus familiares y aún se les niega la paz de honrar su recuerdo con verdad y justicia.

Índice de contenido

1. [POLVO](#)
2. [LODO](#)
3. [CIENO](#)
4. [Epílogo](#)
5. [Documentos](#)
6. [Agradecimientos](#)

Lista de páginas

1. [1](#)
2. [2](#)
3. [3](#)
4. [5](#)
5. [6](#)
6. [7](#)
7. [9](#)
8. [10](#)
9. [11](#)
10. [12](#)
11. [13](#)
12. [14](#)
13. [15](#)
14. [16](#)
15. [17](#)
16. [18](#)
17. [19](#)
18. [20](#)
19. [21](#)
20. [22](#)
21. [23](#)

22. [24](#)
23. [25](#)
24. [26](#)
25. [27](#)
26. [28](#)
27. [29](#)
28. [30](#)
29. [31](#)
30. [32](#)
31. [33](#)
32. [34](#)
33. [35](#)
34. [36](#)
35. [37](#)
36. [38](#)
37. [39](#)
38. [40](#)
39. [41](#)
40. [42](#)
41. [43](#)
42. [44](#)
43. [45](#)
44. [46](#)
45. [47](#)
46. [48](#)
47. [49](#)
48. [50](#)
49. [51](#)
50. [52](#)
51. [53](#)
52. [54](#)
53. [55](#)
54. [56](#)
55. [57](#)
56. [58](#)
57. [59](#)

- 58. [60](#)
- 59. [61](#)
- 60. [62](#)
- 61. [63](#)
- 62. [64](#)
- 63. [65](#)
- 64. [66](#)
- 65. [67](#)
- 66. [68](#)
- 67. [69](#)
- 68. [70](#)
- 69. [71](#)
- 70. [72](#)
- 71. [73](#)
- 72. [74](#)
- 73. [75](#)
- 74. [76](#)
- 75. [77](#)
- 76. [78](#)
- 77. [79](#)
- 78. [80](#)
- 79. [81](#)
- 80. [82](#)
- 81. [83](#)
- 82. [84](#)
- 83. [85](#)
- 84. [86](#)
- 85. [87](#)
- 86. [88](#)
- 87. [89](#)
- 88. [90](#)
- 89. [91](#)
- 90. [92](#)
- 91. [93](#)
- 92. [94](#)
- 93. [95](#)

94. [96](#)
95. [97](#)
96. [98](#)
97. [99](#)
98. [100](#)
99. [101](#)
100. [102](#)
101. [103](#)
102. [104](#)
103. [105](#)
104. [106](#)
105. [107](#)
106. [108](#)
107. [109](#)
108. [110](#)
109. [111](#)
110. [112](#)
111. [113](#)
112. [114](#)
113. [115](#)
114. [116](#)
115. [117](#)
116. [118](#)
117. [119](#)
118. [120](#)
119. [121](#)
120. [122](#)
121. [123](#)
122. [124](#)
123. [125](#)
124. [126](#)
125. [127](#)
126. [128](#)
127. [129](#)
128. [130](#)
129. [131](#)

130. [132](#)
131. [133](#)
132. [134](#)
133. [135](#)
134. [136](#)
135. [137](#)
136. [138](#)
137. [139](#)
138. [140](#)
139. [141](#)
140. [142](#)
141. [143](#)
142. [144](#)
143. [145](#)
144. [146](#)
145. [147](#)
146. [148](#)
147. [149](#)
148. [150](#)
149. [151](#)
150. [152](#)
151. [153](#)
152. [154](#)
153. [155](#)
154. [156](#)
155. [157](#)
156. [158](#)
157. [159](#)
158. [160](#)
159. [161](#)
160. [162](#)
161. [163](#)
162. [164](#)
163. [165](#)
164. [166](#)
165. [167](#)

- 166. [168](#)
- 167. [169](#)
- 168. [170](#)
- 169. [171](#)
- 170. [172](#)
- 171. [173](#)
- 172. [174](#)
- 173. [175](#)
- 174. [176](#)
- 175. [178](#)
- 176. [179](#)
- 177. [192](#)
- 178. [193](#)
- 179. [194](#)
- 180. [195](#)
- 181. [196](#)
- 182. [197](#)
- 183. [198](#)
- 184. [199](#)
- 185. [200](#)